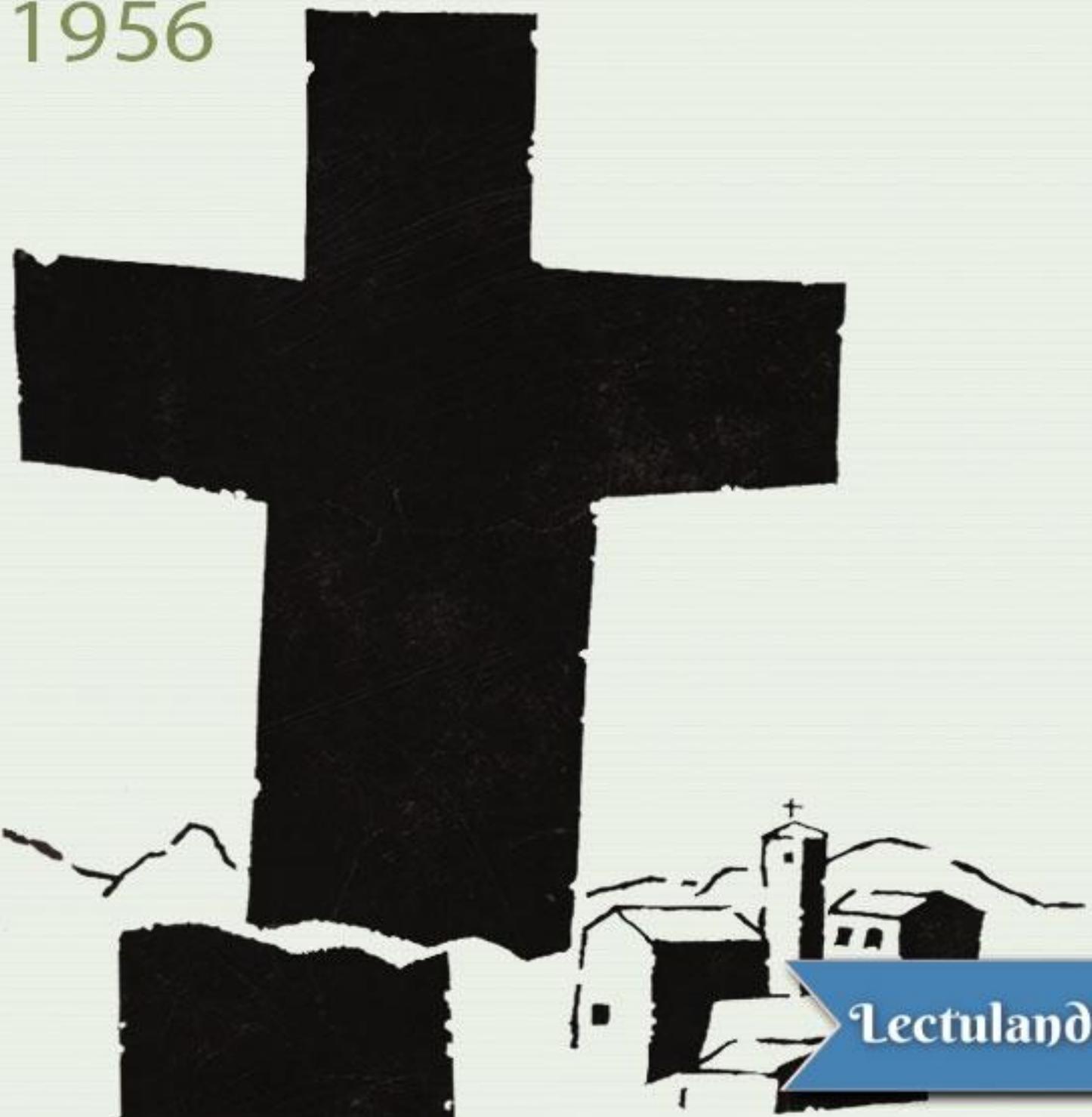


J. L. Martín Descalzo



La frontera de Dios

Premio Eugenio Nadal
1956



Lectulandia

La frontera de Dios se desarrolla en Torre de Muza, una aldea de 347 habitantes donde la superstición coexiste con una marcada religiosidad. A este lugar llega Renato, de niño, con unos titiriteros, pero una secuencia de sucesos trágicos le obligan a quedarse y crecer prácticamente solo, en el puesto de guardavías.

Renato, ya adulto, empieza a manifestar poderes sobrenaturales, por lo que sus convecinos lo acosan para que cure enfermedades y sobre todo para que haga que llueva en el pueblo, y mitigar así la prolongada sequía que está arruinando la agricultura.

La actitud de la población oscila entre creer que Renato es un santo enviado de Dios y el creer que sus poderes son causa del demonio. Cambian de parecer con demasiada facilidad llevados muchas veces por la conveniencia, y la duda no solo es de ellos sino también de los curas que habitan en el pueblo y los pueblos vecinos.

Renato, por su parte, se muestra desconcertado. No tiene ni idea de por qué manifiesta estos dones, que le producen no pocas angustias.

La frontera de Dios es un libro de lectura ágil, narrado con gran destreza, donde se cruzan la audacia y valentía de la novela neocatólica con una serena, aunque trágica visión castellana de la vida. No intenta dar lecciones de ningún tipo. El autor dice, al comienzo de la obra, que si bien firma como sacerdote, el lector tiene en sus manos una novela, no un tratado de teología ni un sermón.

Lectulandia

José Luis Martín Descalzo

La frontera de Dios

ePub r1.0

Artifex 18.03.14

Título original: *La forntera de Dios*
José Luis Martín Descalzo, 1957
Diseño de portada: Destino

Editor digital: Artifex
Primer editor: Ramlord
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Amigo Editor:

No me quedo tranquilo si no escribo estas líneas. Necesito decir un par de cosas, y, aunque esto no se use, usted me va a dejar decírselas aquí.

La primera es mi preocupación al firmar esta novela como sacerdote. Para muchos, literatura sacerdotal y literatura «edificante» son sinónimos. Y lo serían si no hubiésemos estropeado esta maravillosa palabra; si supiéramos que una edificación se hace con pesados bloques de piedra y dolorosos golpes de piqueta, y que puede ser sólo trabajo de personas maduras. Mi novela es ciertamente constructiva, pero ha sido hecha sobre esta tierra que, dolorosamente, no es «apta para menores». ¿Tendré yo la culpa de que algunas páginas de esta obra sangren o chirríen?

Sea la segunda el recordar al lector que lo que tiene entre las manos es una novela, no un tratado de teología, ni un sermón. No busque tesis donde ha querido retratarse vida, ni se agazape esperando locuciones teológicas donde los personajes son gente que habla como se habla. Y recuerde también la archivieja norma que no siempre el autor piensa igual que todos y cada uno de sus personajes, ni aun de los que cruzan la novela con la misma profesión del autor. Los curas de La frontera de Dios no son la Iglesia, sino simplemente curas que viven, sufren, mueren y resucitan más arriba.

¿Una tercera advertencia? Sí, para cuantos esperan esta novela con atisbos mesiánicos. El problema de la novela católica está bastante oscuro y quizás alguno crea que ya tiene el modelo: novela católica será la que se parezca a... No sean ingenuos. ¿Desde cuándo un muchacho como yo ha sacado milagros de la manga? Por desgracia yo no soy Renato.

Bien, concluyamos. ¿Será mucho, amigo Editor, pedirle que encabece con esta carta mi libro?

Un abrazo,

J. L. M. D.

I

CUANDO Renato se sintió en el suelo se llevó una mano a la frente. No podía entender nada de aquello. ¿Qué hacía allí toda aquella gente arrodillada? Se restregó los ojos para convencerse de que no estaba soñando. Sudaba. Se quitó la chaqueta y la largó a alguien, no podía precisar a quién.

—Vamos, reza.

Renato volvió la cabeza hacia el sitio desde donde le hablaban, pero no entendió lo que le habían dicho. Como si le hablaran desde un mundo lejano, en sueños.

—Reza.

—¿Yo? —dijo Renato, volviéndose a llevar la mano a la frente y limpiándose el sudor con el dorso.

—¿Quién, si no? Para eso has venido.

Fue entonces cuando Renato vio la cruz tronchada, pero siguió sin entender qué hacía allí toda aquella gente de rodillas. Dio un paso vacilante hacia la cruz.

—¡Qué mareo! —dijo. Y notó una mano sobre el hombro que medio le obligaba a arrodillarse. Dejó hacer. Se sentía mejor de rodillas, como más descansado.

—¿Qué rezo? —dijo.

—Algo, lo que quieras.

Entonces Renato, como un autómatas, como haciendo algo que hubiera hecho muchas veces, gritó:

—Señor, tened misericordia de nosotros.

Y oyó cómo una ola repetía:

—Señor, tened misericordia de nosotros.

Renato tuvo que contener el deseo de volver la cabeza. Pensó: «Todo el pueblo; está aquí todo el pueblo». Pero siguió:

—Cristo, tened misericordia de nosotros.

Y con más fuerza todavía, casi en un alarido, repitió a sus espaldas todo el pueblo:

—Cristo, tened misericordia de nosotros.

Renato se llevó otra vez la mano a la cabeza. Tenía la frente y el pelo empapados y sentía la impresión de que una mano gigante se hubiera posado sobre él. Se dio cuenta entonces de que hacía un sol tremendo que descargaba sobre ellos despiadadamente. Le ardía todo el cuerpo. Gritó a Dios: «¿Por qué le pasaba a él esto? ¡Milagros! Era estúpido pedir milagros a Dios, exigirselos. Dios sabía de sobra cuándo había que hacerlos. ¡Y a él! ¿Por qué le pasaba esto precisamente a él?». Pero siguió:

—Mándanos la lluvia.

—La lluvia, la lluvia, la lluvia.

—Ten piedad de nuestros campos.

—¡Piedad!

Renato decía todo esto con miedo. Miedo a Dios, que de un momento a otro bajaría a aplastarles. Miedo a aquella ola que rugía a sus espaldas, a aquel pueblo que iba a precipitarse sobre él.

Pero de pronto sintió como si el corazón le creciera; tenía necesidad de hablar. Volvió la cabeza y vio que la gente esperaba que continuase aquella extraña letanía.

—Sigue —dijo a su lado la voz brusca de don César.

Pero Renato ahora no hizo caso; se incorporó con esfuerzo —tuvo que apoyar la palma en el suelo para hacerlo —y se volvió hacia el pueblo. Fue mirando una por una las caras que antes no había reconocido. Vio el compacto grupo de mujeres que sólo se había abierto hacía un momento para darle paso; vio a los niños con cara de terror, apretados a las sayas de sus madres; y el grupo de los hombres, recostados en las tapias del cementerio, y a los muchachos que se estrujaban la cara entre las manos contemplando una escena que ninguno acababa de entender.

—¿Por qué me habéis traído? —gritó—. ¿Qué tengo yo que ver con vuestras comedias? Dios va a aplastarnos, y de un momento a otro. O qué, ¿le engañaréis con vuestros gritos?

¿No veis cómo se ríe de nosotros? No es con oraciones como se aplaca a Dios, sino con sangre. Habéis servido para tirar la cruz y no tenéis cuajo para levantarla. ¿Dónde están los culpables? Aquí entre nosotros están. Que salgan. Vamos. Vosotros lo sabéis. Podéis decirlo. Seguíis tan sucios como antes, ¿de qué sirve acordarse ahora de Dios?

Renato gritaba, sudoroso, estas cosas. Gesticulaba casi cómicamente mientras los ojos se le salían de las órbitas. La gente le escuchaba sin respirar, las mujeres le miraban con miedo y los niños se apretaban más al cuerpo de sus madres.

—Cuando arabais los campos en domingo no pensabais en Dios. ¿Qué diablo de frutos queréis que den ahora? La maldición de Dios cayó sobre este pueblo. ¿De qué sirve gritar si el pecado está aquí?

Renato volvió la mirada a la cruz al decir esto: allí estaba caída y rota en tres pedazos la cruz de la laguna, la cruz a cuyo alrededor se habían ido juntando todas las generaciones desde que Torre existía. La cruz de las romerías, la de todas las procesiones, la cruz a cuyos pies posaban todos los recién bautizados varones para que Dios les hiciese fuertes y buenos labradores. Aquella cruz, que era el símbolo del campo, estaba ahora por tierra. Renato la miraba, y tras la suya, todas las miradas se clavaron en ella. Y todo el pueblo tembló. Comprendiendo.

—Y tú, ¿a qué has venido? —gritó, dirigiéndose a don César—, ¿a qué? No viene contigo Matilde, ¿eh? Sabemos de sobra dónde pasaste la tarde y ahora vienes a rezar aquí como una mujer. Tus campos... ¡Me cago yo en tus campos! ¿Qué le importan

tus vacas a Dios? ¡Así revienten todas! No limpian, entre todas, tus guarrerías de una noche.

Don César apretaba los puños y los dientes y todo el pueblo le veía levantarse para rodar luego los dos por el suelo abrazados. Pero no fue así. Don César, de rodillas, se sentía ridículo y vencido por los ojos de Renato. No salía de su asombro. Le parecía que aquel hombre que ahora le insultaba no era el guardavías de media hora antes. Ahora era un gigante en cuyas manos estaba su suerte y la del pueblo entero. Y sólo tuvo valor para decir:

—Cállate.

—¡Callar!... No callaré. No callaré, ya que me habéis traído. Queréis que rece a Dios, pues aguantadme. Ya no es fácil callar cuando se abre la boca. ¿A qué habéis venido? Tú, tío Lucas; tú, Martín, ¿qué creéis?, ¿que se juega con Dios al escondite? Venid ahora poniendo caras compungidas. Dios os conoce igual. Se sabe de memoria vuestra voz, de tanto que blasfemasteis.

»Pues, bien, sabedlo. Se quemarán las viñas, se pudrirán los trigos y moriremos de hambre. Cuando nos hayamos muerto se acabarán los pecados y dejaremos a Dios un poco en paz. Queréis que llueva en vuestras viñas sólo para poder emborracharos. Todos sabemos adónde vais cuando tenéis dinero. Y a ti, ¿quién te?... No pensabas en Dios cuando lo hiciste, puerca.

»Y ahora he de ser yo el que rece a Dios. Pues ¿qué creéis de mí? No soy nadie. Ninguno de nosotros detendrá la rabia de Dios. Cuando se mueren de hambre vuestros hijos os acordáis de Dios. Sólo falta que él quiera acordarse ahora de vosotros.

Renato se quedó en silencio, jadeante. Jamás en su vida había dicho tantas palabras seguidas. Todo el pueblo le miraba conteniendo el aliento. No, no era el guardavías de siempre; parecía que hubiera crecido de repente. Su voz tenía un extraño tono de grandeza, como la de quien habla porque tiene autoridad. Por eso todos mantuvieron su silencio bajo el sol aplastante que batía la llanura.

Los campos se quemaban, inmóviles, sin el más leve aire. Los árboles que escoltaban el caminillo que subía hacia la ermita tenían todas las hojas amarillas. Junto a la laguna seca, la cruz tronchada ponía una nota trágica en la escena. Tras las tapas sucias del cementerio asomaban las puntas dos cipreses oscuros. A la espalda, el pueblo latía silencioso; sólo de vez en cuando se oían los mugidos lastimeros de las vacas hambrientas.

Renato ahora se agitaba nervioso y miraba a la altura como si estuviese riñendo con Dios. Volvió de golpe la cabeza y gritó:

—Ahora, todos de rodillas conmigo. Gritaremos a Dios mañana y tarde; pasaremos la noche si es preciso y nadie se moverá de aquí hasta que Dios se apiade de nosotros. Si alguien se muere de hambre, que nadie toque su cadáver. Dejadle ante

Dios. A ver si el olor llega hasta el cielo. Ninguno ha de moverse de su sitio. Y ahora gritad todos conmigo. Hasta que Dios escuche. Quiera o no.

Se alzó entonces un griterío horrible. Nadie sabía con certeza lo que estaba diciendo. Gritaban simplemente. Acaso no decían nada y era sólo el pavor el que movía sus labios. Las mujeres lanzaban alaridos que asustaban cada vez más a sus pequeños, que se asían a sus espaldas llorando. También algunos hombres gritaban, contagiados del miedo general; lloraban como niños, hombres que parecían castillos dos horas antes. Y ninguno de ellos comprendía por qué. Hubiera podido pensarse que era la locura: todo el pueblo gritando como ante un terremoto o ante la más cruel de las catástrofes. El mugir de las vacas en los establos también había aumentado y se juntaba con los ladridos de todos los perros del pueblo que venían por la calle de las Monjas atraídos al lugar de los gritos.

Era el espectro del hambre que avanzaba visible por el campo bajo aquel sol de infierno.

Pasaron varias horas y nadie se movía. Ahora el clamor se había hecho sordo, era ya sólo un rezo de padrenuestros y avemarías que subían y bajaban en oleadas respondiéndose las unas a las otras como en un desafío.

Renato, delante de la cruz, apretaba las manos y los dientes y le ardía la cara. Le salía una oración rabiosa, dura y casi amenazante. Allí estaba la cruz, la enorme cruz de piedra, caída, tronchada casi a raíz de la peana, como un enorme delito gritando en la llanura.

Era el tremendo símbolo de todos los pecados del pueblo. La mañana que apareció tronchada —un mes antes—, por todo el pueblo corrió un escalofrío. Nadie preguntó nada, porque todos se sintieron culpables. Y se corrió la voz de que nadie la había tirado, que se había caído ella sola empujada por todos los pecados del pueblo.

Había sido Sito, el pastor, el primero en descubrirlo. Cuando el muchacho salió la mañana de aquel día de abril con sus ovejas, camino de los pastos, se encontró con que la cruz estaba en el suelo. El niño sintió como si le tirasen del corazón; quizá fue el recuerdo de aquella tarde en que también él había estado, recién nacido, a los pies de la cruz, mientras sus padres cantaban los gozos tradicionales:

*Este niño que nos diste
consérvanosle, Señor,
hazle robusto de cuerpo
y fuerte de corazón
para que sea, de grande,
digno de ser labrador
que siembre el trigo que sirva*

de cuerpo a mi Redentor.

Quizá fue este recuerdo enterrado lo que hizo que Sito se acercase con miedo y reverencia a la cruz y que luego, olvidándose de las ovejas, echase a correr hacia su casa.

—Padre, han tirado la cruz.

Maneras salió precipitadamente de su casa a medio poner la chaqueta, como si se tratase de un enfermo a quien se pudiese socorrer todavía. El padre, por el camino, dijo:

—¿Dejaste solas las ovejas?

Sito se dio cuenta ahora de ello. Dijo:

—Me asusté.

El padre no dijo nada. Pero pensó: «Dios las cuida».

Cuando Nicolás y su hijo llegaron a la cruz se encontraron todas las ovejas apretadas las unas contra las otras, entre la cruz y el cementerio, sin moverse siquiera. Maneras ni pensó en contarías; tenía la seguridad de que estaban allí todas. Se paró ante la cruz y se quedó mirándola como si una gran desgracia hubiese caído sobre su casa y el pueblo. Sito hubiera querido que su padre hablara, que hiciera algo; pero Nicolás quedó con las piernas abiertas, clavadas en el suelo y meneando congojosamente la cabeza.

—Padre... —dijo el muchacho. Pero no se atrevió a continuar la pregunta.

Luego Nicolás dijo:

—Lo hecho, hecho. Que Dios perdone. Anda... ve con las ovejas.

El niño inclinó la cabeza y se alejó por el camino, perdido entre la nube de polvo que levantaba el rebaño.

También Nicolás volvió lentamente hacia el pueblo. Llamó en casa del tío Lucas.

—Han tirado la cruz —dijo, cuando el viejo apareció en los umbrales.

—¿La cruz de la laguna?

—Sí. Esta noche.

—¡Dios!

Luego la noticia había corrido de portal en portal y todos los vecinos del pueblo habían ido pasando delante de la cruz y se habían quedado silenciosos durante unos momentos. El tío Lucas había dicho:

—Ya, ya se entiende por qué no llueve este año.

Y todos los hombres habían levantado los ojos al cielo comprendiendo que la sentencia estaba dada.

También había corrido por el pueblo la frase que había dicho don Macario, el viejo párroco del pueblo, desde la cama en que estaba ya de meses enfermo. Don Macario había movido lastimosamente la cabeza y había dicho:

—Así tenía que acabar este pueblo.

Y cuando los 347 habitantes de Torre conocieron esta frase tuvieron la sensación de que su pueblo había acabado para siempre.

Desde entonces la sequía pareció a todos una cosa normal. Los hombres espiaban el cielo, pero con la certeza de que no aparecería en todo el horizonte una nube que pudiera venir cargada de lluvia.

Luego lo de la tía Rosa, a la que al saber que había caído la cruz le entró una tembladera y un llanto incontenibles. Y fue inútil que don Melquíades no se separara un momento de la cama, porque parecía que la tía Rosa estaba empeñada en morir. Palidecía y adelgazaba por horas y se pasaba el día gritando:

—¡La cruz, la cruz, que la levanten!

Inútil fue que todos sus hijos se agolpasen en torno a su cama intentando calmarla. Inútil que Julián mintiera diciendo que ya la habían levantado. La tía Rosa gritaba:

—No, la veo, la veo que está caída. Sólo un milagro puede levantarla. Si alguien toca esa cruz morirá. Es una cruz maldita.

En todo el pueblo se habían oído los gritos de la tía Rosa, aunque Martín había cerrado puertas y ventanas, y todos habían temblado al oírla. Doce días pasó la vieja gritando, pidiendo que levantaran la cruz y diciendo que sólo un milagro podría levantarla. Las mujeres, al oír sus gritos, se santiguaban rápidamente.

El decimotercer día murió la tía Rosa. Murió sin que don Melquíades consiguiese saber qué enfermedad tenía, sin fiebre siquiera. Todos vieron cómo iba quedándose delgada, como si el alma se le fuera por los gritos. Hasta que un día había abierto horriblemente los ojos y gritando: «La veo, la veo aún caída; es una maldición. El demonio ha entrado en este pueblo», se había retorcido en la cama y, apretando la sábana con los dientes, se había quedado inmóvil para siempre.

Ninguno de sus hijos se atrevía a tocarla y en los ojos de todos los hombres y mujeres del pueblo quedó fija la imagen de la tía Rosa retorcida en la cama y en los labios las palabras: «¡Es una maldición, es una maldición del diablo!».

Y cuando al día siguiente al ir al cementerio se acercó la comitiva al final de la calle de las Monjas, que desembocaba en la laguna a cuyo borde se levantaba la cruz, fueron muchos los que se quedaron rezagados y desaparecieron por las callejas contiguas. Y los pocos que seguían a los ciriales clavaron sus ojos en la caja, como temiendo que la tía Rosa se levantara del ataúd para contemplar por última vez la cruz derribada. Y dos de los mozos sobre cuyos hombros se posaba la caja coincidieron en que, al pasar ante ella, la tía Rosa se había removido entre las tablas y el cuerpo se había hecho más pesado.

Por eso nadie en el pueblo se extrañó de que las catorce mujeres que cada tarde se reunían a rezar el rosario dirigidas por Lucio, el sacristán, decidiesen una de aquellas tardes ir a rezarle ante la cruz en vez de hacerlo en la iglesia. Ni extrañó tampoco que

el número de mujeres creciese de día en día, y hasta que algún día se les uniese algún hombre.

Y así fue cómo el pueblo comenzó a obsesionarse con la cruz y las mujeres comenzaron a verla en sueños y los hombres a poner su nombre como el más valedero de los juramentos.

—Júralo por la cruz de la laguna.

—Jurado.

—Trato hecho.

Con el cambio de la luna entró el verano y los hombres comprendieron que definitivamente no llovería y cada día eran menos los que salían a los campos y más los que se pasaban las horas en la taberna jugando a la baraja silenciosos.

Pero junto al miedo nació la rebeldía, y con ella la blasfemia.

—Dios, Dios, ¿qué... le importará una cruz más en la tierra?

Y los hombres temblaban al decirlo, pero se encontraban más desahogados después de haberlo hecho. Ésta era su venganza, una venganza ruin —lo sabían de sobra—, pero venganza al cabo.

—Mi mujer se pasa todo el día rezando.

—Rezar, rezar... A un Dios así debíamos mandarle a la...

Eran blasfemias ridículas, blasfemias de niño presumido y que muchas veces estaban mucho menos lejos de la fe de lo que ellos creían.

Y así fue cómo llegó la Semana Santa. De Irola —la capital— vino un redentorista, seco, huesudo y alto que durante tres días tronó contra el pecado y habló del infierno con tonos que hicieron llorar a las mujeres y sumieron a los hombres en el más hondo silencio. Pero el padre Mendizábal tuvo el viernes una desagradable sorpresa cuando, tras cuatro horas de confesonario, no se había acercado ni un hombre al santo tribunal.

—¿Es que en este pueblo los hombres no se confiesan? —preguntó a don Macario mientras se paseaba nerviosamente por el despacho parroquial. La voz del párroco llegó desde la alcoba tras las cortinas levantadas.

—Aunque mal, se confiesan.

—Pues hoy no ha ido ninguno.

Tampoco se acercó ningún hombre a la mañana siguiente, y el padre Mendizábal pudo enterarse de que los hombres habían jurado que ninguno de ellos se confesaría ni comulgaría por Pascua si Dios no quería llover.

Aquella tarde tronó el buen padre con el más lúgubre de sus repertorios, pero sin resultado.

—Nunca me había sucedido esto —dijo con tristeza en el último de sus sermones—. Dios os va a castigar. Habéis querido tomar la venganza por vuestra mano y la lluvia se ha alejado para siempre.

Pero tampoco aquella tarde fue a confesarse nadie y entonces el padre se fue a dar un paseo para rumiar su fracaso. Estaba aburrido y marchó a la estación con media hora de adelanto. Y fue allí donde tuvo la mayor alegría de los tres días. Se le acercó un hombre que le dijo:

—Padre, yo soy el guardavías. No he podido ir estos días a los sermones. Ya ve, coincidían con el paso de los trenes. Esta tarde fui a la iglesia a confesarme y... usted no estaba. Querría... podría... aquí mismo.

Fue Mariano, el mozo de estación, el que contó aquella noche en la taberna que había visto a Renato confesarse en un rincón de la sala de espera, y fue el tío Lucas el que inclinó la cabeza y tras dar una larga chupada a su pipa dijo:

—Quizás hicimos mal.

—No hemos debido hacerlo.

Era Martín, el hijo de la tía Rosa. Se acordaba de su madre.

Luego, en la taberna hubo un largo silencio.

El lunes de Pascua, Pedro, el Moquero, dijo:

—La cosecha de este año ya no la salva nadie.

Y el señor Feliciano añadió:

—¡Qué año nos espera!

El martes fue Juanote el que dijo:

—Mi mujer se pasa el día llorando. Dice que Dios no puede perdonarnos.

El miércoles dijo Sito a su padre:

—¿Qué pastarán las ovejas este año?

—Dios dirá —dijo Maneras.

—¡Dios dirá! —gritó desde el fondo Pilar—. Somos nosotros los que hemos de decirlo. No queda más salida que rezar.

Y el jueves, Maneras repitió en la taberna:

—No queda más salida que rezar.

—¡Rezar! —Santos, el del quesero, quiso añadir una blasfemia, pero no tuvo valor.

—Ya ni para rezar valemos —dijo el tío Lucas, inclinando la cabeza mientras la pipa se apagaba en sus labios.

—Sin embargo, hay que hacer algo. —Era Juan, el Cansado.

—¿Algo qué?

—No sé. Algo.

—Buscar alguien que rece por nosotros.

—¿Alguien? ¿Quién?

—El cura.

—Está en la cama y... no nos entendería. Hubo un silencio largo.

—Quizá Renato.

Era Mariano, el mozo de estación, quien lo había dicho. El tío Lucas levantó lentamente la cabeza. Dijo:

—Renato...

Todos los hombres se miraron en silencio.

—No querría venir —dijo Martín.

—¡Quién sabe!

—Renato... —repitió el tío Lucas.

Y volvió a encender la pipa apagada.

Luego, lo demás había sido ya muy rápido. Renato se había negado a los argumentos del tío Lucas diciendo que eso era asunto de curas. Pero no había podido negarse a los brazos de Martín y Julián, que le habían medio llevado a rastras. Ahora se encontraba allí, entre la cruz y el pueblo, entre las dos mareas: de Dios, que estaba cerrado y silencioso como una piedra, y del pueblo, que exigía de él que lograra el milagro.

Renato tenía miedo. Se sentía pequeño y ridículo rezando por cosas que no conocía, ni conseguía comprender siquiera. Se había encontrado siempre lejos del pueblo, feliz en su casita junto a la vía, viendo pasar los trenes, siempre solo, bajando al pueblo únicamente para comprar lo necesario.

Se sentía también ridículo ante Dios, ante aquel Dios a quien él había hablado siempre sin jaleos y a quien ahora se veía precisado a pedir un gesto de grandeza. La sola palabra «milagro» le asustaba, le resultaba demasiado grande. Estaba acostumbrado a verla unida solamente al nombre de Cristo y de los santos.

Y no obstante rezaba. Él no sentía necesaria la lluvia. Lloviese o no, los trenes seguirían pasando como hasta ahora. Pero había visto el pánico pintado en las caras de las mujeres y por eso gritaba a Dios el padrenuestro, el «hágase tu voluntad», casi con un gesto de rebeldía. Tenía los ojos clavados en aquellas piedras caídas que parecían aplastar al pueblo bajo su peso.

¿Cómo pasó? ¿Cómo suceden las cosas grandes, las cosas memorables, cuando suceden? Renato después no conseguía recordarlo. A él le pareció sentir un alarido seguido de un silencio tenso, emocionante. Tuvo la sensación de que un niño lloraba. Abrió los ojos, los abrió desmesuradamente, sin poder dar crédito a lo que delante de él sucedía: la cruz se levantaba. Los dos trozos del suelo se movían, se juntaban,

comenzaban a alzarse en el aire, a ponerse de pie. Lentamente. Lentamente. Para que todos lo vieran. Como si la arrastrasen con unas maromas invisibles, la cruz se levantaba, se encajaba en su sitio. Estaba en pie. Era Dios. Se palpaba.

El sol seguía cayendo sobre el llano como una enorme hoguera. Pero a nadie importaba ya el calor. La llanura era toda un griterío, un alarido en carne viva, la locura. Nadie sabía lo que gritaba. ¡Milagro! ¡Milagro! ¡Viva! ¡Viva! Algunos corrían al pueblo, entraban en las casas, en los establos, gritando la noticia.

Renato sintió que le abrazaban, que su cuerpo rodaba por sobre las cabezas, como si aquella ola hubiera estallado por fin bajo sus pies. Era un mar, era un mar que le arrastraba sin saber hacia dónde.

Unas mujeres se abrazaron como locas a la cruz; todos querían tocarla: fue una verdadera batalla campal. Nadie pensaba entonces que la cruz podía caerse de nuevo, aunque los empujones hubieran bastado para ello. Era la mano de Dios y todos querían tocarla.

Nadie gritó serenidad. Unas horas después el pueblo seguía como ebrio, atontado, sin comprender aún.

II

RENATO SACUDIÓ fuertemente la cabeza. Tenía la sensación de que un cinturón de hierro le ceñía la frente. Hacía fresco. Era aquél el único montículo que se elevaba en toda la llanura y el viento se concentraba allí. Se puso en pie e intentó caminar hacia la ermita para ponerse a su cobijo. Se encontraba cansado, molido, y le costó trabajo llegar hasta ella. Se dejó caer en el banco de cemento que corría a lo largo de toda la pared exterior. Apoyó la cabeza en la piedra del muro y se sintió mejor. Cuánto tiempo estuvo así no podía precisarlo. Más tarde recordó que había oído dar las tres de la mañana en el reloj del Ayuntamiento.

Era una noche clara, y la luna llena blanqueaba la llanura, que se abría enorme ante los ojos de Renato. Allí, bajo sus pies, el pueblo se bañaba en una pálida luz lechosa. Podían distinguirse con claridad las casas apretadas las unas a las otras en torno a la torre cuadrada y maciza de la iglesia.

Desde aquella colina de las Angustias, la única en muchos kilómetros a la redonda, podían verse de día todos los pueblos de la comarca, pequeños y pardos como Torre de Muza. Renato contempló el camino de pinos que descendía desde la ermita al pueblo en una cuesta corta, pero muy empinada; luego, el pequeño amontonamiento de unas cien casas, y al final, el camino de Los Setos, que terminaba en las ruinas de la antigua torre mora que había dado nombre al pueblo. Un poco más allá, junto a la vía, los últimos árboles ocultaban su casita.

Renato sintió ahora una extraña ternura por el pueblo. Siempre se había considerado un poco lejano de todos sus vecinos, pero ahora les sabía mucho más cerca de su corazón, sin comprender por qué. Y al mirar al cementerio, que quedaba a la izquierda del cerro, sintió como si todos aquellos muertos que ahora dormían allí estuviesen unidos a él por lazos mucho más fuertes que los de la carne y la sangre. Él, que no sabía a quién le unía la sangre.

Sólo cuando sus ojos se posaron en la cruz de piedra erguida al borde de la laguna seca, recordó lo que había sucedido aquella tarde. Tenía un recuerdo borroso y todo el cuerpo le dolía como si alguien hubiera usado de él para hacer cosas extrañas. Le pareció recordar que después de muchos apretones había conseguido huir de entre la gente; que se cayó dos veces subiendo por el cerro de las Angustias, pero que las dos se había levantado de prisa, como impulsado por una mano desconocida, quizá por el miedo.

Una vez en el cerro, se había refugiado en el pinar y había oído alejarse el griterío hacia el pueblo. El cuerpo le pesaba y se dejó caer al suelo, entre los árboles. Ahora le parecía recordar algo como si se hubiera vuelto a Dios exigiéndole cuentas. Luego se había quedado dormido algunas horas.

El reloj de la iglesia dio las dos campanadas de la media. Renato se sentía

cansado, sin ganas de nada. Pero cuando hundió la cabeza entre las manos le vino espontáneamente esta pregunta: «¿Por qué le ocurría a él todo esto? No era su oficio hacer milagros. ¿Quién tenía derecho a deshacerle así la vida? Él quería vivir en paz. Sólo pedía esto: vivir en paz. Sencillamente, vivir en paz. ¿Y ahora? ¿Quién detendría la ola?». Renato comprendía que aquello no iba a terminar allí, que aquel 25 de mayo le había destrozado la vida para siempre, la partía en dos mitades. Lo que vendría detrás no podía soñarlo todavía. Pero, adiós vida feliz de cambiar las agujas y ver pasar los trenes... «Dios... ¿tenía derecho Dios a hacerle esto?»

Eran casi las cuatro cuando comenzó a descender la cuesta. Iba despacio y a su paso se desprendían chinarrros que avanzaban rodando unos metros ante él. A mitad de camino se detuvo. Le daba miedo acercarse al lugar que había cambiado el curso de su vida. Se recostó en el árbol de las ánimas, el pino más grueso del pueblo en el que cuantos subían a la ermita clavaban un chinarro blanco por cada padrenuestro que rezaban. El árbol, bajo la luna, tenía una mágica fosforescencia.

Fue entonces cuando Renato se dio cuenta de que había alguien ante la cruz. Vio una sombra arrodillada que subía y bajaba las manos en gestos que desde lejos resultaban cómicos.

El guardavías se acercó despacio, ocultándose tras los pinos, para poder observar sin que le vieran.

Ya desde cerca pudo distinguir la sombra de un hombre que, arrodillado ante la cruz, hablaba a grandes gritos mientras elevaba las manos al cielo. Luego, en un gesto raro, le vio llegar con la cabeza al suelo y le pareció escuchar un llanto entrecortado de hipo. Luego vio que la sombra se incorporaba, se acercaba a la cruz y, por fin, se abrazaba a ella hablando a grandes gritos, que Renato no conseguía entender porque el viento se llevaba las voces hacia el pueblo.

Siguió acercándose —ahora ya sin árboles que le ocultasen—; pero el hombre no debía verle aún, pues seguía abrazado a la cruz mezclando con el llanto sus gemidos. El guardavías sintió un malestar en el estómago, una sensación de ridículo que no podía evitar. Luego, cuando ya estuvo encima, fueron náuseas lo que sintió.

—Hoy tú no estás bien. Estás fría. Fría. Fría. Quiéreme, pequeña. Además va a llover, ¿sabes, pequeña? Mañana llueve. Fue Renato, yo no. Renato dijo: hala, levántate, y ella fue y se... quiéreme.

Renato cogió con violencia la mano que abrazaba la cruz. 1.ª soltó y el cuerpo de Julián rodó al suelo sin un gemido.

—Vamos, levántate. Y ahora vete a dormir. Creo que ya es hora.

—Sí, ya es hora, ya. Gra... cias.

El guardavías apoyó su mano en la cruz. Otra vez le dolía la cabeza y sintió unos extraños deseos de llorar.

Fue entonces cuando vio otra sombra arrodillada junto a las tapias del cementerio.

—¿Quién anda ahí?

—Yo. Soy yo.

Era una voz femenina. Cuando se acercó, Renato pudo reconocer las facciones de María, la mujer de don César.

—¿Qué haces aquí?

—Rezaba.

—¿Y has visto...?

—Sí... Julián. Está...

—¿Lo hace muchas veces?

—Sí. Pero hoy más. Lo están... muchos.

—¿Muchos?

—Sí.

Renato no se atrevía a preguntar. Temía la respuesta. Fue María la que habló:

—La fiesta... acabó en las tabernas.

Renato comprendió que no se había equivocado al pensar que todo no iba a acabar con el levantarse de la cruz. Pero tuvo también que responderse a sí mismo que nunca pudo sospechar aquello.

—Están muchos aún. Bebiendo. Mi marido se fue... con...

Hizo un gesto de impotencia y no fue capaz de decir el nombre.

—Dicen que hoy no es día de dormir, que se acabó el problema. Que lloverá mañana y que hay que... festejarlo.

Hablaba despacio, con un deje de tristeza casi tangible.

—Es un peligro andar hoy por la calle. Hace un rato gritaba Catalina porque Santos se empeñaba en entrar en casa de ella mientras el tío Lucas roncaba la curda. Luego les vi besándose a los dos.

—Es...

No encontró el adjetivo necesario. Ella dijo, comprendiendo:

—Sí.

Renato se internó por la calle de las Monjas. En el pajar del tío Lucas se veía luz, una luz de linterna que se movía cautelosamente. Desde la calle se oían los ronquidos del tío Lucas. De la taberna del Moro salía un cuchillo de luz y un chorro de voces. Vio salir dos sombras abrazadas que se alejaron cantando y luego se pusieron a golpear las puertas de la botica.

Renato no tuvo valor para cruzar por el centro del pueblo, y por la calleja de la Hoz se encaminó a la estación. El reloj dio las cuatro de la mañana. El cielo estaba Heno de una luna redonda y clara.

A las cuatro y media llegó a la pequeña estación. Estaba desierta y una única luz brillaba en el cuarto del jefe. Sólo ahora recordó su oficio de guardavías y que el mixto llegaría a las cinco menos cuarto.

«Si, Marcial se habrá marchado. Daría el cambio de las siete y se iría. Y quiera Dios que lo hiciera bien.»

Dio la vuelta por detrás del edificio. (Conocía de sobra el genio de don Servando, el jefe de estación.) Y se alejó de prisa, caminando al borde de la vía. Debía apresurarse si quería llegar a tiempo. Se le hacía difícil el correr con todo el cuerpo dolorido.

Ya veía los árboles que rodeaban su casita cuando oyó al mixto entrar en la estación. Pensó: «No hay nadie. Le darán en seguida la salida. Debí decir al jefe que le retrasase un poco.» Apresuró la marcha, jadeante. Le faltarían aún cincuenta metros cuando oyó el pitido de la máquina que en el silencio de la noche le pareció más agudo que nunca. Debía darse prisa. Ahora le hacían daño los zapatos. Se descalzó y continuó corriendo. Las chinas se le clavaban en las plantas. «Llegó — pensó—, llegó.» Pero apretó la marcha. Y fue entonces cuando vio que la explanadilla que había al lado de su casa estaba llena de gente.

—¡Aquí está, aquí está! —gritaron varias voces mientras una docena de personas corría hacia él.

Renato se detuvo un instante. Vio a Manuela que se arrodillaba ante él y se abrazaba a sus rodillas diciendo cosas que él no entendía.

—¡Quitad! —dijo—. ¡El tren! —Y sintió el resuello de la máquina que se acercaba fragorosa. Tuvo que dar un empujón a la mujer, que rodó por el suelo, porque ya se escuchaba el tren a las espaldas y ella no le soltaba. Y movió las agujas pocos segundos antes de que el tren entrara en el cambio. Respiró.

Y apoyado en la aguja miró al tren alejarse y perderse en el fondo de la noche.

Le daba miedo volver la cabeza. Sentía que todos aquellos habían venido a algo sucio que no sabía, pero un temor oscuro le asaltaba.

—Renato —dijo una voz a sus espaldas—, llevamos cinco horas esperándote.

Era Manuela, manchada todavía de polvo, que le miraba con unos ojos que a Renato le resultaron empalagosos.

—¿Para qué me esperabais? —dijo, agrio.

—Ven.

Sí, era lo temido. Allí estaba el tío Juan, el de la úlcera, y Simona con su niño de seis años, deforme en su parálisis. Y Alejandro, el cheposo. Y Luisa, la de la tienda, en una cama turca. Y «la cojita», la hija de don César. Y doña Asunción, la madre del carnicero, que nunca acababa de morir. Y el señor Delfín, con una sola pierna. Y Nano, el chico mono. Todos con sus parientes y con su acompañamiento de curiosos. Lejos ladraban incesantes dos perros.

Renato comprendió de repente. Sintió que le subía la sangre a la cabeza. Apretó los labios.

—¡Idiotas!

Dijo esta palabra despacio, masticando las sílabas.

—¿Qué os creáis? ¿Que Dios no tiene más oficio que escucharos? No es un encantador de serpientes venenosas. Él no hace milagros por lucirse.

—Tú puedes ayudarles. —Era Carmela, la «chiquinina» vestida de gris.

—Ayudarles, ¿a qué?

—Curarles.

—Y después, ¿qué? A pecar. A continuar pecando con más comodidad. Sí, se debe robar mejor con dos manos que con una. ¿Es eso lo que queréis? Hay cosas más importantes que estar sanos.

—Renato, no querrás decir que... —Manuela se había adelantado, retadora, hacia él—, que... no piensas continuar con los milagros.

—¡Continuar con los milagros! ¡Eso no es un oficio!

—Si puedes hacerlos, ¿qué trabajo te cuesta?

—Pero ¿quién os ha dicho que yo hago milagros?

Renato ahora gritaba agitando los brazos como aspas de molino.

—¿No fue un milagro lo que hiciste anoche?

—¡No lo hice yo!

—¿Pues quién?

—Él. —Renato apuntó al cielo.

—Pero tú le rezaste.

—Recé como podía... —Quiso decir una grosería, pero no se atrevió—. No son los rezos los que *hacen* los milagros. Es cosa de Dios. O si no, id al cura. Rezar es su oficio. Yo soy el guardavías. Nada más.

—Nada se pierde con probar.

—Nada se pierde, o se pierde todo. Con Dios no se juega. Y menos para llenarnos la barriga.

—Tienes el corazón duro —gimió doña Asunción—, y Dios te va a castigar.

—Sé bueno con nosotros.

—¡Basta!

—Sé bueno, Renato. Mira, sólo tiene seis años.

Simona se había adelantado con su niño en brazos.

—Marchaos, por favor. ¿Por qué no me entendéis? No puedo hacer eso —gritaba—; y hasta debía daros vergüenza traer a los críos. No son éstas las mejores lecciones para ellos. Os acordáis de Dios ahora. Y si hiciera milagros el demonio iríais corriendo a él para pedírselos. Y llevaríais también a vuestros hijos.

Fue entonces cuando María Belén se adelantó. Su cuerpo hubiera sido monstruoso, de no haber tenido tanta luz en los ojos. Tenía nueve años y una pierna más corta que la otra había ido inclinando su cuerpo hacia la izquierda hasta deformar

totalmente su espalda. Pero los ojos eran maravillosamente luminosos y alegres. Bastaban.

—Yo no vine a que me curases.

Su voz era muy clara, casi tanto como sus ojos. Se detuvo un momento. Allá al fondo del horizonte comenzaba a vislumbrarse una luz de amanecer. La cojita dio un paso más y sus ojos brillaban a la luz de la lámpara que oscilaba en la mano de Manuela. Renato tembló al ver lo claro que era el fondo de aquellos ojos infantiles.

—Yo no he venido a esto —repitió. Y señalaba la pierna que arrastraba. Abrió las manos y mostró un pequeño bulto oscuro. Manuela aproximó la lámpara y varios se acercaron.

—¿Qué es?

—Parece un pájaro —dijeron.

La cojita siguió:

—Se murió hace tres días. Pensé... anoche al ver lo de... pensé que... En el catecismo nos decían que Jesús resucitaba hombres. Pájaros es más fácil.

Renato sintió que la claridad avanzaba por momentos. Los perros que antes había oído ladrar, ahora callaron. La niña dijo:

—¿Cómo voy a enterrarle ahora otra vez?

Todos callaban. Renato se sentía otra vez cansado, pero lleno de una alegría inexplicable. Le parecía como si su propia sangre fuera ahora más fresca. Como si de pronto volviese a ver aquel mar, perdido en la memoria de su infancia.

La cojita le miraba con los ojos abiertos como pozos.

Renato cogió el pájaro en la mano. Dijo:

—¿Era un canario?

—Sí. Cantaba. Se pasaba el día cantando.

—¿Le querías?

—¡Oh!...

El viento había disminuido y comenzaba a respirarse mejor. Renato sentía en su mano lo áspero de la tierra que tenía el canario todavía. Notaba también lo suave de la pluma. Le acercó a la lámpara. La cabeza caía como rota y los ojos estaban en blanco. El pico tenía barro seco. Le sopló en las alas para quitar la tierra. Comenzó a acariciarle.

—¿Me le curas? —dijo la niña, como si se tratase de un enfermo.

—Los milagros no son sino añadidos, ¿comprendes? Lo que importa es amor. Ser bueno, eso importa.

—Belén era bueno. Se llamaba Belén —explicó.

—Sí, Belén era bueno. Cantaba y era hermoso sin saberlo. Todo para los otros, para ti. Belén...

Renato sintió un calor entre las palmas. Un calor muy distinto de los otros. El de la vida. Un temblor que no pudo precisar si venía de su propia sangre o de otra.

Comenzó a amanecer; una luz difusa iba extendiéndose por la llanura mientras todos los ojos estaban clavados en las manos de Renato. Él comprendía que había sucedido algo maravilloso y no se atrevía a abrirlas por temor a comprobarlo.

—¡Me lo has curado ya, me lo has curado!

—Toma, puedes llevártelo. Cuida que no se te vuelva a morir nunca.

Dieron las cinco. En seguida se oyó el traqueteo y se vieron las luces del exprés que descendía. Todos volvieron la cabeza. El exprés no paraba en el pueblo y pasó como un relámpago.

La niña se encontraba ahora colgada del cuello de Renato. Le besaba.

—Esto es ridículo —dijo alguien al cabo de un rato.

—Sí, ridículo —sentenció Carmen, la chiquinina vestida de azul.

—¿Y este milagro? Este... —se adelantó, Manuela.

—Este... —quiso explicar Renato. Pero comprendió que nada tenía que decir.

—¿Qué trabajo te cuesta curarnos?

El guardavías agitó la cabeza.

—No, no es eso. Comprended que no puedo, no...

—No quieres. Ahí tienes el canario.

—Esto...

La niña se había quedado junto a él, que la apretaba contra su cuerpo, como para defenderse. La pequeña miraba asustada a aquella gente.

—Esto es... —insistió Renato.

—Es estúpido hacer milagros de éstos. —Era Manuela.

Renato tenía otra vez la impresión de despertar de un sueño. No comprendía cómo podía llamarse estúpido a un milagro, fuera el que fuere.

—Es poner en ridículo a Dios —dijo Carmela, la chiquinina gris.

—¿Cómo va a entretenerse en hacer bobaditas? Pues sí que no hay canarios en el mundo... —dijo la chiquinina azul.

—Debes curármelo, Renato. Es hijo único, ¿comprendes?

Renato volvió los ojos a Pedrín. Vio aquel cuerpo infantil, difícilmente retorcido; vio la mirada estúpida en sus ojos clavados en el vacío. Sintió que el corazón latía más de prisa.

Volvía el viento fresco de la mañana. Y la luz tras el horizonte iba siendo más clara por momentos.

Renato agitó la cabeza como para alejar una tentación.

—No, no puedo.

Simona estalló en llanto.

—Dios te va a castigar. Tú no eres bueno.

Renato dijo:

—Yo... yo...

Hubiera querido decir que qué más quería él que curarles a todos y que eso era asunto de Dios. Pero no supo. Dijo sólo:

—Dios es Dios...

—¡Dios! ¡Dios! —gritó el tío Juan. La cojita se apretó contra Renato—. ¡Nos importa un pepino tu Dios! ¿Entiendes?

La niña volvió la cabeza hacia el viejo.

—Eso es una blasfemia.

El tío Juan se rió.

—Tonta, tonta —dijo—. ¿Crees que es un gran servicio resucitar canarios?

—Se acuerda de nosotros. Más que nosotros de Él.

Renato miraba ahora a la niña preguntándose de dónde sacaba estas frases. Siguió diciendo:

—Deberíamos estar locos de alegría.

—No seas tonta, pequeña. —Era el tío Juan—. Alegría, ¿por qué?

—Dios ha venido.

—Dios ha venido... ¿y qué? Mi estómago y tu pierna están igual.

—¿Y qué importa mi pierna?

—¡Bonito! —Se reía—. Dentro de cuatro días me dirás qué hubiera sido mejor: que te hubiera curado la pierna a ti o que hubiera hecho estupideces con un pájaro.

El tío Juan se volvió ahora a Renato. Tenía la frente fruncida.

—Y tú, titiritero, ¡vete con tus milagros al infierno!

Se dio la vuelta. Se volvió.

—Ah, y sábetete que ése es un mal camino. Te lo advierto por si acaso.

Ya era día completo cuando Renato se dejó caer en la cama. Hubiera querido organizar los sucesos de las últimas horas, pero todo le daba vueltas en la cabeza.

«Quiéreme, quiéreme, querida. El tren; debo llegar; si llego tarde será una catástrofe. Vamos, reza. ¡Viva! ¡Viva! Ése es un mal camino. Te lo advierto. ¿Por qué me pasa a mí esto? Resucitar canarios es una cosa ridícula. Dios ha estado en medio de nosotros.»

Se revolvió en la cama. Pensó: «¿Adónde va mi vida ahora? Sí, no habría más remedio que cerrarse. Cerrarse en casa y no volver a salir nunca. Nunca.»

Fue entonces cuando oyó que llamaban a la puerta.

Tuvo miedo. ¡Otra vez a...! Quiso levantarse a cerrar el pestillo. Volvieron a llamar. Estaba demasiado cansado para levantarse. Dijo:

—Adelante.

Chirrió la puerta. Era María Belén. Renato respiró. La niña dijo:

—Soy yo.

Enseñó un bulto envuelto en un periódico.

—Fui por la jaula. Te lo regalo.

Se puso triste de pronto. Luego sonrió:

—Ya me dejarás verlo alguna vez.

No era capaz de hablar más. Dejó la jaula en el suelo. Se dirigió a la puerta. Se volvió. Dijo:

—Y darte también las gracias, ¿sabes?

III

SI TODAS ESTAS COSAS no hubiesen sucedido, nadie hubiera recordado la historia de Renato, historia que ya comenzaba a quedar lejos, pero que aquella noche volvió a reverdecer en los labios de todos los vecinos de Torre. Y hubo gestos de admiración en las caras de cuantos lo escuchaban por primera vez.

Renato no había nacido en el pueblo. Hacía veintitantos años que había venido en un carromato con unos titiriteros. Él tenía por entonces unos siete años, y ellos eran un hombre y dos mujeres. El hombre era un tipo bajetucho y un tanto bisojo, que hacía payasadas y recitaba romances sentimentales. El niño jugaba con seis bolas y hacía las delicias de todo el público infantil y femenino. Ellas eran dos mujeres cuyo único atractivo, al parecer, eran los centímetros de piel que lucían en sus bailes. En el fondo los títeres no eran más que una manera de enganchar a los mozos, que por la noche volvían a visitar el carromato. Qué relación tenían entre sí los cuatro comediantes, no se sabía. Si él era el marido y de cuál de las dos; si el niño era de ellas o robado en cualquier pueblo, imposible saberlo. Y quizá era este aire de misterio y de escándalo lo que más éxito daba al espectáculo.

En Torre estuvieron tres días. Y el último ocurrió la tragedia. Quizá en el pueblo no les fue bien; quizá una vulgar discusión, o simplemente, que el hombre bebió más de lo justo. Lo cierto es que a la mañana siguiente, al oír llantos en el carromato y no aparecer nadie, mediada ya la mañana, los vecinos abrieron la puerta y se encontraron a las dos mujeres, medio vestidas, estranguladas con una corbata y unas medias. En un rincón, el niño lloraba desconsoladamente. El hombre había desaparecido. Luego dieron cuenta a la policía, que le encontró en Irola en una taberna. El hombre se defendió con una pistola y allí quedó sobre una mesa, cosido a balazos.

Ésta había sido la entrada de Renato en la vida de Torre. Puede decirse que de todas las casas del pueblo salía hacia el niño una corriente de simpatía, pero también que a todos les refrenaba el corazón esa tachadura amarga con que los hombres arrinconamos a quien no nació en cuna limpia. Así, en Torre todos hubieran querido ver al niño corriendo por sus calles, pero también sentían la unánime impaciencia porque fuera alejado cuanto antes del pueblo.

Y así hubiera sido si, cuando ya estaban hechos todos los trámites en el hospicio de Irola, no se hubiera cruzado don Serafín, el jefe de estación.

Don Serafín era un hombrachón cuya brillante calva coronaba una cabeza tan grande como llena de extravagancias. Casado con doña Petra (a quien en el pueblo, con ese acierto de los motes pueblerinos, todos conocían por doña Conejo, por ser la mujer más parecida a este animal que ha pisado esta tierra), vivía en la más absoluta soledad. Encima de vivir a dos kilómetros del pueblo, era jefe de una estación casi de vía muerta, y vivía en una casa de vía muerta también. Doña Conejo no había sabido

darle hijos ni compañía. Él era amigo de gastar bromas y de reírse a grandes carcajadas. Ella vivía en perpetuo recelo, como si de un instante a otro fueran a golpearla, y hablaba como pidiendo perdón. Nadie se imaginaba cómo habían podido quererse aquellos dos seres tan opuestos; pero la vida tiene estos misterios.

A cuantos conocían la astronómica soledad en que vivía don Serafín no les extrañó un pelo que éste se llevase el crío a casa. Al saber su deseo, doña Conejo se puso pálida, luego amarilla, luego verde, roja al fin, y se pasó todo un día lloriqueando por los rincones igual que si la acechara una gran catástrofe. Pero no protestó. Y Renato pasó a ser el tercer eje de la extraña familia.

Pero Renato, por no llevar, no llevó a casa de don Serafín ni siquiera nombre. Por mucho que se buscó entre los cajones y baúles del carromato no pudo averiguarse nada del origen del crío, y don Macario, el cura, propuso que, por si acaso, le bautizaran *sub conditione*, no fuesen a tener un chico moro en el pueblo. Al bautismo acudió todo el pueblo, pues nunca se había visto un crío que llegase por sus pies a la pila, y a don Serafín se le ocurrió, para darle cierto simbolismo, el poner al chaval el nombre de Renato (renacido), ya que el de «Chico» con el que el titiritero le llamaba siempre, no parecía nombre muy cristiano. Y cuando, después del bautismo, el pueblo vio que hasta el propio bautizado se tiraba al suelo a recoger los confites que tiraba el padrino a la rebatiña, sintió todo él una extraña felicidad. Habían conseguido lo que deseaban: el niño se quedaba en el pueblo, pero a una distancia de dos kilómetros, que bastaba para purificar el aire de su oscuro nacimiento. En el fondo se sentían orgullosos de tener entre ellos a Renato. Su historia era un pequeño monumento popular que explicar a los forasteros.

Los pocos recuerdos de su vida anterior fueron borrándose de la mente del muchacho y algunos años después sólo quedaba un lejano recuerdo del mar, de haber pasado mirándolo horas y horas seguidas. Ahora eran los trenes. Porque Renato era un niño con una enorme capacidad de abstracción. El menor espectáculo —el pasar de los trenes, el paisaje, un hormiguero— era capaz de atraer su atención durante horas. Entonces abría sus grandes ojos negros y se quedaba inmóvil, como si perder un detalle fuera para él cuestión de vida o muerte. Si alguien le llamaba en aquellos momentos no oía, y si alguien le tocaba en el hombro se asustaba todo y abría y cerraba los ojos como si le costase volver de un país lejano. Esto hacía pasar sus malos ratos a doña Conejo. Cuando, al llamarle, el niño no respondía, entraba en su corazón el temor de que estuviese muerto y entonces no sabía si acudir a él o gritar y la garganta se le ponía seca y se le agarrotaban las manos. Entonces se acercaba sigilosa, y sólo cuando oía la respiración del muchacho podía ella respirar. Todo esto, no porque ella quisiera al niño, sino porque le horrorizaba pensar que alguien pudiera morir en su casa.

Con la llegada de Renato la vida cambió para don Serafín. Le llevaba a su

despacho y allí durante horas y horas le leía versos que nunca se había atrevido a enseñar a nadie. El niño entonces se le quedaba mirando y en seguida se iba a sus abstracciones sin oír siquiera lo que don Serafín leía. El jefe se interrumpía entonces.

—¿Te gustó?

—Sí.

—¿Entendiste?

—No.

—¿En qué pensabas?

—No sé.

—En algo pensarías.

—Dijo usted una palabra muy bonita.

—¿Una palabra?

—Sí: «mariposa». ¿No le gusta?

Don Serafín entonces le miraba desconcertado y le mandaba a jugar. Renato entonces bajaba al jardincillo que había al lado de la estación. Se sentaba junto a un hormiguero y allí pasaba horas y horas.

—Pero, ¿por qué no juegas? —preguntaba don Serafín desde la ventana.

—Estoy jugando.

Y se reía.

Porque Renato se reía siempre, como si no pudiera perder un minuto de sonrisa. Siempre... que no estaba abstraído. Don Serafín decía que tenía dos almas, manifestadas en las dos únicas miradas que usaba: la de reírse, que era la mirada de estar con los demás, y una mirada vacía de significado que no sabía si era la de un loco o la de un santo. Pero el niño, por lo demás, no era extraordinario en nada. Cuando comenzó a ir a la escuela, sus notas fueron siempre medianas y sólo en la catequesis eran brillantes, pero esto se debía a que el párroco le juzgaba niño piadoso por aquella cualidad suya de poder quedarse durante horas y horas mirando el retablo sin pestañear.

Cuando tuvo diez años, don Serafín —que poco a poco había ido encariñándose con el chico— decidió llevarle a un colegio para que pudiera hacer el bachillerato. Cuando se lo propusieron a Renato, arrugó las cejas —era la primera vez que el jefe le veía este gesto— y dijo simplemente:

—No.

Don Serafín intentó convencerle con mil razones, pero no logró sacar del niño más que esto:

—No.

—¿Qué vas a ser entonces cuando seas mayor?

Y don Serafín abrió los ojos como dos platos al oír responder al niño con una

seguridad aplastante:

—Guardavías.

Y sólo se lo explicó cuando conoció la amistad que el niño había entablado con el viejo guardavías de Torre, el tío Sopas.

Era éste un viejecillo arrugado y pequeño que era guardavías de Torre desde hacía sesenta años. Había estado casado dos veces y había tenido nueve hijos, pero todos habían muerto antes que él. Ahora estaba más solo que la última hoja, ya casi desprendida, de un árbol.

Se había hecho amigo del niño una tarde en que el muchacho estaba inclinado sobre un hormiguero y él le había explicado la vida de las hormigas. A partir de entonces el niño iba todas las tardes y el viejo le contaba y le volvía a contar viejas historias y hazañas de la guerra de África. El niño entonces abría los ojos y oía sin pestañear. Como cuando miraba un hormiguero.

Una tarde, el niño había preguntado inesperadamente:

—Tío Sopas, y cuando usted se muera, ¿quién dará el paso a los trenes?

El tío Sopas se le había quedado mirando con unos ojos que el niño no había visto nunca. Luego había suspirado.

—Hijo, esas preguntas nunca se las hagas a los viejos.

El niño se quedó preocupado. Y tras mucho pensarlo llegó a la conclusión de que el tío Sopas tenía miedo que cuando él se muriera nadie sabría dar el paso y los trenes chocarían. Al día siguiente interrumpió al tío Sopas a media narración para decirle:

—Tío Sopas, no te preocupes por los trenes. Yo les daré el cambio cuando tú te mueras.

Y Renato concluyó que esto había gustado al viejo porque le pasó varias veces la mano por la cabeza mientras agitaba la suya a derecha e izquierda. Desde entonces el niño estaba siempre al lado del viejo cuando éste daba los cambios y le miraba hacer esta faena como hubiera mirado a un héroe mitológico realizar la mayor de las hazañas.

Y todo siguió así, hasta que un buen día —el niño tenía catorce años— don Serafín despertó con un mal dolor en el costado. Doña Petra se asustó toda y mandó al niño a buscar a don Melquíades. Pero la carrera de Renato fue inútil porque cuando volvió con el médico hacía ya media hora que don Serafín había muerto.

Doña Conejo vagó como un fantasma por la casa durante dos días. Luego Renato vio que recogía las cosas y que unos mozos montaban los muebles en un vagón. Y sólo cuando ella, media hora antes del exprés, le dio un beso sin decirle una palabra, comprendió que le dejaban solo.

Pero no se sintió abandonado. Sin dudarle un segundo se fue en busca del tío Sopas. Y sólo cuando vio que también el tío Sopas estaba frío e inmóvil, caído sobre

la cama, se sintió verdaderamente solo. Y lloró. Pero al oír el paso del exprés que se acercaba sintió que alguien tiraba desde dentro de él, salió precipitadamente y cambió las agujas. Y cuando el tren hubo pasado Renato comprendió que la muerte del tío Sopas había sido sencillamente el último cariño del abuelo: dejarle el puesto.

Y cuando el nuevo jefe de estación se enteró de que Renato había evitado una catástrofe ferroviaria al cambiar las agujas abandonadas por la muerte del tío Sopas, consiguió de Madrid que le encomendaran el puesto de guardavías a pesar de ser sólo un muchacho. Y así fue cómo Renato pasó a ser el guardavías de Torre.

El resto de su vida no tuvo nunca nada que contar. Un muchacho más, con un poco de loco y un mucho de raro, en la opinión del pueblo. Bajaba pocas veces al poblado y se pasaba el día sentado a la puerta de su caseta. Le dio por fabricar cucharas de madera que luego el mielero vendía en la ciudad, y acabó no haciendo otra cosa que eso. Cada vez estaba más lejos de todos; al principio le hacían la comida en casa del nuevo jefe de estación y él se la llevaba en una cazuelilla. Luego acabó haciéndosela él mismo.

Por el pueblo se comentaban sus cosas como curiosidades. A los diecinueve años se había hecho un buen mozo y no faltaron dos o tres muchachas que por pitos o flautas siempre tenían algo que hacer por el camino de los Setos, que terminaban en la casa del guardavías. Pero Renato no parecía enterarse de nada. Hablaba con ellas, sencillamente, y de pronto ponía su mirada vacía de pensar en las musarañas. Ellas entonces se callaban y se alejaban desalentadas. «Vive en la luna», decían.

También se comentaba su despiste absoluto en cuestión de dinero. Cuando hacía sus compras en el pueblo pagaba siempre lo que le pedían aunque fuera el triple del costo normal. Y jamás contaba las vueltas que le daban. Los comerciantes a veces se divertían dándole de menos sin que él se diera cuenta y lo compensaban al día siguiente dándole de más, sin que tampoco lo advirtiera. Y quizás era este despiste suyo el que hacía que nadie se atreviera a estafarle.

Pero ahora ya ni esto se comentaba. Era cosa sabida por todos y a nadie extrañaba ya. Renato era un número más entre los 347 habitantes de Torre. Debía tener sobre treinta años. Era un hombre fuerte, no muy alto, cargado de espaldas. Sus ojos eran descaradamente negros y curiosamente extremosos: o se encendían pasando a ser el centro de su personalidad, o permanecían opacos, perdidos en medio de su cara. Tenía el pelo negro y muy abundante (se olvidaba siempre de cortárselo) y con frecuencia le caía sobre la frente. Quizá de ahí le venía la costumbre de pasarse la mano por ella para despejarla. Era un poco sordo y esto hacía que hablase siempre demasiado alto. Pero no se le entendía demasiado bien porque hablaba como a trompicones y todas sus frases comenzaban torponas y dudosas, para precipitarse sobre el final atropellando las sílabas.

Mas la verdad es que en el pueblo pocos le habían oído hablar. Quizá sólo niños. Todos los días a la caída de la tarde, un grupo de chaveas llegaba retozando por el paseo de los Setos. Y entonces Renato se sentaba con ellos en el suelo y les contaba la vida de las hormigas y las historias de la guerra de África. Y siempre, al final:

—Ahora, las bolas; haznos lo de las bolas. Y Renato jugaba sus seis bolas, cada vez más de prisa, más de prisa.

IV

—¿Y QUÉ? —rió don Macario, detrás de los quevedos.

Don José Antonio se detuvo. Puso los labios en forma de embudo y lanzó una larga columnita de humo.

—¡Maravilloso! —dijo—. Llena, como le digo, totalmente llena. Aún estoy asombrado.

Don José Antonio charlaba paseándose por el despacho de don Macario, mientras éste reposaba medio sentado en la cama, en su dormitorio, que se comunicaba con el despacho por una amplia puerta de cristales empapelados.

Don Macario tenía sesenta y cuatro años y llevaba treinta de cura en Torre de Muza. Su cara no era la de un viejo, sino la de una persona que ha sufrido mucho. Sus arrugas eran muy hondas y los pliegues de la cara caían los unos sobre los otros como en una bola de papel estrujado. Los ojos eran profundos y se movían nerviosos y sagaces. A veces se nublaban como dominados por un gran miedo. Estaba esquelético tras seis meses de cama sin probar apenas bocado.

Don José Antonio era alto y delgado. La barbilla era aguda, y aguda también la nariz. Sólo los ojos traicionaban su personalidad: ocultos tras unas gafas Truman, eran opacos y tímidos. «Ojos de ciervo», había dicho alguien en San Martín a su llegada. Porque él no era cura de Torre, sino de San Martín del Río, a cuatro kilómetros de allí. Pero había sido encargado de atender a Torre desde la enfermedad de don Macario y todos los domingos se le veía ir y venir de un pueblo a otro en bicicleta, cubierto siempre de polvo de los infernales caminos. Tenía en el gesto un dejo de orgullo, ese gesto del humilde que de pronto se siente dueño de la situación. Pero tras ese gesto no podía ocultar el otro de temor, el de quien espera caer en la trampa de un momento a otro: cuando hablaba había en él un ligero tartamudeo, casi sólo un temblor, que le delataba.

—¡Maravilloso! —repitió.

—Je, es normal. —Don Macario se removió en la cama—. Es normal, hijo mío. En estos pueblos la curiosidad tiene más fuerza que la religión.

—Sí; lo que no consigue uno predicando en un año, te lo logra en un día un...

—Un... ¿qué?

—Milagro, iba a decir. Pero...

—¿Qué? ¿Qué dice tu teología de esto?

—No sé. Pero si he de serle totalmente sincero, no me gustan los milagros. Quiera Dios que no traigan problemas para el pueblo.

—Eso no puede ser, hijito. Yo no puedo decir si esto es milagro o si es un histerismo colectivo. Lo que puedo decirte es que sería más cómodo que fuera un

histerismo. Los milagros resultan muy molestos.

—¿Bromea?

—No, hijo mío. Te digo lo que siento. Un milagro es un lujo peligroso. Todo marcha bien, sin líos, sin problemas... hasta que a Dios se le ocurre acercarse a los hombres. ¡Ay entonces de aquellos a quienes Dios se acerca! Es tierra peligrosa. Él es como el sol, que gusta porque estamos lejos de él, lo suficiente para que no nos quememos.

—Pero los santos...

—Eso es: los santos se metieron en la zona de peligro y lo pagaron caro. Nosotros no tenemos madera de santos, hijo mío, yo al menos. Soy de la raza de los cobardes.

Se detuvo un momento, indeciso, mientras acariciaba la colcha. Luego siguió:

—Se hace uno sacerdote soñando santidades y luego se encuentra instalado en una cómoda burguesía. Y hasta se tiene la impresión de que nuestra vocación era precisamente ésta: ser unos buenos burgueses, unos perfectos oficinistas que empaquetan con precisión las almas para el cielo. La santidad es muy arriesgada, hijo mío.

—Pero Cristo...

—Hijo, no olvides nunca esta frase del Evangelio: «Servirá de ruina y de salvación a muchos». Y fíjate que pone ruina delante. Sí, en el fondo es una suerte que Cristo no esté entre nosotros. Sería terrible si pudiera mirarnos a los ojos aunque sólo fuera una vez por año.

Respiró hondamente y sonrió al ver la cara que don José Antonio ponía. Siguió:

—Bien, ya sé que todo esto te extraña. No es esto lo que te decía tu padre espiritual en el seminario. Pero si todos fuéramos sinceros confesaríamos que no aguantaríamos a Cristo de vecino. Sí; en el cielo será otra cosa. Lo sé. Lo espero, al menos. Pero el cielo y la tierra son cosas muy distintas. Mira, quizá si Judas hubiera tratado con nosotros y no con Cristo, hubiera terminado entendiéndose. Hoy sería un banquero y sería gordo, y no amarillo y esquelético como suelen pintarle. Y ¡qué esquila más «cristiana» hubieran publicado los periódicos a su muerte!

Se removió en el lecho. Dijo:

—Súbeme un poco esta almohada. Así. Eso es. Gracias. Me canso de estar siempre en la misma postura. Prefiero además estar sentado. Tiempo tendré de estar tumbado en la caja.

Don José Antonio miraba a don Macario sin acabar de comprenderle. Esto ya de siempre. Nunca había sabido si era un loco o qué. Desde luego que hablaba desde un mundo distinto del suyo y el curita joven no podía asegurar si sus frases eran hondas experiencias o simplemente herejías. No; la sotana no les igualaba para nada.

Don Macario se rió.

—Esto es problema sobre todo para ti.

—¿Para mí?

—Sí; a Dios y a los milagros no los podrás meter en tus ficheros.

El curita joven volvió con violencia la cabeza, pero no contestó.

—Ni en tus estadísticas —remachó don Macario. Luego se detuvo, apuntó la ironía en sus ojos y...—: Oye, ¿en qué zona habías puesto a Renato?

Don José Antonio no se atrevía a contestar. Se puso rojo. Dijo:

—En la media.

—Ya ves, y cuando viene Dios coge a uno de tus tibios para hacer los milagros...

El curita joven se había callado ahora. Se daba cuenta de que don Macario había puesto el dedo en la llaga. Recordaba ahora su primer encuentro con el cura viejo.

—Si quieres un consejo, escucha éste: límitate a tu misa, a casar, a bautizar. Predica, pero breve y sencillo. No te metas con nadie en tus sermones. Para esta gente lo mejor es eso. Oye lo que te digo: los que quieren ir al cielo, van ellos solos. Y los que no, se marchan al infierno sin pensarlo siquiera. Mira, llevo aquí cuarenta años y no recuerdo ninguna de esas que llaman conversiones.

Don José Antonio no se había atrevido entonces a protestar. Pero varios domingos más tarde había hablado en la iglesia de varias organizaciones nuevas. Aquel día, mientras desayunaba, le llamó don Macario.

—Mira, hijo; ya sé que no es culpa tuya. Es que en el seminario os llenan la mollera de pájaros. Pero has de convencerte: son bobadas. No, no te lo prohíbo. Podría prohibírtelo porque el párroco del pueblo soy yo... todavía. Pero no voy a hacerlo. No obstante déjame que repita mi consejo: si quieres ser feliz, no te metas en más berenjenales.

—Pero aquí no se trata de ser feliz o no. Se trata de salvarles.

—No, hijo mío. Se trata de dejarles que se salven. No es lo mismo.

Esta distinción no había convencido a don José Antonio, que había seguido trabajando y hasta se sentía satisfecho: los círculos marchaban, tenía más niños en la catequesis... Y un día se decidió a hacer el «gráfico». Recordaba sus clases del seminario sobre sociología religiosa. Hizo un gran dibujo que representaba la parroquia rodeada de tres círculos concéntricos. En la primera zona estaban los nombres de «los fieles» —nombres femeninos casi todos. La segunda— la mayor — la llenaban «los buenos». Y en la tercera, muy grande también, se asentaban «los fríos».

Don Macario se había reído mucho cuando lo había visto, porque don José Antonio tuvo la debilidad de enseñárselo. Había ido leyendo uno por uno los nombres y subrayándolo con risas más o menos prolongadas. Luego había dicho:

—Bien, hijo mío. Entretente con esto si te divierte. Pero no te hagas ilusiones. Cuando uno de la zona media pase a la de los fieles, o uno de los fríos se haga bueno o bonísimo, no dejes de avisarme. Habrá que celebrarlo. Con cohetes. Los retrocesos,

no; éstos no los celebraremos. Serían demasiados.

Luego, ya serio, había dicho:

—Yo por mi parte te aseguro que...

—¿Qué...?

—No me hubiera atrevido. No, no me hubiera atrevido a hacer eso jamás.

—¿Pues...?

—Es... como adelantarse a Dios. Tengo la impresión de que el último día vas a ser uno de los que más sorpresas van a llevarse.

Don José Antonio recordaba esto ahora. Decía: «La primera sorpresa». Pero no podía admitir una equivocación de éstas: Renato estaba en la zona media y ahora hacía milagros. Y Don José Antonio dudaba de los milagros por no poder dudar de su estadística. Cuando el día anterior se lo habían dicho en San Martín, ni por un momento había pensado que aquello pudiera ser verdad. Pero la iglesia llena le había impresionado. Se había dicho: «Por sus frutos los conoceréis». Y una iglesia llena era el mejor fruto que él podía soñar.

Ahora se paseaba nervioso por el despacho parroquial. Era un cuarto grande, pero bajo de techo, en cuyo centro se instalaba una mesa inmensa. Detrás, un armario empotrado cubría toda la pared y guardaba los libros parroquiales. Los libros particulares de don Macario —muchos— se llenaban de polvo en otro armario en la pared de enfrente.

—He hecho propósito de no leer más —solía decir—; creo que te he dicho ya que Abderramán fue el hombre más listo de la Historia cuando quemó la biblioteca de Damasco. «O todo esto dice igual que el Corán, y entonces me basta con el Corán; o dice lo contrario, y entonces es pernicioso.» ¡No está mal! ¡Seiscientos mil volúmenes! ¡Dios, y qué buen fuego harían!

Sin embargo, don Macario no había tenido todavía el valor de quemar sus libros y los tenía alineados pomposamente en los estantes.

Don José Antonio había sacado un volumen de predicación mientras pensaba: «Pero, Señor, ¿será capaz de no hablar del asunto?».

Esto le preocupaba desde que se enteró de los milagros. Se decidió:

—Don Macario...

—Dime, hijo.

—¿No cree usted que acaso... convendría dar cuenta...?

—¿Cuenta...?

—Del asunto... a Palacio.

—¿Lo dices en serio?

Don Macario le miraba seriamente, casi como preocupado.

—Eso es lo último, hijo. Lo último que se hace. ¿No tenemos bastante

complicación con Dios, para que encima metamos al obispo?

El curita joven arrugó la frente.

—No, eso no —concluyó don Macario—. Te prohíbo que lo hagas. El párroco de Torre aún soy yo.

Fue entonces cuando Marta entró en el cuarto.

—Don José Antonio, Manuela pregunta por usted.

—Que pase —dijo desde la puerta.

—¿No tenemos hoy círculo?

—Sí; vamos —dijo don José Antonio.

Se sintió libre cuando puso los pies en la plaza.

—¿Estamos todos? Cierra la puerta, Lucio.

Sátrapa dijo esto con autoridad, con su vozarrón de toro.

—Nos sentamos —dijo luego.

Eran seis: don Sebastián, el alcalde; don Melquíades, el médico; don Ricardo, el boticario; el tío Lucas; Lucio, el sacristán, y don César.

—Habla —dijo don César.

Don Sebastián tosió. Era un tipo delgado y alto, con la cabeza semicerrada. Llevaba una chaqueta que le venía muy ancha, y su voz, acorde con su figura, era escuchimizada y pobre. En el pueblo nadie le conocía por su nombre, sino sencillamente por «Tose», porque no era capaz de decir tres palabras seguidas sin toser repetidas veces antes de hacerlo. Era, a la vez que alcalde, el maestro del pueblo. En la escuela se pasaba el día chillando y golpeando la mesa con los nudillos, sin conseguir jamás la tranquilidad en clase. Apenas se sentaba a la mesa comenzaba la sinfonía de toses; porque lo malo es que los chicos, que comenzaban por burla, terminaban por acatarrarse de veras, o al menos por coger la costumbre de toser. Tanto que don Melquíades temía por el futuro de Torre: un pueblo compuesto todo él de tuberculosos.

«Tose» tosió todavía dos veces antes de comenzar.

—Como dice muy bien aquí don César —(la verdad es que don César no había dicho todavía nada)—, estamos ante una situación difícil. Este milagro...

—Dejemos esa palabra, ¿eh?

—Claro, don César. —Tosió dos veces—. Él... Lo... lo sucedido en este pueblo crea, como os decía, una situación difícil; una situación... difícil, eso es, difícil. Y si uno piensa que realmente, es decir, en los momentos en que hay que enfrentarse con la realidad, es cuando entra en relieve el verdadero... la verdadera valía de los que valen. Si uno piensa... porque realmente no son los hombres para las situaciones, sino las situaciones para los hombres.

Se detuvo un momento, maravillado de su ingenio. Tosió.

—Una cosa es cierta —cortó don César—; que no llueve.

—Esto es, que no llueve —subrayó el tío Lucas—. Nosotros esperábamos que levantarse la cruz y llover sería lo mismo. Pero, que si quieres... La cruz lleva casi un día levantada, y...

—Esto ha sido una estafa —dijo don Ricardo con una punta de ironía entre los labios.

—Un engaño.

—Eso es, un engaño. —Era Sátrapa—. La verdad es que hicimos demasiada comedia con la cruz ésa. Tanto rezar ante ella, se levantó y Dios se habrá quedado tan campante. Y la verdad es que no ha arreglado un... de nada.

Don Sebastián saltó levemente en la silla y se estiró las guías del bigote pensando en lo que diría su mujer si hubiera estado escuchando. Pero se calló. Dijo luego:

—Sí; la verdad es que Renato nos la hizo buena.

—Sólo hay un remedio —dijo Lucio—, y es conseguir de él que vuelva a hacer milagros.

—Otra vez la palabra —saltó don César. Luego, ya más tranquilo—: ¿Qué piensa el señor cura?

—No quiere saber nada. Estuve ayer dos horas contándoselo con pelos y señales. Lo oyó todo y luego no dijo ni pum. Que si quieres...

—Quizá don José Antonio...

—Ese crío —era Sátrapa— no me resulta demasiado... simpático, que digamos. Pero...

La atmósfera se había puesto muy cargada de humo.

—¿Qué se hace entonces?

—Podríamos llamar al guardavías.

—Demasiada importancia. Eso sería darle demasiada...

—Ir una comisión.

—Menos.

—¿Y si fuera el curita?

—¿Querría?

—Quizá conmigo. —Era Lucio—. Le sondearemos.

—Bien. Encárgate tú de ello. Y ya sabes: la lluvia ante todo. Hay que lograrla. Como sea. Y puedes decirle al cura que si hay lluvia corre por mi cuenta la cera del año.

El tío Lucas contó en la taberna la historia de Renato. La taberna estaba más cargada que nunca y al Moro le brillaban los ojos tras el mostrador.

—Una historia extraña. Vosotros erais unos críos entonces. Él era un pequeñarro también, cuando vino. Vinieron en un carro pintado de *encarnao* y amarillo. Como si lo viera. Había un tío que lo mismo hacía reír que llorar. Ellas eran dos reales

hembras. Iban de títeres por los pueblos y luego a la noche... eso.

—¿Y el hombre?

—Dejaba hacer.

—¿Era el marido?

—Ni se sabía. Una noche las trincó. Ya sabéis.

—¿Y a él?

—Lo hicieron papilla a tiros en una taberna de Irola.

—¿Y Renato?

—Quedó con el jefe de estación.

—¿Y sus padres?

—Nunca se supo.

—Hijo de aquellas tías.

—O robado.

—De alguna otra...

—O de alguna duquesa.

—O de alguna duquesa, ¡quién sabe! —repitieron varios, siempre dispuestos a admitir lo más romántico.

—¡Yo lo que digo es que no llueve! —gritó de pronto Pedrote desde el mostrador, y agitaba los brazos como un molino.

—Eso es, que no llueve.

—Lo dije yo. —Era Santos. Se levantó y se acercó a la mesa del tío Lucas. Dio un puñetazo en la mesa y repitió—: Lo dije yo. Esa Matilde es una tía guarra. Siempre lo dije yo. Una tía puerca, ya lo dije yo.

—Ya lo sabemos que lo has dicho siempre. Ya está bien, hombre. Toma, bruto bebe. —Era Martín; lo llevó a un rincón—. Aquí puedes decir lo que quieras.

En el reloj sonó el mediodía. Hacía sol y en la taberna había más animación por momentos. En la radio, Matachín —el cantante de moda— chillaba un bayón. Alguien se puso a acompañarle con los movimientos del cuerpo.

El tío Lucas rezongó:

—Ganas de juerga.

Alguien gritó:

—¡Eso, traedlo! Lo emborrachamos y hará todos los milagros que queramos.

El tío Lucas masculló en su rincón:

—No acabo de entender esta alegría —dijo, y dio una larga chupada a su pipa.

En el círculo estaban todas las mujeres del primer redondel de la estadística de don José Antonio: Elena, la mujer del alcalde, alta, seca, con el rostro amarillento de los que sufren de epilepsia. Manuela, la sacristana, que era físicamente lo más opuesto a Elena que se pueda imaginar: su humanidad tremenda imponía respeto;

hablaba siempre a gritos y al hacerlo se la agitaban las carnes como si el corazón fuera a escapársele fuera. Las dos «chiquininas» Carmen y Carmela, que hacían honra a su apodo midiendo el metro cuarenta, unos centímetros menos que su hermano don Melquíades. Allí estaban las dos con sus vestidos gris y azul, siguiendo la costumbre de su madre, que las vestía siempre de estos colores para distinguirlas, porque eran gemelas. (Ahora la medida no era necesaria, pues Carmen aparentaba diez años más que Carmela.) Simona estaba allí también; «la viuda triste», la llamaban en el pueblo, con un mote que respondía perfectamente a su carácter. No faltaba María «la mártir», que aparentaba veinte años más de los cuarenta y cinco que tenía, arrugada bajo su mantón negro. Era la mujer de don César y conocía, como todo el pueblo, la doble vida del ricachón. Cuando alguien le decía: «¿Por qué no te vas del pueblo? Vende una tierra y vete. ¿Quién te manda aguantar...?», ella alzaba los hombros y decía: «Cada noche que duerme conmigo es un pecado menos en la cuenta. Si saco quince o veinte, serán quince o veinte menos al final». Y sonreía con la más dolorosa de las sonrisas. Petra, la maquilera, hacía el número siete de la reunión. Minúscula y esmirriada, todos sabían en el pueblo cómo había hecho los billetes con los que había comprado las sortijas y el *haiga* que eran la admiración y el odio de Torre.

Aquel día estaban más inquietas que nunca y el retraso del cura se les hacía intolerable. Cuando entró don José Antonio se levantaron como si las hubieran pinchado los asientos. Tras el cura entró Pilar, una muchacha aún muy joven, aunque llevaba siete años de casada. Era la madre de Sito y no había tenido más hijos después de éste, hasta que ahora, por fin, después de esperarlo mucho, había vuelto a sentirse florecida. Se le escapaba la alegría por todo el cuerpo y llevaba como un orgullo el abultamiento de su seno.

La sala en que se celebraba el círculo era verdaderamente extraña: su forma casi triangular denotaba que había sido construida aprovechando el ángulo que el crucero y el ábside de la iglesia hacían. Había una gran mesa y muchas sillas. A lo largo de la pared corría una hilera de horribles cromos.

Se sentaron en torno a la mesa y hasta un hombre tan distraído como don José Antonio se dio cuenta de lo cargado del ambiente. Pero el curita sabía de memoria que son más importantes los reglamentos que las necesidades, y así con toda seriedad hizo leer el acta de la reunión anterior en la que Manuela tropezó sólo seis veces. Y luego comenzó la explicación del Evangelio.

Estaba tomado del capítulo VIII de San Lucas y decía así:

Y abordaron en el país de los Gerasenos, frente a Galilea. Al salir a tierra se encontró un hombre de la ciudad que estaba poseído de los demonios, y desde mucho tiempo no se cubría con vestido alguno, ni vivía en casa, sino en los sepulcros. Al ver a Jesús cayó a sus pies gritando y diciendo en alta voz: ¿Qué

tenemos que ver tú y yo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te pido que no me atormentes. Porque mandaba al espíritu inmundo que saliera del hombre. Muchas veces se había aprovechado de él, y le ataban con cadenas y le sujetaban con grillos; mas rompiendo las ataduras era lanzado por el demonio a los despoblados. Preguntóle Jesús: ¿Cuál es tu nombre? Y él replicó: Legión; porque habían entrado en él muchos demonios. Y le rogaban que no les ordenase volver al abismo.

Mientras don José Antonio leía el Evangelio, Elena pensaba:

«Este hombre, ¿no podrá darse cuenta del mundo en que vivimos?»

Simona pensaba:

«Este Evangelio nos le sabemos todas de memoria.»

Petra pensaba:

«Siempre han de darle vueltas a lo mismo.»

María pensaba:

«¡Cómo debía sufrir el pobre endemoniado!»

Carmen pensaba:

«¿Qué demonios importará esta parábola junto a lo que ha pasado en este pueblo?»

Carmela pensaba:

«Junto a lo que ha pasado en este pueblo, ¿qué demonios importará esta parábola?»

Pilar pensaba:

«Defiende, Señor, a mi pequeño del demonio.»

Manuela pensaba:

«El reglamento dice que explicar el Evangelio... Pero, vamos, hoy...»

Pero don José Antonio proseguía implacable:

Había allí una piara de bastantes cerdos paciando en el monte; y le rogaron que les permitiera entrar en aquéllos. Y se lo permitió; y saliendo del hombre, los demonios entraron en los cerdos y por el precipicio se arrojó la piara al lago y se ahogó. Viendo esto los pastores huyeron y lo dijeron en la ciudad y en los caseríos. Y le rogó toda la multitud de la comarca de los Gerasenos que se alejara de ellos, porque estaban dominados por un gran temor.

Don José Antonio cerró entonces el libro y se dispuso a comentar lo leído. Pero Manuela no pudo contenerse más.

—Señor cura, estamos muy...

—... nerviosas —completaron a la vez las dos chiquininas.

—Quisiéramos saber lo que opina la Iglesia de estos milagros, los de Renato.

El cura de San Martín, antes de opinar, respiró largo.

—La Iglesia, hija mía, no opina nada aún y es de creer que tarde en opinar.

—Y usted, ¿qué opina? —La chiquinina gris hablaba de prisa, como si la persiguieran.

—Eso es, ¿qué opina usted? —La chiquinina azul repetía siempre lo que decía su hermana.

—Yo, hijas mías, no opino. Yo no estuve allí. Lo que sé, por vosotras lo sé. Mejor juzgáis vosotras que lo visteis.

—No quiere continuar con los milagros —dijo Simona. Pensaba en su hijo paralítico.

—La caridad es el primer precepto del cristianismo, usted nos lo dijo.

—Ya que Dios se ha acordado de este pueblo...

—Eso, aprovecharlo antes de que se vaya.

—¿Qué trabajo le cuesta a él que llueva?

—La miseria es causa de muchos pecados.

—Sí, eso es, de muchos pecados —remachó la chiquinina azul.

Todo esto lo dijeron hablando casi a la vez, colgando unas frases de las otras.

—Sí, es difícil, difícil saber lo que ha de hacerse. Ante todo sería necesario saber si fue un milagro. Y eso es muy difícil de probar. Además, ha de probarse que sea cosa de Dios. También el diablo puede hacer maravillas.

—¿El diablo? —Ocho voces dijeron a la vez estas palabras y seis manos corrieron a la frente a hacer la señal de la cruz.

—Sí, el diablo. Satanás es la mona de Dios, *simia Dei*, no lo olvidéis.

Y las ocho mujeres tuvieron la impresión de que una mano extraña hubiera apagado de repente la luz detrás de las ventanas.

Cuando Matilde desde la ventana vio llegar a don César corrió hacia el espejo. Se dio otro toque al pelo. Estiró el *pullover*, y corrió hacia la puerta.

—Amor mío —le dijo. Y apenas él cerró la puerta se le colgó mimosa de los hombros—. Creí que no venías.

—Ya he venido, cariño. —La besó. Ella pasó la mano por los escasos pelos que le ocultaban la calva. Dijo:

—Querido, queridito. —Se empinaba hasta meterla la carne en las narices, mientras pensaba: «Está poniéndose viejo, cada día más viejo».

—Me haces perder el juicio —dijo él.

Ella insistió en su mimo. Hablaba con voz de gata en celo:

—Y en cuanto llega el verano me olvidas.

—Tengo que trabajar, cariño.

—Me dan celos del campo.

—No seas boba. Necesito trabajar, necesito dinero.

—También del dinero me dan celos.

—Si no lo tuviera, cariño, no podría tenerte conmigo.

—No, eso no. Tú sabes que te quiero, que te quiero a ti, no a tus pesetas.

Matilde sonreía. Sonreía violentamente. Se sentía muy triste aquella tarde. La escena repetida mil veces comenzaba a aburrirle ya de veras. «Está gordo —pensó—, cada día más gordo. Y sucio.» Dijo:

Debes afeitarte, querido, y estar guapo.

Don César masculó una disculpa. La abrazó.

—Eres tú la que tiene que estar guapa; basta que lo estés tú.

Ella pensó: «¿Y cuándo esto se acabe?» También ella comenzaba a sentirse ya vieja e inútil. «La última oportunidad», se dijo. Cada vez le sentía más distante. «Tiene ya más de cincuenta años.» Pronto se le acabará esto. «Entonces todo habrá terminado para mí.» Se esforzó para que él no notase frialdad en ella, porque la verdad es que le repugnaba. Pensó: «Tantos sueños y acabar de amante de un paleta». Respiró cuando él la soltó. Dijo:

—Estoy cansado.

—¿Te pasa algo, querido?

—Estoy cansado, simplemente cansado.

—Son las preocupaciones, querido. No debes interesarte tanto en las cosas. Cada vez vienes menos a verme.

Le dolía implorar lo que odiaba. Recordó aquella noche de hacía diez años. No había podido dormir. «Nena, eres guapa. ¿Te gustaría el teatro?» No le había convencido la pinta de aquel hombre, pero había aceptado. Estaba cansada de servir. Cuando se presentó a los cuatro días a la dirección de aquella tarjeta, se encontró que el teatro era un vulgar carromato que se exhibía por los pueblos. Cuando bailó le dijeron: «Lo haces mal. Pero no importa. Basta con que luzcas la piel». Y luego: «Si te gusta el oficio, ahí tienes tu contrato: comida, cien duritos al mes y lo que saques por tu cuenta en los pueblos». Entonces tuvo miedo. Pero no se atrevió a volverse atrás: había pregonado entre todas sus amigas que la había contratado un teatro. Pensó: «Un par de años, y luego la fortuna dirá. Siempre será más interesante que fregar los suelos». Pero la fortuna dijo que los dos años fueron cuatro y luego se presentó vestida de don César: «Niña, eres preciosa. En el pueblo hay una casita para ti. Y te pondré un comercio para que te entretengas. Si te conviene...» Matilde había aceptado por cambiar. Lo había pasado mal al principio en el pueblo, porque los mozos se empeñaban en visitar su casa y en cambio las mujeres habían jurado por lo más sagrado no pisar en su tienda. Pero el tiempo había ido limando esquinas. Los mozos, aunque no habían renunciado a ella, la molestaban menos y las mujeres poco a poco habían ido olvidando su promesa. Y ahora, transcurridos ya seis años, eran muy pocos los que mantenían el «antes muerto que alimentado por herejes»; y hasta

parecía que la situación de Matilde se hubiera legalizado, pues la gente veía su existencia como algo normal. Don César había sustituido sus viajes a Irola por sus viajes a casa de Matilde. En el fondo, pensaron, era igual.

Pero ahora ella empezaba a sentirse triste. La aburría pasarse el día pesando pimentón y despachando chocolate. Pero le aburrían mucho más los ratos que tenía que soportar a su gordito. Le dolía tener que esforzarse por provocarle, hacerse necesaria para que él, al irse, dejara un billetito sobre la mesa.

—¿Qué te preocupa ahora, vamos a ver, querido?

—No llueve —dijo él.

—¿Y qué te importa? No te morirás de hambre.

—Necesito otra trilladora más —dijo él—. Podría ser un cosechón aún si lloviese. Si no llueve... será una catástrofe. Pierdo yo más que todo el pueblo junto.

—Tienes razón, querido. —Ella pensó que no debía contrariarle. Le hubiera gustado tanto poder decirle: «No necesitas otra trilladora para comértela. La gente del pueblo lo que pierde es la vida». Pero dijo:

—No debes preocuparte, vida. ¿No me tienes a mí? Quiéreme, anda.

Y adelantó los labios entreabiertos. Fue entonces cuando la campana de la iglesia tocó el Ángelus. Y Matilde sintió un vago deseo de estar en la iglesia. Don César no había visto sus labios acercándose. Y ella agachó la cabeza retirándolos.

También en Irola había habido comentarios.

Al regidor le había dicho su mujer:

—¿Sabes lo que le han dicho a la chica en la plaza? Que en un pueblo de no sé dónde se había caído una cruz en una laguna y un hombre la sacó con sólo rezar desde la orilla.

El regidor se había reído tanto que la sopa había salpicado hasta el vestido de su mujer, al otro lado de la mesa.

El obispo había dicho:

—¿No podrían dejar a la Virgen en paz?

Porque según su secretario, la Virgen se había aparecido a un guardavías. No se sabía fijo en qué pueblo. Unos decían que en San Martín, otros que en Torre.

En Torre sonó la campana del mediodía. Renato se preguntó qué le faltaba para ser feliz. Se dijo: «Esto ha pasado. Costará olvidarlo, pero se olvidará». Acababa de dar paso al mercancías de las doce y al hacerlo le había dado la impresión de que con ello todo volvía a su cauce normal, como si el mercancías hubiera arrastrado el milagro entre su carga.

Todavía estaban muy vivos los recuerdos, pero aquella mañana había sido ya casi

feliz tras la angustia del día anterior. Le había molestado el sentirse observado por todos durante la misa, pero ahora se sentía libre y hasta pensaba que el pueblo le había comprendido.

Era una hermosa mañana, aquélla. Hacía un sol de verdadera primavera y el bosquecillo en que terminaban los Setos, a pocos metros de su casa, traía un rumor de vida fresca. Desde el pueblo llegaba el ritmo de la música del baile del mediodía de las fiestas.

«Todo vuelva a su sitio», dijo. Levantó la cabeza al cielo y sonrió. «No vuelvan a ocurrírsete estas bromas», pensó.

V

PERO RENATO se equivocó. Aquello había sido una tregua, y una tregua muy breve, rota ya al día siguiente por la presencia de Lucio y de don José Antonio. Rota después por Manuela, por doña Asunción y por Simona.

Así empezó el asedio, el cerco que se estrecharía según pasasen los días.

—¿Pero qué queréis que haga? —gritaba él.

Don José Antonio le había dicho:

—Explícame.

—No tengo nada que explicar, señor cura.

Y realmente no tenía nada que explicar. Renato se preguntaba a sí mismo por qué habían pasado aquellas cosas y no podía darse razones que sirvieran de alivio.

—¿Qué sentías?

—No sé. Quizá vacío.

—¿Vacío?

—Sí, como hueco, como si no tuviera carne. Aunque...

—Aunque...

—Sí, quizá también más lleno que nunca. Pero lleno de otro.

—¿De otro? ¿De qué otro?

—¡Y yo qué sé!

—¿Y luego?

—Luego, cansancio. Como después de un día de cargar costales.

Y así, repetir y repetir las contestaciones. Y atrancar la puerta. Y abrir desesperado ante los golpes. Y a la noche levantarse de la cama.

—Todo, todo te lo daría.

Y agitar la cabeza. Y cerrar la puerta. Y oír el llanto detrás de las tablas.

Y un día el coche que se para a la puerta.

—He traído a mi hija. Es un cáncer. Nadie puede curarla.

La he llevado a Suiza y no se cura. Somos buenos cristianos. A Lourdes hemos ido, a Fátima. Cúremela, por Dios. Es hija única.

—Se equivoca. Este pueblo no es Lourdes.

—No se arrepentirá si usted la cura.

—Le repito. Este pueblo no es Lourdes.

—Al menos rece por su salud.

—Rezaré, pero es inútil. Yo no tengo la llave de hacer milagros. Sólo Dios la usa.

Renato recordaba ahora la niña. Aquellos ojos apagados que imploraban suplicantes. Él le dijo:

—La salud no es lo más importante de la tierra. Tu alma no está enferma, eso es lo bueno.

—¡Pero yo no disfruto de su alma! —gritó el padre—. Necesito su vida, es hija única, y estamos solos. Ella... se fue hace un año. Soy rico, puedo...

—¡Cállese! No blasfeme.

Él se había montado furioso en el coche. Renato había dicho:

—¿Hija única? ¿Por qué?

El coche había partido sin respuesta, con la niña recostada en el asiento de atrás. Renato ahora ya sólo recordaba aquellos ojos puros. Recordaba también que al mirarlos había tenido miedo porque un temblor extraño había cruzado su cuerpo. El mismo que ante la cruz y el canario.

De vez en cuando, entre tren y tren, Renato salía a caminar entre los campos. Veía los trigos de un amarillo pálido y sin granar en absoluto y le daba la impresión de ser él el culpable. Otras veces sentía una difícil alegría: «Sólo salva el dolor»; recordaba esta frase oída no sé dónde, y pensaba que Torre se estaba purificando.

Aquel año no había habido primavera y ya el mes de mayo había sido pleno verano. El cielo era inmenso y rara vez se veía algún algodón de nube cruzando el firmamento. Luego seguía la paz inalterable.

También menudeaban los paseos nocturnos. El levantarse a dar el paso al tren de las cinco menos cuarto le desvelaba y luego difícilmente conseguía dormirse. Entonces salía de su casa antes aún de que se levantasen los primeros labriegos. Cruzaba el pueblo bajo el silencio de la luna y le parecía oír los latidos de todos los vecinos. Alguna luz encendida señalaba la procedencia de llantos infantiles. Renato entonces se sentía más cerca de todos ellos y pensaba que daría la vida por ayudarles. «Todo, todo lo daría, si Dios me lo pidiera.» Se levantaba entonces el viento fresco de la madrugada y Renato tenía la impresión de tener el alma recién regada y de estar en paz con Dios y con el mundo. Era como si el alma descansase; tal el cuerpo cuando está dentro del agua. Entonces sentía deseos de rezar y repetía muy despacio el padrenuestro. Lo repetía sin darse cuenta de lo que decía: eran sólo sonidos o signos cabalísticos, pero no necesitaba más para estar cerca de Dios. Le parecía que de alguna casa del pueblo viniera un canto de niños lejano:

Tengo una muñeca vestida de azul.

pero el pueblo dormía y el silencio se sentaba sobre cada una de aquellas puertas.
Y no obstante

con su velo blanco y su canesú.

Y también las estrellas estaban calladas en el cielo.

La saqué a paseo, se me constipó.

Y quizás eran los ángeles —o Dios mismo— quienes cantaban:

La tengo en la cama con mucho dolor.

Él entonces hundía las manos en los bolsillos y volvía silbando hacia su casa. Era entonces cuando sacaba sus seis bolas de colores y comenzaba a tirarlas y cogerlas cada vez más de prisa, más de prisa. Recordaba entonces aquellas funciones en los pueblos en el teatrillo improvisado en la plaza, y escuchaba las risas de la gente. Volvía a su memoria —detalladísima y exacta— la escena de las dos mujeres estranguladas y las fotos de él, acribillado en una taberna, que publicaron los periódicos de entonces. Y decía: «Tú sabes que era bueno, Señor. Hacía reír al pueblo. Eso era bueno, Señor. La mejor obra de misericordia». Y tiraba las bolas más de prisa como si estuviera delante de un auditorio boquiabierto. Le parecía escuchar: «Y ahora, amigos y señores míos, prepárense a aplaudir a “Chico”, el niño prodigio más prodigioso del siglo, el más rápido lanzabolas sobre la faz del mundo». Y luego los aplausos. «Tienes un gran porvenir en el oficio, “Chico”. Luego de las bolas aprenderás los platos y luego los cuchillos. Serás algo grande, pequeño.» Pero Renato no había seguido. Cuando la desgracia, sólo sabía manejar las bolas y ahí se había quedado. Seis bolas de colores era lo único que conservaba de la infancia. Y le bastaba.

Éstos eran los momentos en que Renato era feliz. Pero en cuanto daban las seis de la mañana presentía a todos los labradores del pueblo levantándose y mirando hacia el cielo. Oía:

—¿Otra vez a acostarte?

—¡Qué mierda quieres que hagamos en el campo!

Y luego la blasfemia. Detrás, el llanto contenido de la mujer.

Y esto Renato lo oía repetido por seis, por diez, por cuarenta, por cada una de las casas labradoras del pueblo. Y por cada blasfemia se le caía una bola.

Y así, un día y otro. Cambió la luna una, dos veces, y todo seguía igual, como si el tiempo estuviese clavado.

—Hoy llovió en San Martín —decían un día.

Y cuatro días más tarde:

—En Grijalba estuvo toda la tarde lloviendo.

En la taberna, la pipa del tío Lucas se apagaba. La radio daba el parte de mediodía. Dijo:

—... Se promete una buena cosecha en todas las provincias de Castilla. Los cereales...

Gritó Martín:

—¡Cierra esa radio!

El Moro agachó la cabeza. Se hizo el silencio. Dijo el tío Lucas:

—Esto es un castigo.

Y pasó el mes de mayo. Y pasaba el de junio. Dos días antes de San Juan las mujeres dijeron:

—La siega era siempre por ahora.

—¿Qué... vamos a segar este año?

El día de San Juan fue un día triste, interminable. Parecía que el reloj del Ayuntamiento fuera nuevo, pues a todos les parecía que tocaba las horas con más fuerza.

En la taberna dijo Lucio:

—Sólo hay un remedio.

Se volvieron hacia él varios ojos. Dijo el tío Lucas:

—¿Renato?

—Sí. Estorba.

Lucio notó que todos los ojos se endurecían. Siguió:

—Toda la culpa es suya si no llueve. Habrá que... eliminarle.

Los ojos se volvían ahora al tío Lucas. Agachó la cabeza.

—¡Peor! —dijo—. Eso sería el final. Sí, el final. —Y luego—: La solución es otra. —Apretó los dientes—: Morirse todos de hambre.

Ahora el silencio fue más largo.

—¿Por qué, por qué se niega? —dijo Martín.

Doña Julia había dicho que por hacerse el interesante.

—Sí, eso es lo que quiere: hacerse de rogar. No es más que eso. Pues si lo sabré yo... Ser el centro del pueblo... Saber que se habla de él en cada casa.

Doña Julia se reía diciendo estas palabras. Era una risa superior y distinta de todas las del pueblo. Se pasó la mano arreglándose la parte derecha de su complicadísimo peinado. Se estiró la falda por detrás y su figura se envaró más de lo que estaba, que era mucho.

—Si viviera tu padre... Ah, era el único que podía entender en estas cosas. Estos curas, ¿qué quieres tú que sepan estos curas? Uno es un viejales y el otro un crío. Y los dos, lejos de la cultura (pronunció esta palabra como si se escribiera con K). Tu padre...

Posó los ojos en la biblioteca de Telesforo, su máximo orgullo, cuidadosamente colocada en el cuarto de estar para asombro «de todas esas paletas que vienen a verme». Acarició los lomos de los libros con la mirada y se perdió en un mar de recuerdos.

Frente a ella, Magdalena estaba como ausente. Era muy pálida y tenía toda ella un aspecto infantil, demasiado infantil para sus dieciocho años. Se la sentía extraña con

las trenzas y aquel vestido de niña con cuellecito blanco.

Acabó la comida sin que la niña hubiera dicho una sola palabra. Dijo entonces:

—Me voy a la cama.

—¿Es que no estás bien?

—Estoy cansada; sólo es eso.

—Es que no comes. Tienes la cara como un cuchillo, y más pálida...

—Son aprensiones tuyas, mamá.

Cuando llegó a su cuarto, Magdalena se sentó en el sillón y respiró. Se sentía mareada y con ganas de vomitar. Lo hizo y se sintió mejor. Se acercó al espejo y deshizo las trenzas. Sacudió la cabeza y el pelo se fue de hombro a hombro como un chorro de miel. Se sentía más libre sin trenzas, menos niña. Tenía un pelo tan bonito, oro oscuro.

Sonó entonces la puerta de la casa y corrió a la ventana para convencerse de que su madre había salido. Sintió gozo y rabia al verla dirigirse a la casa de enfrente, a la tertulia de don Ricardo. Cerró la ventana y bajó al cuarto de su madre. Su taconeo repiqueteó ligero en la escalera mientras se desabrochaba el vestido. Cuando estuvo en el cuarto de su madre tiró al suelo el vestido de chiquilla. Y en la percha escogió entre los cuatro de su madre. Se miró al espejo con el verde ya puesto.

—Soy casi una mujer. Tan alta como ella.

Se dio media vuelta. Se acarició el pelo. Recogió del suelo su vestido de niña y sintió que las lágrimas la llenaban los ojos. Dijo:

—Ya no soy una niña. Tengo dieciocho años. Dieciocho. ¿Por qué voy a vestir siempre de cría?

Magdalena no comprendía esto, no podía comprenderlo. No sabía que el que ella vistiera de niña consolaba a doña Julia del paso de los años. Porque su madre quería sentirse joven, necesitaba sentirse joven, y el comprender a su hija ya mayor, entrando en la vida, rompería totalmente su ilusión. ¿Cómo iba a pensar ella que aún estaba en edad de esperanzas si tuviese que encontrarse cuatro veces al día con una hija suya que llevase en la carne todas las huellas de la juventud?

Sí, había que prolongar aquellas coletas, aquellos vestidos...

—Niña mía, si eres una niña, todavía una niña... Si fue ayer cuando te tuve en brazos...

Sí, doña Julia necesitaba todavía ser joven, parecerlo al menos. ¿Cómo, si no, iba a encandilar a don Ricardo?

Magdalena dijo:

—Me gustaría que me viera así Rodrigo.

Sintió que se llenaba de ternura pensando en él.

—Lo daría todo, todo. —Y luego—: ¿Por qué le quiero tanto?

Tampoco comprendía esto Magdalena, como no comprendía aquel temblor cuando estuvieron juntos la primera vez, y luego el primer día que él la había besado y el día del convento.

—El convento, el convento tiene la culpa de que los críos nazcan corriendo demasiado —decían en el pueblo. Y es que las viejas ruinas del convento eran lugar de cita de todos los enamorados.

Pero esta vez no era del convento toda la culpa; era también de aquellos vestidos, de aquellas coletas, de aquellos muebles viejos que asfixiaban a Magdalena.

—Estando contigo es como si comenzara otra vida.

Sí, era otra vida lo que había empezado. La vida del cariño había seguido a la de la hipocresía, a la de la ignorancia, a la de la farsa. Los primeros días había sido la felicidad total, la gran alegría que Magdalena no había ni soñado que pudiera existir. Luego había venido otro cambio y había empezado la vida de la pasión, vida casi de odios, llena de entusiasmos y de desalientos.

Magdalena había cerrado los ojos y se había entregado a lo desconocido, porque aunque presentía que aquello no era hermoso, siempre le parecía menos horrible que lo de antes. Pero aun así, a veces añoraba la alegría de los primeros días.

«Ahora mi madre está...», pensó. Y apretó los puños hasta hacerse daño.

Rodrigo le había dicho un día:

—Tu madre comprenderá. También ella se entiende con don Ricardo.

Magdalena sintió como un calambre eléctrico.

—¿Qué has dicho?

Y temblaba.

Él la acarició.

—Lo sabe todo el pueblo, nena mía.

Magdalena había quedado anonadada. Y de pronto había sentido nacer en su corazón un odio feroz hacia su madre. Si ella hubiera estado allí hubiera tenido coraje para golpearla. Sintió que Rodrigo la abrazaba y por primera vez no opuso resistencia ninguna. Nació en sus ojos una sonrisa. Y era una sonrisa amarga que no iba con su mirada. Pero la dejó crecer. Había descubierto su venganza. Y cuando se le enturbiaron los ojos no pensó en Dios; pensó, sencillamente, que eso haría sufrir a su madre. Y se sentía alegre. Aunque nació muy pronto la tristeza, se mezcló casi con la alegría.

Ahora se contemplaba en el espejo. Recordó lo que habían hablado el día anterior:

—Tengo miedo. Lo va a notar cualquier día. Se nota mucho.

—Ponte vestidos anchos —dijo él.

—Es igual. Se nota mucho. Además, vomito muchas veces. Menos mal que ella está muy poco en casa.

Él la abrazó. Dijo:

—Quiero que sea un niño.

Ella rió. Luego se puso repentinamente seria.

—¿Qué crees tú que dirá cuando se entere?

Él no se atrevió a responder a su pregunta. Dijo:

—Sería mejor que estuviéramos casados cuando nazca.

—¿Y si ella no quiere?

Él se excitó.

—Tiene que querer, ¿comprendes? Tiene que querer.

Ella se echó a llorar.

—No querrá. Lo sé que no querrá.

La noche de San Juan fue una noche triste. Casi más por costumbre que por otra cosa, se reunieron los mozos, y adornaron con ramos las ventanas. Era una noche clara y las pisadas no tenían aire de misterio. Ya estaba junta en la plaza la leña seca y encendieron la hoguera.

Fue entonces cuando el tío Lucas, Julián y Martín salieron de la taberna. Se quedaron parados, mirando desde lejos la hoguera.

—Eh, Martín, ¿no te arrimas a la hoguera? ¿O eres ya un viejales?

Martín se adelantó. La hoguera proyectaba la sombra de su corpachón contra la iglesia. La sombra se movía con un andar no muy firme.

—Idiotas —dijo—, idiotas. ¿Tenéis aún ganas de hacer el idiota?

Siguió acercándose. La hoguera crepitaba y las llamas sobrepasaban ya la altura de un hombre. El corro de mozos se abrió. Y él siguió acercándose.

—¿Qué vas a hacer?

Se había agachado lentamente. Había agarrado una estaca que no ardía todavía. Miraba a sus compañeros como dándose tiempo. Luego levantó la estaca y los mozos se retiraron unos pasos. Toda la hoguera crepitó como una casa que se derrumba y las llamas saltaron en todas las direcciones.

—¡Te abrasarás!

Pero Martín seguía golpeando la hoguera hasta que los carbones encendidos se esparcieron por toda la plaza. Dijo:

—Le ensarto la navaja al que se ría esta noche.

Y la plaza quedó como un campo estrellado.

A las cuatro de la mañana, cuando Nicolás la cruzó corriendo, ya no quedaba ni un solo carbón encendido. El paseo de los Setos le pareció más largo que nunca. Golpeó a la puerta de Renato. Gritó:

—Se me muere.

El guardavías se frotó los ojos.

—Pilar —explicó— se está muriendo.

Renato dijo:

—He de dar paso al tren.

Y Nicolás:

—Se muere.

Renato dijo:

—Todavía no.

Y comenzó a preguntarse por qué había dicho esto. Luego:

—Iré en cuanto pase el mixto.

—¿La curarás?

—Iré.

—Dios nos ayude.

Renato vio alejarse a Nicolás. Al principio despacio, luego aligeró la marcha y se perdió entre los árboles. Eran las cuatro y cuarto. Renato se sentó en el poyo de la puerta. Quiso pensar en algo, pero tenía la cabeza hueca y no consiguió atender a nada. Perdida la noción del tiempo hundió la cabeza entre las manos y sólo cuando el mixto pitó en la estación se acercó a las agujas y las movió despacio, como si hiciera un rito sacramental. Pasó el tren temblequeante. Tras los cristales dormía la gente amontonada.

Se dirigió hacia el pueblo y vio los campos a derecha e izquierda con las cañas mustias y dobladas. Dijo:

—No han salido a segar.

Comenzó a amanecer y Renato fue poco a poco sintiéndose en la realidad. Se le iba llenando la cabeza.

Pilar estaba sudorosa en la cama. Se había hecho una trenza de todo el pelo para que la molestase menos y estaba toda húmeda, empapada en sudor. Entre las sábanas revueltas salían los dos brazos y las manos clavaban las uñas en los barrotes de la cabecera. Maneras dijo:

—¡Al fin!

Y se quedó esperando que Renato hiciese algo. El guardavías se acercó a la cama.

—¿Te duele?

—Como si me partiesen por el medio. —Era un hilo de voz. Estaba muy delgada. Jadeaba. Renato miró a don Melquíades, que tenía inclinada la cabeza. El cuarto olía mal. Salieron.

—No hay nada que hacer. Está muy débil. No lo va a resistir. Y quiera Dios que salvemos a la criatura.

—¿No hay nada que hacer? —dijo Renato.

—Afloverina —dijo el médico—. Quizá la afloverina. —Y luego—: Cuesta cara.

—Y a Nicolás—: Deberías buscarla. —Respiró largamente—. Bien, me voy. Esto se ha retrasado. Quizá no haya nada hasta mañana. Me llamas si hubiera novedad.

—Adiós, doctor. —Nicolás inclinó la cabeza.

Entraron. Ella preguntó:

—¿Qué dijo?

—Que va despacio. Que hasta mañana.

Hubo un silencio muy largo medido por el respirar de la mujer. Renato sentía sobre sí los ojos de Nicolás que le hacían daño. Para romper el silencio dijo:

—La... eso que dijo el médico, ¿no se...?

—¿Y el dinero? Estoy desde diciembre sin trabajo. Gracias a lo del chico hemos vivido. Siete pesetas por cuidar las ovejas. No es mucho que digamos. Tuve que empeñarlo todo.

Se calló. Luego dijo:

—Yo esperaba la siega.

—Hay dinero en el pueblo.

—En el pueblo. —Maneras apretaba las mandíbulas al decirlo.

Renato levantó la cabeza. Dijo:

—¿Cuánto? ¿Cuánto se necesita?

—Casi tres mil.

Renato se dirigió a la puerta.

—Espérame.

—¿Dónde vas?

Renato ya sonreía.

—Yo tengo setecientas. Buscaré lo otro. Verás.

Maneras movió negativamente la cabeza. Dijo:

—Inútil. Es inútil.

—Verás.

Renato se alejó.

El guardavías, de vuelta ya de su casa, con las setecientas en el bolsillo, se dio cuenta de que por primera vez no le habían pedido un milagro. Pensó:

«Lo arreglaremos sin milagros.»

Pero también esta vez Renato era un iluso. El tío Lucas dijo:

—¿Con el año que se viene encima? Todo será poco, amigo. ¿Y dos mil pesetas? Pues no eres tú nadie pidiendo.

Don César le recibió en la vaquería. Diez preciosos animales engullían a ambos lados de la cuadra.

—Oye: ¿por qué no piensas en hacer un milagro en vez de ir pidiendo por las

casas? Un milagro será siempre mucho más barato. Un rosario se reza en diez minutos, ¿no?

Esto lo había dicho riendo. Luego, ya serio:

—Oye, si piensas que te ayude la gente del pueblo, vas *dao*. ¿O crees que nos hiciste perder poco?

María Belén oía esto retorciendo un botón del guardapolvo. Cuando Renato salió, la niña fue tras él marcando el ritmo de su pierna corta. Arrastraba la bota de suela ancha.

—Renato —dijo—, que dice mi madre que quiere hablarte. Que vayas por la trasera.

El guardavía sonrió. Marchaba ahora retrasando el paso para no forzar la marcha de la niña. Ella dijo:

—Querría ayudarte, ¿sabes?

Él puso la mano sobre la cabeza de ella.

—Pero todos mis muñecos están rotos.

Renato le acarició las trenzas. La niña le miró.

—Puedes...

No se atrevía.

—¿Qué?

—... vender el canario. Costó ochenta pesetas, ¿sabes?

María le esperaba en la trasera. Dijo:

—Sólo tengo esto. Unos pendientes. Me los dio cuando novios. Creo que valen mucho. Más de las tres mil.

Renato no podía hablar. Dijo tan sólo:

—Gracias.

Ella sonrió.

—¿De qué?

Renato era feliz ahora. Pensó: «Y si falta algo, vendo mi cama». Pero ahora había que apresurarse e ir a la capital a vender los pendientes y comprar la «farmacia». El reloj dio las diez de la mañana cuando Renato cruzaba la plaza en dirección a la casa de Maneras. Sonreía.

Fue entonces cuando vio a Sito que corría hacia él.

—Dice mi padre que...

Se echó a llorar. La caja de los pendientes se rompió en la mano de Renato. Comenzaron a doblar las campanas.

Los ciriales avanzaban calle abajo acompañando a la cruz. La voz de Lucio, chillona como la de un conejo, mascullaba latines. Lucio iba vestido de negro y la manga izquierda, sin brazo, colgaba ridículamente blanca y negra. En la derecha

llevaba un libro todo manchado de borrones. *Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam.* Tras él, cuatro mozos llevaban sobre los hombros el cuerpo de Pilar, junto al que se acurrucaba la carne amoratada de su hijo. Caía un sol de justicia, vertical, sobre el pueblo, y la calle estaba llena de un polvo seco que se metía en todas las gargantas. *Et secundum multitudinem miserationum tuarum dele iniquitatem meam.* Tras la caja iba todo el pueblo. Lloraban algunas mujeres. Los hombres charlaban, alguno reía bajo cuerda. Nicolás tenía los ojos enrojecidos. Sito lo miraba todo como si lo viese por primera vez. *Amplius lava me ab iniquitate mea et a peccato meo munda me.* Cuando pasaron delante de la cruz, todos los hombres apretaron los dientes. La blasfemia estuvo en todos los corazones y en algunos labios. *Nam iniquitatem meam ego cognosco et peccatum meum contra me est semper.* Los trigales retorcían las cañas sin un solo grano. A la derecha quedaban las eras vacías. *Tibi soli peccavi et malum coram te feci.* El odio estaba en todos y cada uno de los corazones. Todas las maldiciones pesaban sobre Renato. «Él no ha venido», decían. «Por algo será.» *Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum et sin peccatis concepit me mater mea.* «Es un guardavías: a él qué le importa que llueva o no.» Delante de los ciriales iban los niños en hileras policolores, corriendo, saltando, como en una mañana de vacación. *Fac me audire gaudium et lætitiã et exultabunt ossa humiliata.* «¿Por qué no ha evitado esta muerte? ¿Por qué no hizo un milagro?» Esto lo dijo don César. Las hileras de los niños se estiraron más y los rojos y azules brillaban entre el polvo y bajo el sol. *Redde mihi lætitiã salutaris tui et spiritu principali confirma me.* Maneras recordaba la entrada de Renato en el cuarto de la muerte. «Perdóname», había dicho. Los ciriales y la cruz entraron en el cementerio, y la puerta de hojalata chirrió perezosamente. *Domine, labia mea aperies et os meum anuntiabit laudem tuam.* Pilar había dicho al morir: «A Renato dile que le comprendo. Y se lo agradezco». Renato había dejado encima de la mesilla el dinero y los pendientes. Dijo: «Para misas». *Sacrificium Deus spiritus contribulatus, cor contritum et humiliatum Deus non despitias.* Don José Antonio pensó: «El odio ha entrado en este pueblo. No sé por dónde, pero ha entrado». *Benigne fac Domine in bona voluntate tua Sion ut edificentur muri Jerusalem.* La caja descendió lenta entre dos maromas. Los primeros terrones sonaron con unos golpes secos que hicieron temblar a muchos. *Tunc acceptabis sacrificia, oblationem et holocausto, tunc acceptabis super altare tuum vítulos.* Don José Antonio pensó: «Paz, paz a los muertos». El reloj del Ayuntamiento sonó el mediodía. El curita añadió: «Y paz también a los vivos».

VI

DON JOSÉ ANTONIO paseaba nervioso. Dijo don Macario:

—Sí, hijo mío. Vivimos en la misma frontera de Dios y las fronteras nunca son muy cómodas. Sí; se consigue pasar algo de contrabando, hay mejor tabaco, mejor café. Pero ¿y las desventajas? ¿Estar siempre expuestos a los registros de la policía? ¿Saber que en una guerra el primero en caer será tu pueblo? Sí, está claro; ése es nuestro pueblo. Hay alguna ventaja: se saca algún milagro de contrabando, pero cuando la guerra estalla... Y aquí... ya ha estallado.

Don Macario se detuvo. Se removió en la cama.

—He llegado a pensar —siguió— que Dios va cambiando constantemente de frontera. Baja, pone sus tiendas junto a una ciudad y luego junto a otra, y otra, y otra. Quizás hasta hay un momento en que Dios está de frontera en cada alma, ese minuto decisivo en la vida en que uno sabe que ahí se lo juega todo. Es el momento de la soledad absoluta en que el hombre se siente desnudo ante Dios, sin nada humano a que agarrarse. Cuando ese momento llega al alma... hay muy pocos caminos que escoger. Yo, antes, de muchacho, pensaba que sólo había dos: o entregarse a Dios, o asesinarle; quiero decir asesinar su idea, la idea que los hombres tenemos de él. Más tarde he visto que hay otro camino: hacerse sordo y continuar viviendo. Si aún no te ha llegado ese momento, sábetelo que este tercer camino es el peor, pero también el más cómodo... y el más común.

En la estancia se oía el jadeo del cura como el péndulo de un reloj. Sonreía con una sonrisa que no se sabía si era alegre o triste. Tanto se mezclaban el gozo y la amargura. Siguió:

—Tú sabes que yo ahora no leo más que la Biblia y el Breviario. Bien; pues siempre he buscado el porqué de la muerte de los profetas. Casi todos fueron asesinados, como lo fue Cristo. Y siempre es lo mismo. Era Dios que ponía su frontera en Israel, que clavaba las espuelas en los ijares de su pueblo escogido, lo montaba. Y siempre había alguien que se entregase a él para acabar muriendo asesinado. Con los santos, igual. Los santos verdaderos han muerto todos crucificados, de una manera u otra, pero crucificados. Quizá es que lo único que redime es la sangre.

Don Macario calló. El tictac de su jadeo se oía ahora claramente. Don José Antonio dijo:

—La frontera de Dios... ¿Y si fuera realmente la frontera del diablo?

—Oh, sí. Quizá es también la frontera del diablo. Y hasta es muy probable que lo sea. Posiblemente limitemos con Dios por el Oriente y con el diablo por Occidente. El diablo siempre sigue los caminos de Dios. Si no pareciera una herejía, te diría que es su sombra. Ah, a los tibios ya los tiene seguros. Ésos seguramente no irán ni para

adelante ni para atrás. Quizá no hagan pecados, pero le basta uno: el no hacer nada, para mandarlos de cabeza a su reino. Al demonio le preocupan mucho más los pecadores y los santos, mucho más.

—Pero todo marchaba bien aquí. Los domingos iban todos a misa, confesaban por Pascua, recibían los sacramentos. Y hasta se notaba un progreso. En cambio ahora... todo lo llena el odio.

—Todo marchaba bien... todo marchaba bien... No, hijo mío. Yo no sé si antes existía el odio o no. Pero puedo asegurarte que no existía el amor. Ah, ¿recuerdas el *etiam peccata* de San Agustín? Sí, también los pecados, también. Hacia el amor hay un camino recto: el amor. Otros, torcidos. Pero de éstos el más corto es el odio, que tantas veces no es más que una manera de amor, un disfraz.

—Pero esto está peor... se ve... se palpa.

—Eso es: se ve, se palpa más que antes. Pero estaba igual. El lago estaba quieto, pero en el fondo estaba la carnaza, la podre. En cambio ahora...

—Usted defiende a...

—Yo no defiende a nadie. Yo no estoy ya para defensas de ningún género. ¡Je, je! Don Melquíades se admira de lo mucho que aguanta este cacharro lleno de parches ya. Yo, hijo mío, lo más que puedo defender es un par de metros de tierra entre cipreses. Y esperar que Dios se apiade de mi estupidez.

Hubo un silencio largo. Don Macario tosió repetidas veces.

—Dicen que a la hora de la muerte viene la lucidez. Quizá es que a la hora de la lucidez viene la muerte. Sí; creo que el comprenderlo todo es causa más que suficiente para morir. Si comprendiésemos a Dios como Dios es; si viésemos de pronto lo ridículas que resultan nuestras vidas, no podríamos continuar viviendo. Fíjate bien: gran parte de los santos mueren jóvenes, y todos, todos, lo pasan mal en esta vida. No se puede servir a dos señores. Ah, y los gozos que tienen son ya trozos de cielo anticipado. Es un tipo distinto de alegría, una alegría que ninguno de nosotros, de los mediocres, podría resistir.

—Pero Dios, Dios, ¿no es un consuelo?

—Hijo, Dios es amor, luego verdad, luego, muy detrás, es consuelo. Muy detrás. Y, sin embargo, sin embargo...

No se atrevía a decirlo. Le parecía hipocresía hablar él de santidad.

—Hijo, a la luz de la muerte se ven muchas cosas. Por ejemplo, ésta: que uno ha sido un cobarde. Sólo tengo un consuelo: el saber que he sido consecuente con mi cobardía, que no me he mentado a mí mismo. Otros son cobardes y se aturden con planes y trabajos. Y son cobardes, sí, sólo cobardes. Trabajan, van y vienen, predicán, organizan, y todo es cobardía. El sacerdocio es algo muy difícil, ahora lo comprendo. No es hacer esto o aquello, sino hacerlo todo con un tono distinto.

—Los santos se movían.

—No siempre. Ahí tienes a Cristo: treinta años clavando clavos y ajustando maderas, que ni siquiera nos han quedado como reliquias, y sólo tres años predicando. Y no vendrás diciendo que estuvo preparándose, porque no sé en qué diablos iba a prepararse Dios. Cuando Él está dentro da igual pelar patatas que rezar. Y si Dios falta, toda la acción de un hombre no vale más que la de un ratón. Por eso me dais miedo los jóvenes. Os creéis mejores porque trabajáis. Pero tan burgueses sois entre vuestros ficheros como nosotros en nuestro tresillo. Lo que cuenta no es eso, amigo mío. La frontera de Dios... Sí, es vergonzoso que tenga Él que bajar a nuestra orilla.

Los dos curas estuvieron callados mucho tiempo. Don Macario se había hundido entre sus almohadones, y don José Antonio paseaba nervioso arriba y abajo. Dijo:

—Me da miedo el próximo invierno.

—Sí; a mí también. Pero temo mucho más la felicidad. Cuando todo va bien, el hombre llega a pensar que no hay Dios, o a vivir como si lo pensase.

—Blasfemarán.

—Sí; pero no sé si es peor la blasfemia o el olvido. El que blasfema, al menos se siente sometido, atado a alguien, súbdito. Aunque en el fondo quizá fuese mejor que nada de esto hubiese sucedido. Mejor para los hombres, quiero decir. Siempre es de esperar que Dios se apiade de nuestro vacío. Pero para Dios tiene que ser decepcionante el salvar a los hombres sólo porque no llevan pecados en el saco. El esfuerzo siempre es más peligroso. Quien se esfuerce por llenarlo de trigo, ¿cómo estará seguro de que no mete piedras? ¡Ah, el que va bien cierto de no llevar cizaña es el que lleva el alma vacía por completo!

Don Macario se revolvió en la cama. Sonrió, y dijo:

—Pero te estoy cansando de sermones. Perdóname. Uno lleva días y días solitario y la cabeza se llena de preguntas. Sí, esto es lo malo de la soledad: que uno encuentre la respuesta y no tenga el coraje de vivirla. Afortunadamente voy a vivir muy poco, pero ahora, después de visto esto, me sería muy difícil de empezar. Es una suerte esto de morirse. ¡Me da miedo ser santo!

—Es hermoso ser santo.

—Sí, es hermoso. Como es hermosa la crucifixión.

Y la ola del hambre llegó al pueblo. Y fue una ola feroz que no dejó un rincón por registrar. Entró en las casas, golpeó en primer lugar a los niños, a los ancianos; luego, y por fin, a los padres y a las madres. Y salieron de las cajas los últimos billetes ahorrados, y vino la disputa de los huesos en la carnicería, y hubo que vender mantas y colchones. Y aquel abrigo comprado hacía un año en la euforia de la buena cosecha. Y las arras, y el vestido de novia.

—¿Y esto?

—Cien pesetas.

—Nos costó setecientas.

—Cien pesetas.

—Está nuevo, totalmente nuevo. Solamente se lo puso tres veces.

—Cien pesetas.

Y el vestido pasaba a otras manos.

—No, Juan, no; eso no.

—No hay más remedio, mujer.

—Es el último recuerdo de mi madre.

—Hace falta comer. Los abanicos no alimentan.

—Pide mucho al menos. Tiene marfil.

—¿Sólo ochenta pesetas?

—Y es demasiado. Habrá que armarlo todo.

—Tiene marfil.

—Deshecho.

—No, Mariano; el colchón, no. ¿Qué haremos cuando llegue el invierno? Se morirán de frío los pequeños.

—¿Y si ahora se mueren de hambre?

—¿Doscientas pesetas un colchón como éste?

—Doscientas pesetas.

Y comenzaron los robos. Peligraban los frutales y las paneras y las manojeras. Todo, de pronto, se hacía problemático. Don César gritaba:

—¡Me pasaré la noche en los corrales con la escopeta montada! ¡Y al que asome...!

Y el tío Lucas:

—Sé que has vendido el carro y la mula. Ya es hora de que me devuelvas las mil quinientas que te presté en enero.

Y no hay que esperar. Los Juzgados no esperan.

—Y así, ¿hasta cuándo?

—Si lloviese, aún habría vendimia.

—Si no, sin trabajar hasta la siembra.

—Y eso si alguien se decide a sembrar.

—Dicen que no sembrarán más; que la tierra está maldita.

—Sí, maldita. La tierra...

Por entonces llegó la carta: «Han abierto una nueva galería en la mina y necesitan

gente. Si venís en seguida...».

Y hay que irse. De prisa. De prisa. Y dejar a las mujeres y los niños. De prisa. De prisa. Y kilómetros y kilómetros de tren.

—¿Veintisiete? Sólo se necesitan seis.

Y allí, ¿dónde vivir? Habrá que hacerse una casa con hojalata. Y las cartas: «Estamos bien; pronto podré enviarte dinero». Y las de las mujeres. «Ahorra lo que puedas. Todo será poco.» Y las de los hombres: «Te mando doscientas. Al principio hay más gastos».

Y matar las horas en la taberna para ocultar a toda costa la soledad.

Y las mujeres:

—¿Qué harán ellos solos?

—El mío manda poco. Se lo gastará en...

Y esto los seis afortunados. Los restantes, continuar a rodar, y los once últimos, tras un mes de búsqueda inútil, llegar en un tren tristes y demacrados.

—De morir, mejor entre los nuestros.

Y la ola del hambre que apretaba su anillo.

—El chico de la Juana que está enfermo.

—Sí, del pulmón.

—Este chico necesita aire puro. Y dormir solo.

—¿Dónde, doctor?

—Contagiará a los otros. Quiera el cielo que no caiga ahora una infección en el pueblo. Sería horrible.

Y el nombre de Renato en todos los labios. Y él:

—Señor, ¿es que nos hemos merecido esto? Yo no puedo pedirte que hagas milagros... Pero remedia esto como sea.

Y la voz de su ángel:

—Hay dinero en el pueblo. Conque abriesen los ricos sus despensas bastaría.

—Pero no pueden pagar unos por otros...

Y el ángel insistiendo:

—Y los pobres... ¿cuánto gastaron en las fiestas del año pasado?

—¿Ellos qué saben? Acababan de cobrar el verano y no esperaban esto.

—¿Y el dinero gastado en la taberna?

—Lo necesitan. Es el único sitio donde pueden soñar.

—¿El único?

—Sí, el único. Las casas están sucias, las mujeres desgredadas, los chiquillos desnudos. En la taberna al menos se olvidan de que viven. No quedan ya más sitios

que la iglesia. Y la iglesia...

—¿La iglesia...?

—Es un sueño demasiado hermoso para ellos.

Y llegaba la mujer temblorosa de fiebre.

—Se me muere Juanito.

—Toma.

Y un grito:

—¡No! No vine a pedirte limosna. Muertos todos, primero.

—¿A qué viniste entonces?

—No sé. Vine.

Lo de la venta del «pan-de-los-pobres» fue por entonces. Todos recordaban la entrada del coche en la plaza. Alguien había dicho: «Es el pan de los pobres». Y el coche se quedó con este nombre.

Porque todos sabían que el maquilero se había hecho rico con el estraperlo.

—Si quieres que te mueva, tienes que darme un saco por cada tres.

Y había que moler, había que moler a los precios que fuese, pero con el resquemor que caía en el fondo del alma. «Los maquileros», aquella pareja misteriosamente pequeña y esmirriada, se sintieron de pronto importantes. Ellos eran necesarios en la vida del pueblo y su cuenta en el Banco subió como el mercurio en un termómetro al que se aplica una cerilla. La maquilera se reía.

—Paco, quiero que me compres un coche; quiero que todos vean que somos los más ricos. ¿Recuerdas el *haiga* de los de Conde? Uno como ése quiero.

—Pero eso cuesta una millonada...

—¿Es que no la tenemos?

Paco había sido siempre un pobre hombre y en el negocio era ella quien lo manejaba todo. Pero a Petra le gustaba pedir las cosas como si estuviera en las manos de su marido el negarlo o concederlo.

Y así fue como una tarde los dos se fueron a la capital para volver con un coche de fábula. Paco pensaba en el camino: «Ha sido una locura. Hubiera bastado una cosa más sencilla».

Pero la mujer se había empeñado en comprar lo mejor que había en Madrid, y en él se había ido un gran pellizco de las ganancias de aquellos años.

Paco iba pensando todo esto mientras Arturo, el joven chófer, enfundado en un hermoso traje nuevo, cumplía el primer servicio de su contrato. Fue entonces cuando Paco sintió sobre su hombro el brazo de Petra. Tanta fue su extrañeza.

—Querido, eres un sol —dijo ella. Le brillaban los ojos—. Estoy contenta. De veras.

Paco sintió entonces un calor nuevo y un deseo de besarla. Pero se contuvo.

Recordó su matrimonio, ya lejano: él, hijo de un panadero, y ella de un molinero.

—No, no quiero hijos —había dicho ella. Y él se había callado porque jamás se había atrevido a llevarle la contraria.

Pero hoy la sentía inexplicablemente cálida, como no recordaba haberla visto en los treinta años que llevaban de matrimonio. No pudo evitar el que su brazo la rodease la cintura. Quiso besarla, pero ella le esquivó.

—No seas bruto —rió por lo bajo. Y señaló con la mirada al chófer. Y al verle en el espejo retrovisor, Petra se dio cuenta de que Arturo no era feo.

Cuando el coche penetró en la plaza, patinando con suavidad, la maquilera se sintió feliz. Detrás de los cristales se movieron repetidamente los visillos y el griterío de la chiquillería convocó a la gente de las calles vecinas. Petra hubiera querido que la gente se acercara, pero todos los hombres contemplaron el coche desde lejos, como si se tratara de unapestado. Sólo los niños fueron tocando las ruedas y los cristales uno por uno.

La maquilera se sintió heroína al poner el pie en el suelo, y mientras Arturo sostenía la puerta, ella le respondió con una sonrisa larga y sostenida. Tanto, que mientras avanzaba hacía su casa tuvo que preguntarse si estaba orgullosa del espléndido coche o del tipo joven y elegante de Arturo.

El pueblo se conmovió a la mañana siguiente al enterarse de que al ir a llamar al maquilero se lo habían encontrado muerto, y la frase «castigo de Dios» estuvo en todos los labios. La maquilera sufrió más por lo inesperado del fallecimiento que por el cariño que tuviera hacia su marido. Repitió cien mil veces: «Era un santo», y hasta logró derramar una docena de lágrimas.

Pero fue entonces cuando empezó su tormento en la vida. El pueblo la notó más asidua al confesonario y todos pensaron que la muerte de su marido la había impresionado y pensaba devolver lo robado. Pero no era de ello de lo que Petra hablaba a los pies de don José Antonio.

—Padre, me acuso de deseo, de pensamiento y de deseo cien mil veces al día.

—¿Él lo sabe?

—No, él no sabe nada.

—Hija mía, debe evitar la ocasión.

—Eso no es posible, padre; vive en casa. Le veo a cada instante y a cada instante me lleno de pensamientos y deseos de lujuria. Daria toda mi vida por ser suya.

—Eso es pecado, hija.

—Me iría al infierno si supiera que allí podía abrazarle.

Y así un día y otro. Mientras tanto, Arturo se pasaba las horas muertas tumbado

en un sillón y con los pies en otro, devorándose una tras otra verdaderos montones de novelas Pueyo. Se sentía orgulloso al saberse el centro de la atención del pueblo. (En la panadería era fácil advertir que todas las chicas necesitaban de pronto mucho más pan del ordinario.) Pero a él le agradaba hacerse el interesante y su papel de «frío», aprendido en las películas americanas, acabó encantándole.

Hacia la maquilera sentía verdadera repugnancia. La veía ir y venir, llenarle de arrumacos, obsequiarle, sentarse a su lado y pasarse las horas silenciosas. A él le divertía verla sufrir, haciéndose el sordo a sus insinuaciones, que se hacían descaradas conforme el tiempo avanzaba. Y la táctica le dio resultado, porque con su tira y afloja llegó a ser el señor absoluto, no sólo del único habitante de la casa, sino también de todo cuanto la casa contenía.

Pero un día Arturo se aburrió de la diversión y pensó en otro juego mucho más rápido y eficaz. Que fue largarse con el coche y con todo cuanto de valor había en la casa. Cuando Petra notó la falta del hombre estalló en lágrimas. Pero su llanto duró sólo dos horas, porque al cabo de ellas se dio cuenta de que el pájaro no se había ido de vacío. Y entonces fue una dolorosa sorpresa lo que la invadió.

El *haiga* apareció abandonado junto a la estación de Medina del Campo; pero Arturo no volvió a aparecer. Esta vez el chófer que devolvió el coche a Torre fue un viejo de setenta años que volvió a marcharse en el tren del día siguiente, mientras el coche se resignaba a esperar solitario en la cochera. Sólo por la mañana, con las primeras luces del día, recibía la visita cotidiana de la dueña, que lo limpiaba cuidadosamente para tenerlo a punto el día que Arturo volviera.

Éste había desaparecido allá por el mes de enero y los meses sucesivos habían sido de verdadera angustia para la maquilera. También en la cuestión económica. De pronto había tenido que aprender lo que era dar largas a los recibos y empeñar objetos de la casa, porque el molino estaba totalmente parado. Hasta que un día comprendió que el objeto más inútil era el *haiga*. Resistió la tentación todavía dos meses. Pero un día comprendió que Arturo no volvería y que la única manera de cancelar su recuerdo era deshacerse de aquel último lazo de unión con él.

Y escribió un anuncio:

SE VENDE BUICK ÚLTIMO MODELO
COMPLETAMENTE NUEVO Y EN REGLA,
EN TORRE DE MUZA, PLAZA JOSÉ ANTONIO

Y cuando leyó el anuncio en el periódico comprendió que sus naves estaban quemadas.

Aquellos dos hombres debían entender de automóviles. Sacaron el «pan-de-los-pobres» de la cochera y en medio de la plaza le abrieron las tripas y las examinaron largamente. Esto dio tiempo para que todo el pueblo lo supiera y fuera acercándose a

la plaza con más o menos disimulo.

Luego, el de las gafas se puso al volante, mientras el gordito del puro se retiraba para contemplar las evoluciones. El de las gafas hizo marcha adelante en todas las velocidades; luego marcha atrás, luego otra vez marcha adelante; dio dos vueltas a la fuente, luego dio marcha atrás de nuevo, y por fin dio otra vuelta a la fuente, esta vez marcha atrás.

Mientras los dos hombres hacían todas estas operaciones, la maquilera sentía como si la estirasen el corazón con la marcha adelante y como si se lo estrujasen con la marcha atrás.

Los hombres pagaron, y cuando el coche salió de la plaza y se alejó perdido entre el polvo de la carretera, todo el pueblo sintió como si le arrancasen algún pedazo vivo. Y ahora se dieron cuenta de que en el fondo no odiaban el «pan-de-los-pobres», y hasta se sentían orgullosos de tener en su pueblo el mejor coche de la región. Y comprendieron que su pérdida era un auténtico descalabro para Torre. Y, una vez más, pensaron que la culpa de todo la tenía Renato con su sequía.

VII

USTED SIEMPRE leyendo el Viejo Testamento —dijo don José Antonio—. ¿Por qué esa afición?

Don Macario rió.

—Hijo, lo hago en reparación de lo poco que lo lee la gente. Aun los curas. Para la mayoría, la palabra de Dios se reduce a los Evangelios. Algunos llegan a las Epístolas, pero no más allá. El Dios de los profetas les parece un Dios de reserva, un Dios de segunda división, que diríais los jóvenes.

—Pero el Dios del Nuevo Testamento es el Dios del amor, el Dios cristiano.

Don Macario se le quedó mirando con una sonrisa irónica.

—Mira, me gusta eso del «Dios cristiano»; ¡como si el Dios creador no lo fuera!

Don José Antonio quiso protestar. Atajó don Macario:

—No; si te comprendo de sobra lo que quieres decir. Pero me hace gracia. Con lo que ya no estoy tan conforme es con eso del «Dios del amor». El amor... ¿es que sabemos nosotros lo que es el amor de Dios? Oh, vivimos demasiado contagiados por las novelas románticas y no nos damos cuenta de que la palabra «amor» en los labios de Dios tiene un sentido muy distinto del que tiene en los de un soldado que dice ternezas a una niñera. El amor de Dios... ¿es que hay algo más terrible que eso?

—La misericordia no puede ser terrible.

—¡La misericordia! Siempre os refugiáis en eso. Pero yo no encuentro nada más terrible que la misericordia, nada más doloroso.

—Es un consuelo saber que Dios perdona.

—Créeme: a mí la misericordia me tranquiliza, pero no me consuela. No; te digo sinceramente que la otra vida no me preocupa porque yo vaya a ir al cielo o al infierno. Lo que me asusta es la cara de aburrimiento de Dios mandándome a un sitio o a otro. La misericordia, eso es lo terrible: saber que Dios va a tener la debilidad de perdonarnos. Pienso muchas veces que quizá el purgatorio sea eso: la vergüenza de sentirnos salvados. Sí; lo más doloroso del juicio no será siquiera el ver nuestro vacío, sino el saber que Dios es tan bueno que perdona hasta a quienes nos aprovechamos de esta bondad suya para colarnos en la salvación por la puerta falsa de la manga ancha de Dios.

—¿La puerta falsa?

—Sí. Para entrar en el cielo sólo hay dos puertas: la verdadera, que es la puerta de la santidad, y el portillo falso de la manga ancha. Por aquélla no pasa casi nadie, pero cuando entra alguien, el corazón de Dios tiembla como una esquila. Por la otra pasan muchos, casi todos, y cada uno de éstos es una desilusión para él.

»Llevo unos días ahora con esta idea metida en la cabeza. ¿Qué será mejor: dejar al pueblo que siga entrando por el portillo falso o empujarles hacia la puerta grande?

Sí; porque la grande es mucho menos segura. Es la puerta de la lucha, y la lucha puede perderse. Al portillo pequeño es fácil llegar, muchas veces casi basta dejar rodar y no hacer locuras. Como las filas van tan apretadas, casi basta dejarse arrastrar por los que van detrás, por el ambiente. Pero en la lucha de la santidad está uno solo y desnudo, sin asideros humanos. El que se agarra a Dios y soporta el calor de su cercanía, logra conquistar la puerta. Pero éstos son pocos. Los más caen vencidos: unos se enrolan en la fila que va hacia el portillo falso, y otros caen más abajo, hasta el infierno.

—Luego... así, ¿todos los condenados son héroes caídos?

—Oh, no. También en el infierno hay un portillo, y es el portillo de la estupidez. Y está aún más frecuentado que el de la manga ancha en el cielo.

Era una tarde hermosa, ya de pleno verano. Entraba el sol por la ventana y trazaba un rectángulo en la cama del cura. Corría el sudor por las hendiduras del rostro de don Macario. Siguió:

—Nos preocupan el cielo y el infierno como si fueran sólo asunto nuestro. No somos en definitiva tan importantes como para eso. Un cielo como descanso propio me hastiaría. Preferiría el infierno, como prefiero el dolor al aburrimiento. Afortunadamente, el cielo será amor, pero en el sentido grande y abrasador de la palabra. Amar a Dios... eso es lo que importa. Y es la única felicidad que me apetece. Y te aseguro que, si sufriendo en el infierno se le amase más, preferiría éste.

Don José Antonio oía todo esto y no se atrevía a responder. Había momentos en que le parecían herejías —jansenismo, pensaba—; otros, en que la única diferencia que encontraba entre lo que decía don Macario y lo que les había explicado el profesor de dogma, era que el profesor de ahora estaba al borde de la muerte. Las más, y con razón, pensaba que tras la punta de verdad que sus palabras tenían había una exageración morbosa, fruto de revolver obsesivamente los mismos pensamientos.

Realmente don Macario estaba grave. Don Melquíades repetía sin descanso que no comprendía cómo podía vivir. El cáncer había ido avanzando por su estómago y poco a poco todos los alimentos habían ido vedándosele y hacía ya un mes que se mantenía de inyecciones porque no podía ingerir nada sin vomitarlo.

Don Macario dijo:

—Pero todo esto no puede predicarse en un púlpito. La gente quiere ser feliz aun a costa de Dios. Oh, si Dios de pronto dijera que en el infierno se le amaba más, cambiarían de religión todos los nuestros. Afortunadamente no puede decirlo. Mira, haz un día la prueba: háblales del infierno como del sitio en que no se ama a Dios, pero no les hables para nada de las llamas, y verás qué tranquilos se quedan en sus bancos. Les asustan las llamas materiales como si fueran peores que el infierno de

frío del no amar. Y con los milagros sucede lo mismo.

Don Macario había dicho esta frase casi sin darse cuenta y ahora se arrepentía de haberla pronunciado. Don José Antonio le miró sin atreverse a hacer la pregunta. Don Macario comprendió que debía explicar. Añadió:

—Sí, hijo mío, con los milagros sucede lo mismo. No, no me refiero a los de aquí, que ni sé siquiera cómo han sido. Hablo en general. A los hombres les importa el milagro por los frutos que trae, por las piernas que cura, porque evita la muerte. Pero que, al hacerlo, Dios se acuerde de nosotros, eso les tiene sin cuidado. Mira: te hablo sinceramente ahora que estamos solos, igual que en confesión: me gustan los milagros de Renato precisamente por eso: porque no admiten el confusionismo. Dicen lo necesario, y basta. Se ve el gesto de Dios, si es que es de Dios, y en la tierra no sirve para nada. Es decir, sirve para todo: para decirnos que Él no nos olvida.

»Pero, ya ves, el hombre lo que quiere es lo otro. No sé qué es más milagroso: el pronunciar las bienaventuranzas o multiplicar los panes y los peces. La gente, desde luego, prefiere lo segundo. La bienaventuranzas son un verdadero embarazo; no saben qué hacer con ellas, dónde esconderlas para que se vean menos. ¿No te has fijado qué poco se habla de la Trinidad y aun de la Encarnación, y cuánto se habla, en cambio, de la Virgen de Lourdes? No, no tengo nada contra las apariciones de la Inmaculada, pero creo que la Virgen de Lourdes sería la primera en estar contenta si la gente hablase más de la Trinidad. Si los milagros de aquí fuesen prácticos, ya tendríamos aquí un nuevo santuario.

—¿Entonces no le gustan a usted los milagros prácticos?

—¡Oh, sí! Y mira: los de Cristo lo fueron casi todos. Lo que me preocupa es la inversión de términos. Que el fruto del milagro se convierta en su centro, eso es lo que me asusta. Y hasta a veces me parece que eso del fruto de los milagros es una concesión de Dios a la estupidez humana.

Don Macario se revolvió en la cama. Se llevó la mano a la cabeza. Luego dijo:

—Estoy cansado, estoy terriblemente cansado.

También Magdalena estaba cansada.

—Te noto muy rara hace tiempo, Magdalena. ¿Es que te pasa algo? —le había dicho su madre al empezar la comida.

Ella se había mordido los labios.

—Nada, mamá.

Pero ahora, a la mitad de la comida, sin casi saber por qué lo hacía, se había echado a llorar.

—Pero, ¿se puede saber qué es lo que te pasa?

Doña Julia se había levantado de la mesa.

—Nada, mamá, no es nada. Estoy nerviosa por... por... No sé siquiera yo lo que me pasa.

La madre dijo:

—Tonta, tontina. Alguna chiquillada. ¿No será que... estás enamorada de alguien?

La niña levantó la cabeza y clavó los ojos en los de su madre para ver si había ironía en sus palabras. Agitó la cabeza de un lado a otro.

—Debes decir las cosas a tu madre, niña mía. Estás muy rara. Me huyes. Y estás todo el día en el confesonario. No querrás irte monja, ¿verdad?

—¡Por Dios, mamá!

Y apretaba los dientes.

A doña Julia le hubiera gustado tanto eso... Su hija comenzaba a pesarle. Hubiera sido tan hermoso que Dios se la llevara a un convento.

—¿Alguna riña con tus compañeras?

—Calla, mamá. ¿Por qué no tratas de comprenderme un poco?

—¿De comprenderte? ¿Ves? ¿Lo ves cómo eres una niña? ¿Cómo quieres que comprenda lo que no conozco?

En el reloj dieron las dos y media y doña Julia no pudo evitar que la vista se le fuese hacia el balcón frente al que estaba la casa de don Ricardo. Magdalena comprendió la mirada de impaciencia. No pudo reprimirse. Chilló:

—¡Mamá!

—¿Qué?

—No mires al balcón. No puedo soportar el verte...

—¿Verme...?

La niña agachó la cabeza.

—Nada, mamá, perdona. Estoy tan nerviosa...

Doña Julia encogió los hombros.

—Definitivamente no te entiendo.

Se acercó hacia la muchacha. Dijo, poniéndole la mano sobre el pelo:

—¡Ay, qué cabezas éstas de chorlito!

Y se rió. Magdalena la vio salir del comedor y oyó que tarareaba mientras se ponía el vestido. Detrás de la puerta abierta la veía pintarse ante el espejo. Dijo:

—Mamá.

Doña Julia contestó sin volver la cabeza:

—Dime, hija.

Magdalena se mordió los labios. ¿Cómo podía decir nada serio a aquella mujer para quien el colorete era más importante que su hija? Se calló. Doña Julia entró en el comedor y sacó de un cajón de la consola un frasquito de laca.

—¿Decías hija?

—Nada, mamá; no te decía nada.

—Supongo que hoy no te olvidarás de fregar los platos.

—No, mamá.

—Comprendo que te fastidie. Pero... La pensión de tu madre no da precisamente para echarse doncella y cocinera.

El pincelito daba leves toquecitos en los bordes de la uña. Magdalena pensó: «Debo decírselo. Cada día será más difícil». Doña Julia chillaba ahora la última canción de la radio. Dijo:

—Es adorable.

Y al ver que la muchacha la miraba sin comprender:

—Mario Costa, el tenor. Tiene un... que emociona.

Magdalena pensó: «Debo decírselo». Doña Julia se estiró la media y enseñó para ello la pierna toda. Se ladeó el vestido ante el espejo.

—No te olvidarás de los cacharros.

—¿De los cacharros?

—De fregar, digo.

—Ah, no.

Se miró otra vez en el espejo. Sonrió satisfecha. Dijo:

—Bien; adiós, nena. Hasta luego. Sé buena.

Magdalena pensó: «Debo decírselo». Desde la puerta, doña Julia dijo:

—Acuérdate de fregar.

Magdalena gritó:

—¡Mamá!

Doña Julia volvió a entrar.

—¿Me llamabas?

La niña dijo haciendo un esfuerzo:

—Necesito... decirte una cosa.

Y doña Julia:

—Pues, vamos, dilo. ¿No ves que tengo prisa?

La niña sintió que le subía el llanto hasta los ojos.

—¡Mamá...!

El llanto estaba ya a la puerta. Se apresuró antes de que llegase y no la dejara hablar. Sollozó:

—Espero un... un...

Y entonces vino el llanto que Magdalena necesitaba hacía tres meses.

Por la calle jugaban los chiquillos:

—Yo soy Renato y vosotros los enfermos.

—Y yo María Belén y traigo el pájaro.

—¡Ay, ay, ay! ¡Ay mi pierna, cúrame mi pierna!

—Te matamos si no nos curas.

—Te matamos.

—¡Ay mi pierna, mi pierna, cúrame mi pierna!

—Querida, querida —decía Sátrapa—, mi mujer está como un saco, como un saco de vieja. Tú, tú, en cambio...

Matilde se reía acariciándole la calva.

—Te merecías mucho más, vida. ¿Cómo se te ocurrió casarte con ese... estropajo?

—Era rica, ¿comprendes? No nos quisimos nunca. Fue cosa de mi padre. Era un zorro, y pensó que juntando las dos fortunas mayores del pueblo todo sería mío. Y... no estuvo mal en el fondo. Además, teniéndote a ti... todo se arregla.

—¿Sabes que me da celos?

—¿Mi mujer?

Se rió hasta darle un golpe de tos. Ella dijo, mimosa:

—Me gustaría tanto que se muriese.

Él rió.

—No caerá esa breva.

Desde la plaza llegaban los martillazos de los titiriteros de la feria. Ella dijo:

—¿Qué me vas a regalar para la fiesta, vida?

La vieja estaba siempre sentada a la puerta de su casa, tan inmóvil y oscura que parecía de madera. De vez en cuando hablaba y era como si se quisiera comer los labios. Decía:

—Que nos dejen vivir. No queremos más. Que no cambie nada, ni para bien. Todo tiene que seguir; ¿para qué queremos los milagros?

La mujer cosía frente a la vieja, la miraba y no comentaba. La vieja decía una frase y luego callaba largo rato. Decía:

—Hija, todos los dolores están contados, no se escapa ni uno y no habrá ni uno más. Seamos buenos o malos, es lo mismo. Todo está en lista.

La nietica corría detrás de un gato. La vieja se la quedaba mirando sin decir palabra. Pasaban los minutos.

—¿Para qué queremos los milagros? Si Dios existe, ya le veremos. ¿Para qué tener prisa? Y si no existiese... debe descansarse bien bajo tierra.

La mujer la miraba con miedo, los ojos muy abiertos. La niña se había sentado ahora a los pies de la abuela. Ella acariciaba largo rato la melenita recortada. Al fin de su meditación decía:

—¡Ay, hija, qué desgraciada eres! ¡Cuánto tiempo te queda por vivir! Tu lista es muy larga todavía.

La mujer saltaba:

—Y esto, ¿por qué?, ¿por qué?

La vieja se quedaba pensando. Al fin decía:

—¿Que por qué? No hay porqué. Mi madre me decía que el dolor viene al hombre como los ríos al mar. ¿Por qué van? No se sabe. Ni ellos lo saben. Van. Querer comprender el dolor sólo es aumentarlo.

Luego la vieja quedaba mucho tiempo callada. Al fin meneaba la cabeza y decía:

—Ay, Dios.

Pero lo decía en un tono tan inexpresivo que era imposible adivinar si decía: «Hay Dios» o «Ay, Dios».

La sala se quedaba en silencio.

Los niños rodeaban, en la plaza, el tabladillo que levantaban los cómicos. Era de madera azul y roja, y el telón pintaba a un payaso saliendo por una chimenea y a dos bailarinas que asomaban riéndose detrás de una cortina.

Cuando extendieron el telón, Santos había dicho en la taberna:

—Ya podían pintarlas sin cortina.

Y el tío Lucas había sonreído. Tenía la pipa apagada y no se molestaba en encenderla. Dijo:

—¿Qué se habrán creído estos tíos? Está buena la gente para chistes.

—¡Quién sabe! —respondió Juan desde un rincón—. La gente necesita reírse. O revienta.

Santos dijo:

—Yo al menos pienso ir. Aunque sea sólo por ver bailar a esas tías.

—Yo también voy —dijo Martín.

El tío Lucas meneó la cabeza. Pero no habló palabra. Dijo después:

—Con unos así vino Renato.

En la plaza los cómicos seguían claveteando el escenario.

Don José Antonio, sentado a la mesa en su casa parroquial le San Martín, escribía:

«No acabo de entender por qué suceden así las cosas. Esta mañana no había en la iglesia más allá de sesenta personas.

»Cuando fui el año pasado a oficiar de subdiácono estaba en la iglesia todo el pueblo. Recuerdo que don Macario me dijo: «Hoy viene a la iglesia todo el mundo. Es un número más del programa. Vienen hasta los que no cumplen con Pascua y son muchos los que sólo pisan la iglesia este día». Bueno, y ¿por qué no? ¿Será mía la culpa?

»He predicado fuerte, les he dicho que con pecados no se arregla nada. Aunque quizá me enfadé demasiado.

»Estoy francamente desanimado y no sé por dónde tirar. Si pudiera al menos acudir al obispo, uno descargaría un poco la responsabilidad, pero así estoy entre la espada y la pared.

»He estado relejendo mi diario de hace tres meses y esto me pone terriblemente triste. Pensar que todo comenzaba a marchar, y... Pero lo peor es no saber si esto es algo bueno o malo, no saber si hay que apoyarlo o combatirlo. Señor, ¿cuándo te vas a apiadar de mí y me ayudas a entender esto?»

El payaso subió al escenario. Tenía una ceja blanca y otra roja, y toda la mandíbula inferior pintada de negro. Se adelantó y se quitó el sombrero. El público soltó la carcajada al ver salir a un pájaro del gorro y siguió riéndose mientras Toni tiraba del hilo que ataba el gorrión a la calva. Cuando el pájaro estuvo de nuevo bajo el sombrero, Toni dijo:

—Buenas noches, caballeros y caballeras. —El público se rió—. El circo «Pim-Pam-Pum» tiene un honor así de grande —y corrió de punta a punta del escenario— en presentarles a ustedes el espectáculo —el público se rió de la mala acentuación— de esta noche. Yo, yo soy el tonto del circo, claro. Y ustedes querrán saber cómo me llamo. Pues sepan que yo no me llamo nunca. A mí me llaman. —El público rió—. Y ¿cómo me llaman? Pues... a voces cuando estoy lejos.

Trini, la criada de doña Asunción, se partía de risa. Decía:

—¡Ay, qué tío más bueno!

Y lo repetía muchas veces. Tantas, que Roque, su novio, terminó por ponerse de mal humor. Aunque ya tenía antes mala uva porque en la plaza, pensaba, había demasiada luz.

Renato se removi6 en la cama. Pens6:

«Tengo que conservar esta alegría. A toda costa. Es lo único que me queda. Y esto no tienes derecho a quitármelo. Puedes robarme la paz, pero la alegría no. Seré hombre muerto cuando me la quites. ¿No podrían comprenderme un poco, al menos? Te equivocaste al escogermé a mí. Yo nací para eso: jugar con seis bolas y dar paso a los trenes. Para los milagros vale un cura. Don José Antonio. Otro cualquiera... Y pensar que uno era feliz hace unos meses... Tendré que huir del pueblo...»

El payaso decía:

Y como les decía, este circo se llama «Pim-Pam-Pum», porque es como una pistola que en cuanto se pone uno delante de él todos se mueren de risa.

Trini dijo:

—¡Ay qué tío más bueno!

—Tiene efecto sobre todo con las madres esas... nacionales, o políticas, o como las llamen.

Trini no logró entender las últimas palabras porque hasta Roque se rió...

Magdalena hizo señas desde una ventana.

—Por la trasera; vete por la trasera. Cogí la llave.

Un minuto después se encontraba en brazos de Rodrigo.

—Ya lo sabe todo.

—¿Lo notó?

—Se lo dije.

—¿Y...?

Magdalena se echó a llorar.

—¿Qué dijo?

—Fue horrible.

La niña se apretaba a él como necesitando protegerse de alguien.

—Se puso como una fiera. Mira —y señaló al cuello—, mira qué arañazo.

—¡Canalla! —Rodrigo masticó la palabra. Luego dijo—: ¿Le dijiste que queríamos casarnos?

—No quiso oírme. Dijo que sería un escándalo. Que yo era una niña. Que tenía...

—¿Qué?

—Que tenía que...

—¡No!

—Lo dijo. Y eso, no. Yo le dije que primero...

Llegó una carcajada de la plaza.

—... que primero me...

Otra carcajada, más fuerte esta vez.

—... me ahorcaba.

Rodrigo se abrazó a ella como si mutuamente tuvieran que defenderse contra alguien. Desde la plaza llegó el aplauso que premió la entrada en escena de las bailarinas. Rodrigo dijo: «¿Por qué no podrían dejarnos ser felices?». Se arrastró por el pueblo la música del saxofón. Las dos muchachas comenzaron a moverse entre jaleos del público. Magdalena dijo: «Mi madre decía que es un pecado horrendo». Al dar las vueltas, las faldas de las bailarinas semejaban una campana. «Un pecado...», repetía Rodrigo. En la plaza, alguien dijo una frase que el público coreó con una carcajada sucia. «¿Tú crees que Dios no nos hubiera comprendido mejor que tu madre?», dijo el muchacho. El saxofón inició otra vez la pieza y el público se sintió complacido. «Mayor pecado aún es abortar.» Las dos mujeres bajaron hasta el público y la calderilla sonaba en sus cestillas. «A ella eso no le parece pecado.» Las dos mujeres se reían y andaban entre los codazos de los mozos. «Nos van a hacer imposible la vida... Seríamos tan felices con nuestro...» El saxofón inició una nueva pieza. Una de las mujeres cantaba ahora. Era una voz caliente y pegajosa. Dijo Magdalena: «¿No podríamos huir... adonde fuera, como fuera?». La mujer decía: «Cuando por vez primera...» «Nos devolvería la policía.» «Me tuviste entre tus dulces brazos», decía el canto. «Estamos solos, Magdalena. Solos contra todo el

mundo.» La voz de la mujer llegaba ahora ininteligible. El reloj dio la una de la mañana.

VIII

DON MELQUIÁDES había dicho: «Yo creo que... que...».

—Que esto se acaba —había concluido don Macario. Y todos habían visto que su cara se contraía dolorosamente. Había permanecido un largo rato en silencio y luego había abierto desmesuradamente los ojos.

—¿Cuánto, cuánto me falta? —gritó.

Don Melquíades le había mirado con extrañeza.

—Yo no soy Dios para saberlo. Quizá unos días, unas horas, unas semanas...

Don Macario había respirado con toda la fuerza de sus pulmones.

—Dejadme solo —dijo.

Marta contenía el hipo mientras le corrían las lágrimas a chorro. Dijo:

—¿Llamo a don José Antonio?

Don Macario tardó en responder. Dijo luego:

—Mañana.

Y luego, nervioso:

—Ahora dejadme.

Salió don Melquíades, sin comprender aquella frialdad, muy distante de la reacción que él esperaba. El cura llamó:

—¡Marta! Alcánzame el crucifijo.

Marta cerró la puerta y don Macario apretó el crucifijo entre las manos hasta hacerse daño. Se volvió de cara a la pared, que se le hizo deslumbradoramente blanca y lisa. Pensó: «Así es mi vida. Blanca, pero estúpidamente vacía». Y luego: «Si al menos se me hubiera concedido una muerte dolorosa. Pero Dios me ha castigado concediéndome la muerte que merezco: una muerte estúpida que se pasa sin sentirlo». Sintió que le invadía un sudor frío y pastoso. «Quizás es que no he vivido. He sido una marioneta llena de polvo, nada más.» Se incorporó en la cama, apoyó la cabeza en la pared. «Vivir, vivir...», sollozó. Y luego, como si le sacudiera una risa convulsiva: «¡Que me muero...!» Se reía: «Ah, pobre tonto de médico... Hay que estar vivo para morirse». Sin saber lo que hacía se sintió con los pies en el suelo. Entraba por la ventana una luna clara que trazaba sobre el suelo las ocho divisiones de luz del balcón. Tuvo que apoyarse en la mesa para tenerse de pie. «Hay que estar vivo», dijo.

Estaba frío el cristal contra su frente. La plaza estaba desierta. Dijo: «El reino de la muerte. Tú eras el único que vivías, Dios, y te has ido. Todo bajo cero. Inútil». Ahora hablaba a gritos.

Marta dijo a la puerta:

—¿Te pasa algo, Macario?

El cura tuvo la impresión de que alguien le hubiera llamado. Pero no se movió.

—Macario, Macario, ¿me llamabas?

Pero él pensó: «Nadie, no hay nadie en la plaza», y no oyó los pasos alejarse. «Bajo cero», repitió. Se oía gotear la fuente de la plaza. Ladró un perro. «Todo el pueblo está canceroso. Y no lo sabe.» Se limpió el sudor que le corría por la frente. «Mi corazón está más desierto que esta plaza. Y quizá lo peor es que no tienes derecho a mandarme al infierno, a no ser que tengas otros infierno de frío, un terrible vacío entre el cielo y el infierno de veras. Allí, eternamente obligados a cumplir matemáticamente una nube de deberes chiquitísimos. O un desierto. Andar, andar, andar. Sin ver a nadie. O viendo a la gente sin verla, como aquí.»

Las piernas le flaqueaban. Se sentía débil. Pensó: «Amar». Agitó la cabeza. «Demasiado...» Se sintió más descansado ahora, aunque no pudiese comprender qué era porque su cuerpo se había deslizado al suelo y la cabeza reposaba junto a la papelera volcada.

«Feliz... sólo entonces lo fui. ¿Pero cómo volver ahora a la infancia?» Se sentía niño junto a la fuente del pueblo golpeando el agua con un palo y luego corriendo mientras gritaban fes mujeres: «¡Chiiico!». Tenía la cara mojada de sudor y quiso levantar la mano para golpear el agua fresca. Pero, ¿dónde quedaba, dónde se había ido la fuente? Y la juventud, ¿dónde quedaba la estúpida juventud, nunca entendida? «Un aburrido llega a tus manos, Cristo.»

Y sintió frío, intenso, como nunca lo había sentido. «Unos días, unas horas, tal vez unas semanas», gritaba don Melquíades, subido en un púlpito. Y el padre espiritual —el viejecito don Rafael— le tomaba el pulso: «Hay que ser santos, hijos míos. El hombre es creado para alabar y servir a Dios. Todos y cada uno de vosotros, oídllo bien, todos y cada uno de vosotros tenéis obligación de ser santos». ¡Ah, qué lejanos los años del oscuro seminario! Ser santos... Le había parecido una palabra demasiado grande.

Ahora sentía una opresión en el corazón. Veía al rector del seminario, grueso y coloradote, que se acercaba a él con aquella su risa fuerte y brusca. Luego se ponía repentinamente serio. Le ponía la mano en el pecho, le cogía el corazón y gritaba: «Dijo el Espíritu Santo: “Como no eres ni frío ni caliente comenzaré a vomitarte de mi boca. Aprende bien estas palabras”»; y don Macario levantaba los ojos suplicantes y veía cómo su corazón se hinchaba y se deshinchaba como una vejiga llena de sangre, mientras el rector se reía apretándole cada vez más.

Ahora era su madre la que tenía su corazón entre las manos: «Hijo, has de ser bueno, bueno, bueno». Tenía todo el pelo blanco y sonreía al ver a su hijo sacerdote, como si esto sólo le asegurase la entrada en el cielo.

«Cuando mis pies, próximos a la hora de la muerte, sepan que su carrera...» Don Macario no podía saber con precisión si tenía pies o no. Le daba la impresión de no existir de la cintura para abajo. Intentaba imaginar su cuerpo cortado por la mitad.

Quiso reírse de su sueño, pero al intentar levantar la cabeza para convencerse de lo absurdo del delirio, no pudo mover más la cabeza. Intentó estirar la mano derecha, pero la tenía sujeta a un objeto metálico que no pudo saber lo que era. Los dedos estaban agarrotados en torno al metal.

«Lo que me asusta es el dolor de Dios al mandarme al rielo o al infierno.» «Dios, dijo, Dios», y le pareció que ya estaba ante él. Primero era como una estatua con los ojos en blanco, como las estatuas griegas que se ven en los museos. Poco a poco comenzaban a aparecerse los ojos, que crecían, crecían, crecían, y ya la estatua no era más que ojos; y seguían creciendo y llenaban la sala del Juicio.

Don Macario apretó la cabeza contra el suelo. Pero los ojos seguían creciendo y de pronto se convertían en un mar de ojos pequeños, diminutos, un mar que le entraba por la boca, que le daba náuseas. Él apretó la frente contra el suelo hasta hacerse daño, y las uñas de su mano izquierda se clavaron en el suelo. «Unas horas, unas horas tan sólo», gritaba don Melquíades. Y don Macario dijo: «Voy, adonde sea iré; aunque falte un minuto, iré, iré». Intentó levantarse, pero cayó pesadamente al suelo golpeándose la cabeza. Quedó inmóvil.

La luna, oculta tras una nube, entró ahora de lleno en el cuarto y trazó sobre el pobre cuerpo caído un cuadrado de luz lechosa dividido por los travesaños de sombra del balcón, que cortaban el cuerpo como los barrotes de una cárcel.

Cuando, a las dos de la mañana, Marta entró en el cuarto de su hermano para preguntarle cómo estaba, se encontró a don Macario caído boca abajo al pie del balcón. La pobre mujer, sin atreverse a tocarle, salió gritando por las calles y se puso a golpear como una loca la puerta de don Melquíades. Se abrieron varias ventanas y tras ellas aparecieron los rostros asustados de las vecinas.

Don Melquíades dijo: «No, no está muerto».

Le transportaron cuidadosamente a la cama. «Ha sido un colapso... del que quizá no vuelva.» Y se oyeron varios llantos convulsos.

Pero don Macario volvió en sí.

—José Antonio, hijo —murmuró al ver junto a su cama al joven con la caja de la extremaunción colgada al cuello. A su lado estaba don Melquíades, con el entrecejo arrugado, y Juanele, el monaguillo, todo sudoroso por su doble carrera en bicicleta en busca del curita. Más atrás, el llanto precipitado de Marta y las dos chiquininas.

Don Macario paseó la mirada por todo el grupo. Luego dijo, como desde otro mundo:

—¿Renato no ha venido?

—¿Renato? ¿Por qué había de venir?

Don Macario hizo un gesto de no entender él, a su vez, la pregunta. Añadió:

—Sí, que venga; quiero que venga.

Y luego:

—Dejadnos solos.

Cuando hubieron salido, don Macario indicó la cama con los ojos. Dijo:

—Siéntate. Aquí. Eso es.

Los ojos de don Macario reflejaban el cansancio de una larga lucha y todavía una nube de angustia los cubría, aunque quizá detrás de ellos comenzaba a romper una alegría. Dijo:

—Tengo miedo, mucho miedo, hijo mío. Ha sido una noche horrible. He visto mi vida minuto a minuto, como si estuviese volviendo a vivirla y... ha sido terrible. Algo como si ya hubiese pasado el Juicio. Los ojos de Cristo, los de todos los hombres que han vivido, me asediaban. Era algo así como si te condenasen a comer un cesto de avellanas y tú supieses que todas están vacías, pero siguieses partiéndolas con la secreta esperanza de que al menos hubiese una buena, pero sin haberla. Y, a todo esto, sentir que cada minuto estéril que revivías se riese de ti, que se carcajeasen hasta tus propias entrañas. Y que entonces tú comprendieses que debían condenarte y que en vez de hacerlo dilatasen cruelmente la sentencia, pero diciéndote antes que sería absolutoria. ¿Comprendes este infierno?

No; don José Antonio no comprendía nada. Miraba al cura viejo con los ojos desmesuradamente abiertos. Se atrevió a decirle:

—Pero Dios sabe que usted no merecía la condena.

Don Macario levantó la mirada y era desoladoramente gris. Dijo:

—¡Qué poco me consuela eso! Si fuera cuestión de pecados sabría que todo es muy sencillo. Levantarías tu mano y todo se habría concluido. Pero es algo mucho peor, hijo: con todas tus absoluciones no podrás devolverme un minuto de los que perdí. Y la gloria que debió darse a Dios y no se dio, se quedará perdida por todos los siglos de los siglos. ¿Cómo devolveré a las venas de Cristo la sangre que se fue inútilmente? Yo tenía una misión: llenar de fuego las horas de mi vida. Pues bien, esas horas irán rodando a lo largo de toda la eternidad, y rodarán vacías, dando vueltas y vueltas en torno a mí, sin que nadie, ¡ni Dios!, pueda llenarlas de sentido. ¿Llamarás a esto un cielo?

Don Macario se revolvió en el lecho. La respiración se le hacía fatigosa por minutos. Dijo:

—No sé si debía decirte estas cosas, pero comprendo que no me debo ir sin decírselo a alguien.

Le cogió de la mano y le acercó a sí.

Ahora le brillaban los ojos como si estuviese a punto de llorar.

—No he entendido a Dios en toda mi vida. Me he pasado años y años hablando de Él, pero sin conocerle. Hablaba de un fantoche, de un pobre ser invento mío, chiquito como yo. Un ser al que se podía querer y respetar, pero no amar ni servir. Para que los hombres le entendiesen, yo le empequeñecía sin darme cuenta de que un

Dios que cabe en una cabeza humana ha dejado para siempre de ser Dios. Yo hablaba de su ley, pero no de Él. Le traía a mis manos, porque hasta ahí puede llegar nuestra inconsciencia: a decir unas palabras creyéndonos que traemos el cuerpo y la sangre del pequeño Dios que nosotros inventamos, y que en realidad venga el gran Dios, que es el único existente, el único que merece la pena de que exista.

Aquí se detuvo. Don José Antonio notó que la palma esquelética de su mano se tensaba sobre la de él. Don Macario siguió:

—Sólo hace seis meses que conozco a Dios. Fue el día que don Melquíades me dijo que... me iba.

Volvió a detenerse. Hablaba convulsamente. Don José Antonio pensó que iba a romper a llorar.

—Cálmese —le dijo.

—¿Calmarme? ¿Para qué? Quizá cuando llegue el alba estaré definitivamente calmado. Óyeme e intenta comprender —casi gritaba ahora—. Han sido seis meses horribles: comprender a Dios y no tener el coraje de amarle. Él siempre acosándome con claridades desesperantes y yo dándole largas. Ah, no habría resistido yo seis meses de santidad.

Don José Antonio sintió que todo el cuerpo de don Macario vibraba bajo un calambre al pronunciar esta palabra. Movié los labios, pero el viejo se adelantó:

—Sí, déjame que pronuncie esta palabra: santidad. Hace seis meses que no me deja vivir. ¿Comprendes lo que es irse después de haberse dado cuenta? ¡Qué desgracia, no ser ciego, no poder serlo! Sólo el amor llena la vida de los hombres. Y en mi vida ni un solo acto de amor —gritó al decir esto.

—Tantas misas... —aventuró el joven.

—¡Por Dios!

Fue un grito.

Siguió un silencio largo. El reloj golpeó las tres de la mañana.

—Tantas misas...

Don Macario tenía los ojos iluminados y como a punto de llorar.

—Tantas misas...

Don José Antonio esperaba que rompiera en lágrimas, pero parecía haber una fuerza que le tirase de ellas como con unas bridas. Se oyó entonces golpear la puerta de la calle.

Marta asomó en la puerta. Dijo:

—Es Renato.

Don Macario movió bruscamente la cabeza.

—Que pase.

Lo dijo con un chorro de voz muy débil y don José Antonio sintió que la mano helada se ablandaba.

—Que pase —repitió.

Renato apareció en la puerta. Tenía en los labios una extraña sonrisa que desconcertó a don José Antonio. El curita joven se retiró unos pasos para ser espectador de la escena; por vez primera, después de todo lo sucedido, se encontraban aquellos dos hombres. El cura joven tuvo la sensación de que en aquellos meses Renato había envejecido. Tenía muchas canas, pero la mirada se había hecho luminosa y algo nuevo se escapaba de aquel traje de pana. Renato se acercó a la cama y ocupó el sitio que acababa de ocupar don José Antonio. Éste se había colocado al pie de la cama. Don Macario y Renato se miraban sin hablar. Al cura joven se le hacían eternos los segundos. Don Macario ahora parecía no hacer caso a Renato y había vuelto a sus obsesiones. Puso su mano entre las del guardavías y repitió:

—¡Tantas misas!

Y fue ahora cuando vino el llanto. Eran unas lágrimas suaves que se detenían un momento en los párpados y luego iban rodando hasta la almohada. Renato, en silencio, apretaba la esquelética mano. Ahora se dio cuenta don José Antonio de que también lloraba el guardavías. Pero no pudo precisar quién había empezado a llorar antes.

IX

MANUELA AGUZÓ los oídos. Sí, no había duda, estaban tocando. Sacudió el hombro de su marido.

—¡Lucio, Lucio, despiértate!

El sacristán gruñó, se revolvió en la cama y se dio media vuelta.

—Lucio, despierta, ¿no oyes que están tocando? El hombre volvió a gruñir. Dijo:

—Es pronto todavía.

Ella le agarró ahora por los hombros y le sacudió con fuerza.

—Que están tocando las campanas, te digo.

—¿Las campanas...? ¿Tocando las campanas...? ¿Quién?

—Eso es lo que yo digo. Lucio se sentó ahora en la cama.

—No puede ser.

—Escucha.

—Es verdad ¿Qué hora es?

—Aún no son las cuatro.

—¿Las cuatro...? No entiendo. ¡Y están tocando a misa! A estas horas...

—Vamos.

—Sí, vamos.

A medio vestir todavía salieron Lucio y Manuela a la calle mientras a derecha e izquierda se abrían las ventanas.

—¿Qué pasa?

—No sabemos; vamos a ver.

Sí, no podía haber la menor de las dudas: alguien tocaba las campanas, y alguien que además sabía tocarlas. El toque era perfecto: tan, tan, tan, tan-tan-tan, tan, tan, tan-tan-tan, tan, tan, tan-tan-tan. Perfecto. Lucio apretaba en el bolsillo la llave de la torre, la única que había en el pueblo.

Cruzaron las calles como si les persiguiera el diablo y en la plaza se les unieron otras dos mujeres.

—Habrán roto la puerta.

Pero la puerta estaba intacta y cerrada con llave. Comenzaron a subir las escaleras, que se hicieron más largas que nunca. Por un momento las tres mujeres tuvieron miedo y se detuvieron. Lucio gritó:

—¿No venís?

Y ellas, animadas por un extraño coraje, continuaron subiendo. En el piso segundo no había nadie, pero vieron claramente cómo se movían las cuerdas.

—Vamos, vamos arriba.

Continuó la escalada. Jadeaban los cuatro. Lucio fue el primero en llegar al rellano. Dijo:

—¡Oh...!

Y se detuvo en la puerta. Tras él aparecieron seis ojos de mujer.

—Nadie.

—Nadie.

—¡Milagro!

Y los cuatro se quedaron temblando en la escalera mientras las campanas, movidas por manos invisibles, se movían adelante y atrás, adelante y atrás, adelante y atrás. Manuela dijo:

—Renato.

Soplaba la brisa fresca y suave de la madrugada.

Renato había dicho:

—¿Qué se puede esperar de los niños sino que se ensucien?

Don Macario le había cogido una mano entre las suyas y la había apretado largamente.

—Pero yo había visto a Dios, ¿comprendes? Los demás... ¿qué saben de Dios en definitiva? Pero nosotros... Yo no tengo derecho a desilusionar a Dios. Los santos...

—Los santos... No creo que los santos *hicieran* ellos su santidad. A la hora de la verdad todos entramos por la puerta ancha... de la misericordia.

Don José Antonio se preguntó por qué decía esto Renato si no había escuchado su diálogo desde hacía días.

Don Macario dijo:

—Pero yo...

—No hable tanto de sí. Podría ser soberbia. Quizá...

Se detuvo. Don Macario levantó los ojos.

—Habla, habla sin miedo. No sabes el bien que me haces. Necesito la verdad, más que la vida. Decías que...

—Que quizá le asusta más el ser usted quien desilusiona a Dios, que no que Dios sufra la desilusión.

Don Macario abrió los ojos como si hubiera caído sobre ellos un chaparrón de luz. De luz dolorosa.

Renato se detuvo de pronto, riéndose.

—No sé por qué digo estas tonterías. Pero pienso que debía de estar usted contento de ir a la casa del Padre.

—Pero tengo miedo. Tengo miedo precisamente porque es el Padre. Si fuese sólo un juez, me castigaría, y en paz. Pero es un Padre. Créeme, Renato; si hubiese un tercer camino entre la vida y la muerte lo escogería para mí. No quiero vivir, porque ahora no tendría más remedio que ser santo. Y no tengo coraje, Pero tampoco me atrevo a morir, porque me da pánico el juicio. Ah, si fuera posible la aniquilación.

—No sé qué es eso. Pero no entiendo su miedo. En el juicio, yo pienso que, si

encuentra un solo céntimo, ya llenará Él lo que falte, que siempre será mucho. No sé cómo, pero lo llenará. Y aquí... siempre hay tiempo de ser buenos...

—¡Tiempo...!

—Sí, siempre hay tiempo. Basta un instante para decir: te amo.

—¿Y el resto de la vida?

Renato agitó la cabeza. Señaló a la ventana.

—Los árboles dan fruto en el verano. Si en un invierno de repente empezaran a pensar, todos se suicidarían. ¡Ah, sí; sería estupendo que diesen fruto en las cuatro estaciones!; pero...

—Dar fruto...

La cara de don Macario se contrajo dolorosamente. Estaba seca como un pergamino.

—Escúchame. Anoche me acerqué a la ventana y todo el pueblo estaba canceroso. Ni uno sólo está limpio. Ésa es mi vida. Treinta años corrompiendo este pueblo.

Gesticulaba nervioso con la mano derecha. Renato la apretó entre las suyas. Se sentó en la cama.

—Óigame ahora usted. ¿María está cancerosa...? ¿Por qué no se ha marchado ya con Sátrapa? ¿Y Nicolás, que no soltó una sola blasfemia al morir su mujer? ¿Y no era un ángel Pilar? ¿Y no lo son Sito y María Belén? ¿Y los que pecan y lloran porque pecan?

A don Macario le iba naciendo entre los labios la primera sonrisa. Se quejó como un niño:

—¿Y lo que pude hacer...?

—Usted no ha sido un santo. Y le duele no serlo. Quizá ya es bastante, ¿no?

Tras la ventana aparecían las primeras claridades del alba. Renato dijo:

—Todos somos chiquillos ante Dios. Pronto estará usted en sus brazos y Él cantará una nana para que usted se duerma y se olvide de toda esta mandanga.

—Gracias —dijo don Macario. Y se quedó en silencio. Renato había inclinado la cabeza, como si también él se sintiera arrullado por Dios. Don Macario levantó la cabeza.

—Renato.

—¿Qué?

—Dime: ¿no tienes miedo a Dios? Júrame que estás tranquilo, que no le temes.

—Oh, claro que le temo; desde luego que le tengo miedo.

—¿Y estás tranquilo?

—Sí, por eso, porque le tengo miedo. Hay que sufrir, siempre hay que sufrir.

—¿Sufres?

—Claro. Por eso soy feliz. Desde hace unos meses soy más feliz que nunca y es

por eso, porque sufro más que nunca, ¿comprendes?

—¿Pero Dios no te quema?

—Yo no sé teologías, señor cura, pero creo que sí. ¿Cómo podría estar tan alegre, si no?

El silencio se hizo ahora más largo que nunca. Don Macario dijo:

—Necesito pedirte un favor.

—Dígame.

—Quisiera decir una misa.

Renato le miró sin entenderle. Dijo.

—¿Y yo...?

—Renato —le cogió la mano entre las suyas—, no hemos hablado de ti, ni de tus cosas. Como puedes imaginarte, me lo han contado todo.

—Pero eso es agua pasada, señor cura. Aquello se acabó. Yo preferiría no volver a hablar de ello.

—Renato —las manos del cura temblaban—, necesito un milagro, necesito un milagro. Decir una misa. Y morirme. Quiero que mi vida le deje buen sabor de boca a Dios.

La mirada de Renato se hizo ahora más transparente que nunca. Agitó la cabeza.

—Imposible. Yo no sé. Y luego... pídaselo usted a Dios. Pero, sépalo: los milagros no son más que añadidos; en el fondo no sirven para nada de lo que nosotros esperamos. Hay muchos milagros: existir, amar a Dios, servirle. Ésos...

—Pero yo necesito decir misa. —Las lágrimas volvían a subir a los ojos del viejo. Renato le puso la mano sobre la cabeza y le acarició como a un niño. Dijo:

—Ésta es su misa: morir. Y hacerlo sin estruendo. Cumpliendo la voluntad del Padre y no la propia. Renunciar a una muerte elegante: ésa es su misa. La que dejará buen sabor en sus labios.

Don Macario levantó la cabeza.

—¿Tú crees...

Se incorporó nerviosamente.

—... que eso...

Le temblaba todo el cuerpo.

—... que eso...

Los ojos brillaban como los de un hombre que ha encontrado la solución.

—... basta?

Renato no habló. Dijo que sí con la cabeza. Los ojos de don Macario se levantaron hacia el techo. Cogió la mano de Renato, la apretó fuertemente. Dijo:

—Gra...

Y un temblor repentino le recorrió el cuerpo, que se derrumbó pesadamente sobre la almohada.

Renato gritó y don Melquíades se precipitó en el cuarto.

—De prisa. La inyección. —Agitó la cabeza—. Se nos marcha.

Don Macario se revolvía en la cama.

—Sí, ya voy —dijo sin abrir los ojos. Y siguió—: Me acercaré al altar de Dios y ya verás cómo madurarán los árboles.

—Delira —dijo don Melquíades. Renato se había puesto de rodillas. Don José Antonio había abierto el balcón, por el que comenzaba a verse algunas claridades. Don Melquíades se acercó con la jeringuilla cargada, pero se detuvo con ella en la mano, porque en aquel instante comenzaron a sonar las campanas. El médico y el cura se miraron.

—¿Tocan?

—Sí.

—¿A muerto?

—No, a misa.

—No entiendo.

—Yo tampoco.

Don Macario seguía hablando en su delirio:

—Júzgame, Señor, porque Tú sabes que te quiero. Como los niños en el patio que siempre tienen sed, debe ser verdad que todos estamos ciegos, ¿sabes? Como si hubiera fuego, ya me cansé de jugar, ya está; yo pecador, *beatam Mariam semper virginem*; podemos salir al patio si queréis... Marta, ¿vino el correo? Dile a mamá que espere que... *misereatur tui Omnipotens Deus*. Sí, hijo mío, no vuelvas a pecar. Los hombres ofendemos a Dios, queridos hermanos, y el breviario, nunca, nunca se acaba de rezar. Necesito un milagro. ¿Y la epístola? Este misal no tiene la epístola. *Sanctus, Sanctus, Sanctus*. Fuego... Hay fuego en esta casa. *Hoc est...* ¡Oh qué sed tengo! *Sanguis, Sanguis*. Dime, por favor, ¿sufres?, ¿sufres mucho? *Effundetur. Effun-de-tur*. Se me está olvidando todo, hasta el latín. ¡Qué ganas tengo de volver al seminario! Son demasiado largas estas vacaciones. Jesucristo de mi muerte, tú eres niño...

La luz se hacía más clara por minutos. Todo el pueblo estaba ya en pie, despertado por las campanas que no cesaban de tocar, y muchos se agolpaban ante la Casa parroquial.

—Ay, abrid las ventanas, quiero ver si estamos en verano. *Agnus, agnus Dei...*

La sala se había ido llenando de gente que escuchaba en el silencio más tenso que pueda imaginarse. Don Macario seguía hablando, pero ahora resultaba imposible entenderle más que palabras perdidas. Don José Antonio no se atrevía a leer la recomendación del alma por no romper aquel silencio y porque era inútil: don Macario ya no podía oír nada de este mundo.

Se había levantado un viento suave con la madrugada y un sol débil y tierno entró

por las ventanas.

Don Macario se calló un momento. Respiró fuertemente y luego dijo una frase de la que sólo pudieron entenderle estas palabras: «*Missa est...* primavera... dadme... el aro... el aro...»

En este momento las campanas de la torre callaron.

Renato se levantó y puso su mano sobre la frente del cura. Dijo:

—Decid al sacristán que toque a muerto.

Eran las diez de la mañana del sábado cuando, en dirección de las Angustias, apareció la primera nube que se veía desde hacía cuatro meses. Todo el pueblo volvió la vista hacia la colina mientras nacía una sonrisa en muchos ojos. La tierra estaba seca y dura y los carros levantaban a su paso un polvo agrio que ensuciaba todas las gargantas del pueblo.

Había en el cielo un sol recio, tormentoso, y los hombres y la tierra soñaban en la lluvia.

Pronto se vio que aquella nube no venía sola. Varias nubes blancas contorneadas de morado se acercaban al pueblo. A las once estaba todo el cielo cubierto de nubes, aún claras, pero que suavemente se iban oscureciendo.

La hora de la comida fue alegre en todas las casas. De un momento a otro vendría el estallido y luego el agua soñada.

A las cuatro las campanas de Torre sonaron a muerto. Era la hora del entierro de don Macario. Los vecinos habían pasado todo el día anterior velando el cadáver y se esperaba el entierro como uno de esos acontecimientos que provoca siempre la muerte de un cura en los pueblos.

—Me parece que nos mojaremos en el entierro.

—Con tal de que llueva me mojaría diez días seguidos.

La gente se había agrupado en torno a la Casa parroquial. Había mujeres que lloraban y niños que correteaban felices. Hasta la calle llegó el ruido de los martillos que claveteaban la caja. Abajo, las conversaciones se centraban en la lluvia.

La caja en que reposaba definitivamente don Macario era negra y dorada. Alguien dijo:

—Le vistieron como para decir misa.

—Tenía cara de reírse.

—¡Pobre!

Ahora se oían los zapatos pesados de cuatro hombres que descendían la escalera. Y fue en el momento preciso en que el cuerpo apareció en la puerta cuando brilló en el cielo el primer relámpago. Fue un relámpago agrio, seco. Como un trallazo.

—¡Ya está aquí!

Y un trueno largo y duro acompañó a toda una galería de sonrisas labradoras.

Se levantó un viento revuelto que hizo que todos se llevaran las manos a los ojos. Los remolinos de polvo cegaban. Siguieron varios truenos como el primero, más próximos cada vez a los relámpagos.

Alguien dijo:

—Que no toquen las campanas, no vayan a espantar las nubes.

Renato había subido a la colina de las Angustias, que estaba solitaria. Quería presenciar aquel entierro, pero no tenía el coraje de estar entre la gente. Le habían dicho que la mañana anterior las campanas habían tocado solas. Y todos se habían reído cuando él juró que no las había oído. No entendería nunca. ¿Por qué pasaban estas cosas? ¿Servía para algo el que tocasen las campanas solas? De hacer un milagro, ¿por qué no conceder a don Macario el gozo de morir diciendo misa? Esto era lo que había gritado Manuela, y Renato comprendía que tenía razón; pero lo cierto es que él no había tenido arte ni parte en aquel asunto. Él no había pedido ni un milagro ni otro; él había rezado, simplemente. Y ahora se admiraba de aquel fruto extraño. Algo así como si plantasen un manzano y el árbol fructificase regaderas. Decididamente, Dios le tomaba el pelo.

Fue entonces cuando estalló el primer trueno. Renato dijo:

—¡Oh, quisiera tanto que lloviese!

Tuvo miedo de indicar a Dios su voluntad.

—Me da una pena enorme el pueblo. Sería tan hermoso si...

Por la calle de las Monjas apareció la punta de la comitiva. Iban delante varias filas de niños que serpenteaban. Luego los monaguillos con sus sotanitas rojas daban la nota de color en la tarde plomiza. Cuando apareció la caja negra, llevada a hombros por cuatro mozos, Renato sintió una emoción que no pudo precisar si era de alegría o de tristeza.

—Señor, Tú sabes que te amaba —dijo—. Era un niño que se empeñaba en ser mayor. Ahora está en su sitio. Y sabrá lo que es la paz, tu dolorosa paz.

La comitiva avanzaba oculta casi por la polvareda. Renato presentía centenares de cabezas levantadas hacia un cielo que no acababa de reventar en lluvia.

Dijo casi a gritos:

—Señor, debe llover; compréndelo, debe llover.

Y de pronto sintió miedo de lo que acababa de decir. Añadió:

—Si es posible.

La puerta del cementerio giró y tras ella comenzó a desaparecer la comitiva como devorada por una enorme boca. Renato sintió en este instante una gran sensación de soledad. Como si le quitasen unos cuantos centímetros de la poca tierra que aún

quedaba debajo de sus pies.

Un relámpago larguísimo cruzó de punta a punta el firmamento; inmediatamente, un trueno pavoroso, como si toda la tierra se cascara, hizo taparse los oídos a Renato. Aunque él no supo que aquel trueno había coincidido con el golpe del primer terrón sobre la caja de don Macario. El guardavías dijo:

—Ahora.

Y a la vez que él, lo dijeron cuatrocientas gargantas allá abajo en el cementerio.

Pero fue entonces cuando se levantó un viento huracanado y los ojos dolientes de todos los vecinos de Torre vieron cómo en el cielo comenzaba a abrirse una gran franja azul, y que las nubes, como otra procesión apresurada, se alejaban del pueblo.

Hubo blasfemias en todos los labios y muchos escupieron a la tierra y pisotearon después su saliva. Renato, en las Angustias, agitó la cabeza de derecha a izquierda y vio cómo la procesión, confusa ahora y revuelta, descendía hacia el pueblo entre nubes de polvo.

A las seis de la tarde el cielo estaba tenso como una piel de tambor y no se veía una nube en muchas leguas a la redonda.

X

AQUELLA NOCHE no durmió casi nadie en Torre. La certeza de que ya no llovería había anidado definitivamente en todos los corazones.

La vieja había dicho: «Estaba escrito». Y luego de mucho silencio había concluido: «Los escritos de Dios no se borran con lágrimas».

Las mujeres miraban a los hombres con recelo. Adivinaban en sus ojos la victoria total del abatimiento. Otras veces los hombres blasfemaban o gritaban. Hoy, ninguno había hablado. Habían deglutido maquinalmente su comida con un gesto vacío de rumiantes. Luego se habían acostado sin hablar.

Su único gesto de seres vivos había sido una caricia nerviosa a sus hijos cuando fueron a darles el beso de la noche. Las mujeres habían refugiado su llanto en las almohadas. Sabían de sobra que la chispa más mínima podía hacer saltar los barriles del odio.

Quizá los ojos más cargados de odio aquella noche eran los de Sátrapa. Había vivido feliz el día anterior porque pensaba que una buena lluvia todavía podría salvar los kilómetros de viña que tenía entre Torre y Marzales. Una buena cosecha de uva podría suplir el fallo de los cereales. Para no perder al menos lo sembrado. Pero ahora se veía que el desastre iba a ser total, Y esto significaba para él muchos miles de duros.

No tuvo ni siquiera ganas de ir a ver a Matilde. Se sentó solo ante una botella de coñac y se pasó la tarde haciendo números y bebiendo sin descanso.

Sátrapa no era un demonio, sino simplemente lo que la gente llama un hombre listo. Sabía perfectamente a qué carta había que jugar en cada ocasión y una vez decidido ponía en el juego toda el alma, sin el menor de los escrúpulos.

Gordo y lustroso, llevaba siempre en la boca la mejor de sus sonrisas, y viéndole a uno le entraban ganas de dudar si será verdad eso de que los malos llevan siempre todas las de perder. Porque lo cierto es que, humanamente, le salían todas las cosas a pedir de boca.

Menos lo del hijo. Sí, esto le había fallado. Y había sido la mayor ilusión de su vida.

Sátrapa recordaba ahora su pasear nervioso en la cocina hasta la que llegaban los jadeos de María. No hacía aún un año que se había casado. Es verdad que nunca la había querido de veras, pero pensaba que desde aquel día, en que iba a hacerle padre, podría comenzar a quererla. Ella era quizá demasiado buena para él: siempre en su plan sumiso de criada y casi de mártir.

Su hijo se llamaría César, como él. Ah, sería un buen mozo. ¡Qué orgullo poder poner en sus manos el capital mayor del pueblo, casi todo cuanto abarcaba la vista! Le transmitiría también el mote que ya había recibido él de su padre: «Sátrapa».

Paladeó la palabra como el más ilustre de los apellidos.

Vio salir precipitadamente a la comadrona.

—¿Pasa algo?

—No va bien.

Y la mujer desapareció por la escalera.

Sátrapa recordaba todo esto ahora con la más absoluta precisión en los detalles. Cómo quiso entrar en el cuarto en que gemía su mujer, y cómo don Melquíades se le cruzó en la puerta.

—No, no pase.

La comadrona había vuelto a entrar con un bulto bajo el brazo.

—¿Qué es lo que pasa?

—No se ponga nervioso. No pasará nada.

Se cerró la puerta al mismo tiempo que se oía un grito de María. Luego, un jadeo. Luego, silencio. Sátrapa se apretó sudoroso a la puerta. Aplastó el cigarro con el pie. Pensó: «Ha muerto». Y se dio cuenta de que comenzaba a querer a su esposa.

Se abrió la puerta. Dijo don Melquíades:

—Por fin.

—¿Murió?

—No. Una niña.

Sátrapa se llevó una mano a la frente. Sudaba. Dijo:

—¿Una niña?

—Sí.

Don Melquíades volvió a entrar y cerró de nuevo la puerta. Sátrapa se sentía desilusionado; esperaba otra cosa. Alguien dijo a su lado:

—Siempre es mejor empezar por una niña.

Él dijo:

—Sí, quizá.

Don Melquíades tardó todavía un cuarto de hora en salir.

—Tiene que estar agradecido a Dios.

—¿Pues...?

—María está viva por milagro. La niña venía muy mal. Y... me temo que sea un poco deforme.

Sátrapa sintió dentro de sí un movimiento de odio hacia su mujer. Se preguntó por qué, pero no supo explicárselo. Sólo lo entendió cuando, al día siguiente, el médico le dijo que aquel parto había sido el último que tendría su mujer. Y fue entonces cuando Sátrapa se sintió definitivamente lejos de María. Además, la deformidad de la niña iba acentuándose según crecía. Primero había sido sólo la pierna izquierda torcida y más corta que la derecha. Luego, quizá a causa de aquel andar bamboleante, la deformidad se había marcado en su espalda hasta terminar en una notable chepa.

También el rostro de la niña parecía prematuramente envejecido, con la nariz cayendo sobre los labios. Únicamente los ojos de María Belén eran hermosos. Chiquitos y vivos, tenían sobre todo un temblor y una transparencia que iluminaban con mirar. Pero Sátrapa no era quien mejor podía gustar de la pureza de una mirada.

Y así había comenzado a separarse de su casa. Al principio sus visitas a la capital menudeaban más de lo debido. Ahora, Matilde.

También aquel parto fallido le cambió en cuestiones económicas. Lo que antes era un legítimo afán por dejar un porvenir a su hijo, se convirtió en un sórdido deseo de ser el amo del pueblo. No era un avaro, ni siquiera le importaba tener más o menos dinero; su único afán era tener más que los otros, saber que a última hora todos tendrían que acudir a él.

Por eso su postura ante los sucesos del pueblo era totalmente distinta de la de los demás, de la del tío Lucas por ejemplo. Es verdad que él era el que más perdía con la sequía, pero a él le dolían más los milagros que la falta de lluvia. No era lo peor el trigo perdido, sino comprobar que el centro del pueblo se había desplazado de él a Renato. Le dolía sobre todo la humillación recibida el día de lo de la cruz.

No podía olvidarlo por más que se esforzaba. Se veía de rodillas ante él, soportando sus insultos, sin saber qué contestar. ¿Qué le había pasado? ¿Por qué no había sabido reaccionar en aquel momento? Recordó cómo aquella noche no consiguió dormir, cómo se pasó horas y horas intentando construir una respuesta, la que debía haber dado aquella tarde, sin lograrlo. Había rebuscado en su memoria algo que reprochar a Renato, pero no había encontrado nada. Y fue entonces cuando hizo el gran descubrimiento, lo que le llenaría de odio hacia Renato mientras viviera: fue el advertir que el guardavías era la única persona en el pueblo que no había dependido nunca de él, que no le había pedido ni el más mínimo favor. Esto era lo suficiente para que él se sintiera como destronado; alguien en Torre vivía como si él, Sátrapa, no existiese.

Aquella noche había deseado con toda su alma que Renato necesitase algo de él. Hubiera dado toda su fortuna sólo por ver a Renato de rodillas ante él pidiéndole un favor cualquiera, algo, aunque fuera una cerilla para prender un cigarro. Se lo daría todo aunque le pidiera la vida, pero antes le haría rogar, le escupiría...

Esto había pensado la noche del milagro de la cruz. Ahora se maldecía de nuevo, porque aquella ocasión tan acariciada se había presentado sin que él la supiera aprovechar. Fue cuando lo de las medicinas para Pilar. ¿Cómo no había realizado aquel día sus sueños? Renato había estado allí, ante él, humilde, pidiéndole unas pesetas. Sátrapa se maldecía por haberse negado tan rápidamente. Casi le había expulsado de casa sin verle. Y es que ante Renato se sentía vencido, cohibido, y su momentánea cólera sólo había sido el medio de ocultar su pánico.

Ahora se daba cuenta de que cada día el pueblo iba centrándose más en Renato,

que en todas las ocasiones los pensamientos de sus paisanos se iban hacia el guardavías. Comprendía que la gente no quería dinero, sino prodigios. Que aunque él hubiera abierto las puertas de su casa, el pueblo hubiera seguido yendo a pedirle milagros a Renato. Decía:

—No me conozco a mí mismo. Estoy viejo. Me estoy haciendo viejo.

Y comenzó a necesitar demostrar su fuerza. Se complacía insultando a su mujer. La gozaba viendo sudar a don Sebastián, aquel alcalde que él había hecho nombrar precisamente porque era el hombre más débil y manejable del pueblo. Y apretaba a sus deudores, a la vez que alardeaba de lujo.

Un día, Matilde lucía en el paseo un nuevo reloj de oro y todo el pueblo comentaba:

—Le ha comprado un reloj de oro.

—Le ha comprado un reloj de oro.

—Le ha comprado un reloj de oro.

Otro día entraba en el pueblo la nueva trilladora; una trilladora que este año era perfectamente inútil, pero que demostraba al pueblo que él seguía fuerte todavía.

«Aunque tenga que empeñar el alma, la compro», había pensado.

Y cuando acudían a él los labradores para pedirle préstamos sacaba a relucir la mejor de sus sonrisas. Les hacía pasar a aquel despacho absolutamente inútil en la casa de un labrador y que él había comprado para impresionar a los palurdos. Les hacía sentarse en una de las inmensas butacas en las que los pobres hombres se sentían más hundidos aún. Encendía despaciosamente un puro. Daba una chupada larga. Decía:

—¿Cuánto?

Y sólo cuando los labradores contestaban: «Pues verá usted, con esto de Renato...», comprendía que toda su pompa era inútil, que todo su dinero no valía ni un céntimo y que aun cuando el pueblo iba a ponerse de rodillas ante él, tenía el pensamiento puesto en Renato.

Por eso esta noche, Sátrapa no podía dormir. Apretaba los dientes y decía:

—¡Es preciso deshacerse de él! ¡Como sea!

Tampoco Magdalena podía dormir aquella noche. Jamás había estado tan nerviosa. No conseguía situar en su cabeza tantas ideas. Recordó el mensaje que había enviado a Rodrigo: «Esta noche, a las dos. En la trasera».

Sí, no había más remedio. Si amanecía en casa al día siguiente, todo habría terminado para ella. Su madre había dicho:

—Mañana iremos a la capital.

No había dicho para qué, pero ella había comprendido de sobra. Su madre había pasado muy preocupada los días anteriores y había pedido dos conferencias a Irola. «Creo que quiere... que me quiere quitar esto y luego encerrarme en un colegio.»

Rodrigo se había puesto rojo: «Antes la mato a ella». Y luego, más tranquilo: «Huiremos; creo que no hay otra salida». Ella había inclinado la cabeza.

Ahora acariciaba aquella vida que llevaba en sus entrañas. «Querían matarte», dijo, casi en voz alta. Y sintió que las lágrimas subían a sus ojos. En el reloj sonaron las once de la noche. ¿Resistiría despierta hasta las dos? Su madre dormía delante y no la oiría si salía al patio.

Era noche clara y en el cielo brillaba una luna casi llena. Magdalena pensó: «¿Qué haremos en Madrid?». No había conseguido hacerse con mucho dinero. Tenía el reloj de oro de su difunto padre, tres cubiertos de plata y unos pendientes suyos. Pensó: «¿Cuánto valdrá todo esto?». Rodrigo tendría algún dinero más. «Ante todo salvarte», dijo a lo que llevaba en las entrañas. Los minutos se hacían interminables.

Rodrigo lo estaba pasando aún peor, y Magdalena hubiera sufrido si hubiera conocido la verdad. El muchacho tenía diecinueve años y estudiaba segundo de Derecho en la Universidad de Valladolid. Era el primero de una serie de ocho hermanos y durante el verano le tocaba a él ser el que pasaba unos meses con los tíos, que ayudaban a su padre a llevar adelante a su batallón. Había conocido a Magdalena en la iglesia el verano anterior y habían estado escribiéndose por medio de una amiga durante todo el curso anterior. Este verano les habían venido bien las abundantes visitas de doña Julia a casa de don Ricardo para poder verse ellos a su vez. Rodrigo hubiera querido para sí un noviazgo normal, pero aquella tarde en que la muchacha se había rendido entre sus brazos no había sabido lo que hacía. Ahora tenía el corazón en continuos sobresaltos, sobre todo desde el día en que ella le había comunicado que esperaba un hijo. A veces se decía que odiaba a la muchacha, a veces daría la vida por ella. Cuando estaba a su lado la quería con una ternura casi paternal; cuando estaba lejos hubiera huido del pueblo sin volver a saber de ella si su honradez no le hubiera detenido.

Aquella noche, después de la cena, su tío le había llevado a su cuarto.

—Vamos a ver, Rodrigo, ¿qué te pasa? Estás como tonto desde hace un mes.

Rodrigo se lo había contado todo y entonces su tío se había cansado de pegarle bofetadas, luego le había empujado al cuarto ropero y lo había cerrado con llave.

—¿Pero qué ha hecho el chico? —había oído preguntar a su tía.

—¡Métete en tus asuntos! —había gritado su tío.

Rodrigo, lloroso y agitado por la paliza, se había dejado caer sobre un baúl sin saber qué pensar. Por su cabeza desfilaron las ideas más disparatadas, siendo la del suicidio la que por más tiempo le rondó. Se sentía casi un personaje de drama romántico.

Pero al fin su decisión fue mucho más prosaica, motivada por el hallazgo de un cajón semilleno de botellas de coñac. El coñac le repugnaba, pero pensó que

emborracharse sería la única manera de dormirse. Tuvo que empujar el corcho hacia dentro con los dedos después de destrozarlo con una punta. El primer trago —lleno de trozos de corcho— le quemó la boca y la garganta. Siguió bebiendo como quien toma una purga.

Habló en voz alta:

—Perdóname, Magdalena.

Quiso imaginarse lo que haría la muchacha cuando dieran las dos y él no llegase. Siguió bebiendo. Se sentía contento y se rió de sus proyectos de suicidio. Dijo: «Hubiera tenido que escribir una carta al juez». Bebió de nuevo. «Lo siento. Aquí no hay papel.»

Cuando dieron las doce —la botella más que mediada— Rodrigo dormía sobre un arcón con una manta doblada bajo la cabeza.

Hasta las tres de la mañana no lloró Magdalena. Los sesenta minutos entre las campanadas de las dos y las de las tres se le hicieron sesenta eternidades, pero la esperanza le mantenía las lágrimas. A las tres la esperanza se derrumbó y con ella se vino abajo la serenidad de la niña. Se sentó en un caldero que había boca abajo en el patio, y se dejó llorar. Su cabeza estaba vacía y no podía ni pretendía imaginarse lo que le habría pasado a Rodrigo. Sólo sabía que no había acudido a la cita decisiva. Dejó caer la cabeza entre las manos y se quedó como petrificada. Y ahora los minutos pasaron a toda velocidad, como si quisieran recobrar la lentitud de la hora anterior. Magdalena no se atrevía a moverse, no se atrevía a ir a ningún sitio. Estaba allí, con la cabeza vacía, sin lágrimas ya.

Cuando el reloj del Ayuntamiento dio las cuatro de la mañana, Magdalena dijo: «El tren». Y como si estuviese movida por una mano invisible cruzó la trasera de la casa mientras pensaba: «No hay otro remedio».

Se acarició el seno. Dijo: «Perdóname lo que voy a hacerte. Pero debes comprenderlo; es lo único que queda. Aquí no se puede vivir. ¿Quién sabe lo que pasaría mañana? Tú no habías nacido para la tierra, hijito». Saboreó la palabra «hijito». Luego dijo: «Perdóname. Tienes que perdonarme. Yo tampoco sabría vivir sin ti. Allí... estaremos juntos».

Caminaba sin darse cuenta de las calles que cruzaba. Un perro ladraba insistente a la luna. Quiso pensar en Rodrigo, pero no pudo. Era como si la hubiesen vaciado la cabeza. Dijo:

—No quiero ir a un colegio.

Cuando llegó a la vía se preguntó cómo habría que hacer para que el tren la matase. Había leído muchas veces en los periódicos que la gente se tiraba al tren, pero ahora no conseguía imaginárselo. Le parecía ridículo ese ponerse tumbada en la vía a esperarle. No podía hacerse a esa idea.

El reloj del pueblo tocó las cuatro y cuarto.

—¿A qué hora pasará?
Comenzó a caminar por la vía.

Renato se despertó sobresaltado. ¡Aquel llanto de niño...! Oía con toda claridad un llanto de niño. Aguzó el oído. No cabía la menor duda. ¿Un niño llorando por aquellos alrededores? Si la casa más próxima distaba más de un kilómetro... Y aquel llanto de niño venía de muy cerca. Se aproximaba.

Miró el reloj: eran las cuatro y cuarto. Se levantó.

—Hola, pequeña.

Magdalena le miró sorprendida, casi sin conocerle.

—Bonita noche, ¿verdad? Hoy da gusto mirar a las estrellas.

La muchacha permanecía callada. Ni siquiera se había extrañado de verla allí a esas horas... No le había preguntado nada... Quiso ver en la cara de Renato segundas intenciones. Tuvo miedo un instante.

—¿Nunca te enseñaron a jugar a las estrellas?

No contestó.

—Te enseñaré. Verás. Es muy divertido. Siéntate aquí.

Se sentó junto a él, apoyando la espalda en su caseta. Se sentía más tranquila.

—Se conoce la suerte mirando a las estrellas. Hay un cantar. Verás. No acierta nunca. Pero es divertido.

Magdalena comenzaba a sentirse bien junto a aquel hombre a quien nunca había hablado. Él comenzó a canturrear señalando a las estrellas.

*Caballo de la muerte,
caballo de la vida,
si dices mi futuro
te doy la bienvenida.
Caballo de la muerte,
caballo de la vida,
si paras en Orión
baraja de desdichas;
si paras en el Carro
o en las Avemarías,
me casaré muy pronto
con una guapa chica;
si paras en el Marte
me toca lotería,
y si en Vega, me muero
de doble pulmonía.*

*Caballo de la muerte,
caballo de la vida,
adónde pararás,
adónde pararías.*

—Paró en Vega; mira, en Vega. ¿Sabes que me moriré pronto?

Se rieron los dos.

—Te la echo a ti ahora.

Magdalena rió. Renato volvió a canturrear:

*Caballo de la muerte...
...adonde pararías.*

—En el Carro, en el Carro paró. ¿Qué es, qué es el Carro? —preguntó Magdalena.

—Te casarás muy pronto con una guapa chica. Volvieron a reír. Fue entonces cuando sonó cercano el mixto. Magdalena pensó: «El tren, el tren. ¿Qué tenía que hacer yo en el tren?»

—Espera, doy el paso al mixto.

El tren pasó haciendo temblar las vías, la caseta y el banco en que estaba Magdalena sentada.

Cuando el tren pasó, Renato vio que la muchacha tenía la cabeza inclinada sobre el hombro.

—¿Te duermes?

Magdalena levantó lentamente la cabeza. Dijo:

—Tengo un sueño...

—Ven —dijo él—, dormirás en mi caseta.

Pasó el exprés iluminando el rostro cansado de la muchacha.

XI

AL MEDIODÍA de aquel domingo de septiembre el pulso de Torre no estaba normal. Habían sido demasiados los sucesos del día anterior y el pueblo no había tenido tiempo de digerirlos aún: la muerte de don Macario y los rumores que corrían de su conversación con Renato, la inútil tormenta de la tarde anterior, y ahora las extrañas circunstancias que envolvían la desaparición de Magdalena.

Doña Julia se había levantado a las diez. Se desperezó y desde su mismo cuarto gritó:

—Magda, Magdita. Son las diez.

Pero no contestó nadie. Al ver la cama deshecha y vacía pensó: «Habrà ido a misa pronto. No la he oído». Se arregló, canturreando la última canción de Mario Costa. Tiró encima de una silla la colcha y las sábanas y luego se acercó al balcón.

Fue entonces cuando vio la puerta de la trasera abierta. Instintivamente se llevó la mano al bolsillo de la bata. La llave no estaba allí. La llenó de extrañeza. Bajó a ver, no hubiera entrado alguien, y al pasar por el comedor vio abiertos los dos cajones de la consola. Faltaban los cubiertos. ¡Habían robado!

Y cuando iba a correr, gritando, hacia la calle, vio un papel encima de la mesa. Decía sólo: «Adiós, mamá».

Por unos instantes no comprendió. Pero pronto la realidad entró en ella como una invasión de luz arrolladora. Y tembló. Cerró los cajones y se dirigió hacia el Ayuntamiento.

A las diez en punto salió don José Antonio al altar. No pudo reprimir una ojeada a la iglesia, que estaba más vacía que nunca. La deserción en masa de los hombres se había ido acentuando a lo largo de los domingos que habían seguido a los milagros. También las mujeres habían comenzado a disminuir y aquel día los asistentes llenaban malamente los doce bancos de la nave derecha.

Era una extraña iglesia, con dos naves. Según parece, el proyecto fue hacerla de tres, pero el dinero se había acabado a media construcción y hubo que darle fin de cualquier manera.

Y resultaba que no se sabía cuál era el centro de la iglesia, pues las dos naves tenían la misma importancia.

Don José decía la misa en la de la derecha, en un horrible y reluciente presbiterio. Sin embargo, el curita estaba orgulloso de él. Amaba la limpieza y por eso a la hora de arreglar la iglesia —los cuartos habían salido de los fervores de la maquilera—, él había pensado que nada mejor que dignificar el altar y el presbiterio. Así había retirado el antiguo altar barroco de madera y lo había sustituido por una horrible imitación del gótico hecha en mármol. Además había puesto de baldosines relucientes el suelo y el zócalo del presbiterio, con lo que todo él tenía un curiosísimo

aire de cuarto de baño.

Don José Antonio, no obstante, creía tener buen gusto. En sus años de seminario se había esforzado por seguir los movimientos artísticos del día y hasta se preciaba de tener en su biblioteca las últimas escandalosas novedades de la literatura religiosa. Pero la verdad es que toda esta capa externa no conseguía adosársela a su espíritu, que seguía siendo el del hijo de la *señá* Clotilde. El aldeano surgía siempre al fondo de todas sus decisiones.

Había salido del seminario con verdaderos deseos de trabajar y lo había cumplido. En San Martín del Río podía ya notarse el cambio que producían sus esfuerzos. Más tarde le habían encargado de Torre, y desde entonces había sido cura más de la carretera que de los feligreses de uno y otro pueblo, pues él y su «bici» se pasaban la mayoría del tiempo rodando por el infernal camino polvoriento. Su sueño de tener una moto no llevaba demasiado camino de realizarse mientras tuviera que vivir malamente con el miserable sueldo que cobraba.

Cuando subió al altar tuvo que llevarse las manos a los ojos para restregárselos. Había dormido realmente poco. Recordó entonces la carta que llevaba en el bolsillo. Le preocupaban las consecuencias que traería, pero sabía que aquélla era su obligación. Cosas como las que estaban sucediendo en Torre no podía ignorarlas el obispo.

«Hasta ahora —pensó— el responsable era don Macario. Ahora soy yo.» Y en el ofertorio pidió a Dios que le ayudase en su difícil papel.

«Tantas misas.» Recordó la agonía de don Macario. Dijo: «Señor, que nunca tenga que decirte yo eso». Y su corazón de aldeano, quizá vanidoso, pero lleno de auténtico amor, se elevó al Altísimo.

A la hora del círculo estaban las mismas que meses antes, a excepción de Pilar, que contemplaba ya todo esto desde el cielo.

Cuando don José Antonio dijo que no podía quedarse en el círculo porque le esperaban en San Martín para un bautizo, las siete mujeres casi se alegraron, pues lo que realmente querían era charlar para desahogarse y temían que don José Antonio les endilgase toda la explicación del Evangelio. Sólo María la mártir lo sintió: ella escuchaba siempre la palabra de los sacerdotes con un respeto casi sobrenatural.

Manuela dijo:

—¿Vosotras entendéis lo de don Macario? Llamar a última hora a ese...

—Si no sabemos para qué le llamó... —quiso endulzar María—. Don Macario no era un niño.

—Pero sí era un raro. Y últimamente estaba insoportable.

—Yo no sé qué hubiera dado por asistir a su encuentro. La pena es que Marta sea tan sorda y no se enterase de nada.

—Y luego lo de los campanas...

—Eso es brujería. ¿Tú te imaginas a Dios tocando sin más ni más las campanas cuando para eso están los sacristanes? Que hubiese curado a don Macario o algo así, pero...

—Que hubiese hecho romper la tormenta de ayer.

—O convertido a todos los ateos del pueblo.

—Eso, que hubiera convertido a... —Se detuvo antes de decir el nombre de Sátrapa—. A todos los ateos del pueblo.

—Y pensar que al principio creíamos...

—¿Al principio? —aventuró María—. No ha hecho nada malo para que ya no creamos en él.

Saltó la maquilera:

—¿Nada malo? ¿Y la sequía?

—No la hizo él.

—Pero pudo evitarla. Le bastaba con pedirlo.

—¿Qué sabemos... nosotras?

Hubo un silencio. Dijo la chiquinina azul:

—Hubiera sido tan bonito...

—¿El qué?

—Imaginaos que hubiera hecho muchos milagros, y que hubiera venido gente de muchos pueblos, y trenes, y coches... y...

—Y hubiera sido como Lourdes.

Aquí la maquilera era autoridad. Había estado en Lourdes y alardeaba de ello como si el pueblo francés fuese hijo suyo. Les había contado ya mil veces todo lo que en Lourdes había visto, más el nuevo detalle que inventaba en cada narración. Esta vez dijo sólo:

—Como Lourdes...

E intentó imaginarse la basílica francesa plantada en la laguna y todo el pueblecito lleno de tiendecillas de rosarios y medallas.

Y como si el pensamiento saltara de cabeza en cabeza, todas se imaginaron lo que Petra les había enseñado en aquella ristra de fotos que se abría como un acordeón.

Fue entonces cuando Lucio entró en la sala y dijo desde la puerta:

—¿Sabéis lo que ha sucedido?

Y les contó la desaparición de Magdalena y el mar de lágrimas en que doña Julia se había convertido.

—Le está bien empleado, por estúpida. Lo sabía todo el pueblo menos ella.

—¿El qué?

—Que la cría se entendía con Rodrigo. Y yo hasta juraría que...

—¡No! —gritó María—. ¡Ese ángel...!

—¡Caído del cielo...! Si estaban todo el día besuqueándose...

—Pero ella era buena.

—¿A qué demonios llamas tú ser buena? ¿Crees que puede hacer más el demonio?

María intentó contestar, pero no supo qué. No entraba en su cabeza la comparación de Magdita y el demonio.

—Y su madre, otra que tal... ¿Qué se cree, que no sabemos que se las entiende con el farmacéutico?

—Mirad.

La chiquinina se precipitó a la ventana.

—Allí van.

Fueron varias las ventanas que se abrieron.

Doña Julia, escoltada por el alcalde y el farmacéutico, se dirigió a la estación. Allí no sabían nada de la muchacha.

—Desde luego, aquí no montó. Como no fuese a Marzales a coger el mixto de las cinco...

—Y si hubiese ido a...

—Nadie roba cubiertos para ir a suicidarse.

—Si fue a Marzales a coger el mixto, pudo ser que la viese el guardavías. Sobre las cuatro suele estar levantado...

—No consigo dormir —había dicho Magdalena.

—Inténtalo, anda.

Renato estaba sentado en un rincón del cuarto bajo un ventanuco tapado con una tela de saco. La niña yacía enfrente, en la cama de él. No paraba de dar vueltas.

—Siento no tener una cama mejor.

—No es la cama.

Hubo un silencio. Luego la muchacha dijo de repente:

—Iba a suicidarme, ¿sabes?

—Sí; deja eso ahora.

—Estaba... en pecado mortal.

—¿Quién sabe eso?

Magdalena se incorporó en la cama. Le brillaban los ojos. Gritó:

—¡Dime que me hubiera salvado!

Renato agitó la cabeza de derecha a izquierda. Sonrió.

—¿Cómo quieres que sepa yo eso?

Magdalena apretó la cabeza contra la almohada. Sollozó.

—No te angusties. De eso sabemos tan poco... Que Él castiga, pero también que comprende, que...

—Pero yo... Espero un hijo, ¿sabes? Y quise suicidarme... Decía esto con

naturalidad, como si contase una travesura.

El tono se quebró luego. Dijo:

—Hubiera sido mucho mejor morir. ¿Por qué no me dejaste... terminar?

Renato tenía la cabeza hundida entre las manos. Por el ventanuco comenzaba a entrar la claridad del día. Dijo:

—Eso hubiera sido lo peor. Un pecado de orgullo.

—Yo sólo quería defender a mi hijo.

—Es así como se le defiende. Con esas lágrimas. Habían comenzado a correr lentamente por sus ojos. Era un llanto tímido y humilde. Imploró:

—Dime que tú al menos no me juzgas mala.

—¡Qué niña eres! —Él se rió. Se acercó a ella. Le pasó la mano por las trenzas.

—Estoy tan cansada...

—Vamos, acuéstate. E intenta dormir.

La tapó con mimo. Se quedó mirándola. Ella dijo en voz muy baja:

—Tengo miedo.

—No te preocupes. Yo estaré contigo.

Doña Julia gritó al ver sobre el banco del guardavía el paquete en que se marcaba la forma de los cubiertos. Y cuando levantaba la mano para golpear con los nudillos la puerta, ésta se abrió.

—Sí, aquí está.

Y luego:

—Callen; está dormida.

Aquella mañana la taberna estaba concurrida como en los grandes días. El Moro arrastraba su pata coja de un lado a otro del mostrador, sin dar casi abasto a las peticiones. El tío Lucas pontificaba en un rincón. La tormenta de la otra tarde... ¿Quién iba a decir que todo quedaría en cuatro truenos? El nombre de Renato salía de vez en cuando en las conversaciones y dejaba siempre un sabor amargo en las bocas. Era la crecida del odio. Todas las blasfemias contenidas y aun las dichas se iban almacenando en el fondo de los corazones. Aquello tenía que reventar por algún sitio o morirían de asfixia. Pero ¿qué se ganaba con desesperarse? Si se tratara de partir una peña, sacarían las fuerzas de donde fuera. Pero lograr la lluvia no era partir una peña. ¿Eliminar a Renato? Si con eso se lograra algo...

Entró Sátrapa y las miradas se volvieron a él. El Moro se precipitó a servirle.

Sátrapa apuró un coñac doble. Alguien le puso la mano sobre el hombro.

—Hablamos de Renato. Tú, ¿qué piensas?

El ricachón preparó una sonrisa irónica. Dijo:

—Que esto acabará mal.

Y hubo sonrisas en toda la taberna.

La cocina de Manuela humeaba cuando una mano golpeó en los cristales. Era Carmela.

—¿Te enteraste? ¡Qué escándalo!

—¡Quién lo iba a decir...!

—Ésta es la definitiva. Dime con quién andas...

—Amparar a esa...

—¡Adonde podíamos llegar!

—Esto es todo del demonio. Y dicen que se va a quedar a vivir con él.

—¡So puerco!

—Y doña Julia dice que no quiere volver a verla.

—Desde luego, si una hija mía...

Lucio gritó desde el comedor.

—¿Viene el cocido o no?

Manuela dijo, cerrando la ventana:

—¡Caray, qué pulgas gastas!

Y entró con el cocido humeante.

—¿Quién era?

—La Carmela.

—¿Qué decía?

—De Renato. Yo lo dije siempre: esto es del demonio, todo del demonio. Y pensar que la maquilera decía que esto podía haber sido como Lourdes...

Lucio se la quedó mirando.

—¿Eso dijo?

—La ves. Y que vendrían turistas y enfermos de toda España.

Lucio rió.

—¿Sabes que... no estaría malo eso? Podríamos...

—¡Si es del demonio!

Lucio se había quedado pensativo. Dijo:

—Hágase el milagro aunque sea del diablo.

Y Manuela no entendió por qué sonreía su marido.

Era media tarde cuando Sátrapa se paseaba por las eras desiertas. Caía el sol de pleno, un sol otoñal, pero recio aún. El ricachón se pasaba sin descanso el pañuelo por la calva. Intentaba pensar en Matilde, pero no conseguía que este pensamiento le agradase. ¡Con aquel aire pesado! Llegó a su era y se sentó junto a la casa de los aperos en un banco de pizarra. Las demás eras estaban desiertas y Sátrapa se quedó contemplando su trilladora inútil. Perdió la noción del tiempo.

—Hace calor, ¿eh?

Delante de él estaba un muchacho joven que no reconoció. Sátrapa se sintió

molesto porque se le había escapado un gesto de susto al oír su saludo. Contempló al muchacho. Vestía un pantalón gris y chaqueta de pana. Tenía un pelo casi rojo y algunos mechones le caían sobre la frente. De vez en cuando sacudía la cabeza para levantarlo, pero al poco tiempo los mechones volvían a caer sobre la frente. El muchacho se sentó junto a él sin decir palabra y Sátrapa se admiró de esta familiaridad, tanto más cuanto que él no le conocía. Pensó: «No debe ser del pueblo». El muchacho dijo:

—Mal año, ¿eh?

Y Sátrapa.

—Ya.

—Y todo por culpa de ese...

Sátrapa miró al muchacho en los ojos, que eran extraordinariamente brillantes y se movían sin descanso. «¿Cómo sabía éste si...?»

—¿Eres del pueblo?

—No.

—Ya.

Hubo un silencio. El muchacho dijo:

—Lo que no sé cómo le resistís.

—¿Qué diablos quieres que hagamos?

La sonrisa del muchacho se acentuó ahora.

—Eliminarle. Y listo.

—¿Eliminarle? Si eso arreglase algo...

—¡Quién sabe! Quizá lo arregle todo.

Se calló unos momentos. Luego dijo:

—En mi pueblo no hubiera durado ni un mes.

—¿Tu pueblo?

—Sí, lejos. Oh, no es difícil liquidar a un tío.

—Expuesto.

—Expuesto, si se lo carga uno a ojos vista. Pero un hombre aparece muerto en un camino. Todos le odiaban. No se puede saber quién le mató. Pudo ser cualquiera. El juez molesta un poco al principio. Luego se pone nervioso. Se amontonan papeles y papeles. Hasta que el juez se olvida.

—Ya. Es fácil decirlo.

Fue entonces cuando por la otra punta de la era apareció una niña que corría hacia ellos. El joven dijo:

—Tu hija.

Sátrapa reconoció la cojera de María Belén.

La niña llegó sudorosa.

—Que madre se cayó de la mano jera. Que se muere. Que vayas.

Sátrapa se quedó un segundo inmóvil. Luego se echó a correr sin decir palabra. A mitad de camino se preguntó cómo sabía el desconocido que aquella niña era su hija. Volvió la cabeza y vio a la niña que intentaba seguirle arrastrando la pierna. Pero ya no vio al muchacho. Sátrapa se encogió de hombros y aceleró el paso. Le bailaba la tripa con la carrera.

María Belén no podía más y se sentó en una piedra. Luego volvió a andar en dirección a su casa. De pronto —y sin saber por qué— cambió de ruta y se dirigió a casa de Renato.

XII

DABAN LAS SIETE cuando Renato cruzó el umbral de la casa de Sátrapa. Se detuvo para pasarse por la frente la manga de la chaqueta. Fue entonces cuando se dio cuenta de que alguien había venido corriendo detrás de él. Era Matilde. Renato la miró de arriba abajo y si alguien hubiera contemplado aquella mirada habría visto en ella la mayor misericordia junto a la más honda dureza. Pero aun aquella misericordia era fría, porque se sabía inútil. Ella le asió de un brazo.

—¿Dónde vas?

Renato se quedó desconcertado, pues no sabía realmente adónde iba. La niña le había dicho que su madre se moría y él se había echado a correr sin pensar siquiera adónde iba. La mujer insistió:

—¿Qué vas a hacer?

Tampoco esto se lo había planteado Renato. ¿Qué iba a hacer? O mejor: ¿Iba a hacer algo...? Se sintió como avergonzado de aquella carrera estúpida que había dado sin detenerse un solo instante a reflexionar. Se sentía como un fusil que alguien dispara y no tiene más remedio que descargarse.

Pero no iba a ponerse a pensar allí a la puerta. Se desasíó del brazo de ella.

—Déjame.

Ella le soltó. Se sentía vencida al primer asalto. Su tono de voz cambió radicalmente y sólo se atrevió a decir implorante:

—No hagas eso.

Renato volvió la cabeza a mitad de la escalera con ganas de preguntar qué era lo que no debía hacer, pero siguió subiendo.

Matilde se dejó llorar junto a la pared. Otra vez se le escapaba la vida. César le había dicho media hora antes:

—Nos casaremos. Mi mujer se muere.

Ella no había sabido si reírse. Se había reído él.

—Don Melquíades ha dicho que la llevemos pronto a la capital. Que si no... la *diña*. Se le clavaron las costillas en los pulmones y se está asfixiando.

—¿Y tú?

—Avisé a una ambulancia... para mañana.

María se había ido extinguiendo minuto a minuto, como una lámpara que no se abastece de aceite. Aquel silbido que le salía de los pulmones heridos se había ido debilitando por minutos.

Sátrapa abrió el balcón de cuando en cuando para ver si llegaba la ambulancia que él sabía que no podría llegar.

Serían las siete menos cuarto cuando don Melquíades le puso la mano en el hombro.

—Esto se acaba.

Cinco minutos más tarde Sátrapa intentó llorar sin conseguirlo.

Renato apareció en la puerta y su rostro moreno aparecía ahora más tenso y ensombrecido que nunca. Mandó:

—Salid.

Nadie intentó protestar. Se agacharon varias cabezas y casi se atropellaron en la puerta, como si temiesen que de un momento a otro sucediera una desgracia en aquel cuarto. Se oyó el golpe de la puerta cerrándose.

Renato asió sus manos a los hierros de los pies de la cama. La cabeza de María —serena— reposaba en la almohada y únicamente el pañuelo que pasaba debajo de la barbilla sujetando la mandíbula daba un aspecto trágico a la escena. Renato estaba inmóvil. ¿Qué había venido a hacer allí?

Se acercó a la cama y deshizo el nudo que ataba el pañuelo. La boca se abrió con un ruido de manzana partida.

Había oscurecido muy rápidamente y dio la luz. Y en el mismo instante en que la bombilla se encendía comenzó a percibir un temblor en el cuerpo de la muerta. Renato dijo:

—Podrías levantarte.

Pasaron casi diez minutos desde el primer movimiento de la cabeza de María hasta que comenzó a vivir plenamente. Las mejillas habían ido coloreándose y ahora tenía todo el aspecto de una mujer dormida.

Renato puso la mano en su hombro y la removió.

—Vamos —dijo.

Abrió los ojos casi normalmente, como si despertase de una leve siesta. Respiró despacio. Incluyó la cabeza sobre el lado izquierdo, como intentado dormir de nuevo y apretó la almohada contra la cara. Luego, como sobresaltada, levantó la cabeza de golpe. Contempló el cuarto largamente. Fijó los ojos en Renato como si no le reconociese. Se incorporó despacio y sin hablar una sola palabra. Volvió a mirar a Renato, que la contemplaba también callado, desde los pies de la cama.

Todo esto lo hizo con un gesto de sonámbula. Luego, de repente, se llevó las manos a la cara y se puso a llorar.

Renato la contemplaba sin saber qué hacer. Hubiera querido consolarla, pero no sabía de qué. Aquella situación le resultaba ridícula y se imaginaba a la gente apretada junto al quicio escuchando aquel llanto y sin atreverse a abrir la puerta. Se pasó la mano por la frente y notó que la tenía llena de sudor. Llegó a preguntarse si no estaba dormido. Sentía algo parecido a lo de cuando la cruz. También ahora, como entonces, le parecía estar hueco.

—Ha sido un error —dijo ella, al fin.

Renato pensaba: «Un error, ¿el qué?». No acababa de encontrar en qué había podido equivocarse. Ella agitó la cabeza y dijo, aún entre lágrimas:

—Hiciste mal. Yo era *ya* feliz. Para siempre.

Le miró largamente.

—Tú no sabes aun lo que es eso de ser feliz para siempre. No sufrir, desde luego, pero mucho más.

El silencio se hizo ahora más tenso. Había una lágrima enorme en los ojos de María.

—Y ahora volver aquí, a esperarle. Horas, horas, sabiendo que él está con... ella.

—La lágrima resbaló por la mejilla—. Ahora va a ser mucho más difícil...

Se detuvo un instante para alisarse el pelo. Luego dijo con un tono más profundo aún:

—Lo siento sobre todo por Dios, Muerta yo, podrían casarse y... no pecarían. Ahora...

Renato volvió a pasarse la mano por la frente y a preguntarse si no estaba soñando. Ella dijo suavemente:

—Ya ves que lo has estropeado todo.

Renato sintió entonces necesidad de huir, pero apenas tuvo fuerzas para alzar la cabeza y ver que la puerta estaba abierta —¿cuándo, quién la había abierto?— y que toda la escalera estaba llena de gente. Vio en la primera fila a Sátrapa, y en sus ojos se había asentado un odio más grande del que nunca pudo soñar que podía haber en un hombre. Y tuvo miedo.

Pero cuando se dirigió a la escalera, el grupo se abrió como con un resorte y Renato, silencioso, pasó entre las dos filas silenciosas de los vecinos.

La mujer del alcalde dijo:

—Tú no debías meterte en esas cosas, Sebastián. Si es cosa del «gordito», que lo haga él.

—Pero yo soy el alcalde —protestó don Sebastián.

—¡El alcalde...! Para lo que mandas.

Don Sebastián tosía mientras se limpiaba nervioso las gafas. Ella dijo:

—Llevo dos noches soñando con Renato.

Él la miró extrañado. Encogió los hombros sin comprender.

Sátrapa dijo en el Ayuntamiento:

—Creo que es hora de que tomemos el asunto en serio. Hay que... —Pero ni él se atrevió a completar la frase. Se hizo un largo silencio.

—Está entrando el invierno —dijo el tío Lucas.

—Es para temblarlo —añadió don Melquíades.

Sátrapa tenía arrugado el entrecejo. Le hubiera gustado que alguien expusiera lo que él pensaba y no se atrevía a proponer.

Lucio se removía inquieto en su silla, necesitando exponer su gran idea.

—Yo he pensado... —se detuvo un instante como preparando el efecto— que podrían explotarse los milagros.

—¿Explotarse?

—Sí, explotarse. Vendrían turistas y dejarían dinero en el pueblo.

Una chispa comenzó a brillar en los ojos de Sátrapa.

—Fabricaríamos velas, cruces, «recuerdos»... —dijo Lucio.

Y ahora Sátrapa estalló en una carcajada gorda que se le desbordaba de los labios y crecía por momentos. Se levantó y con una tos convulsa causada por la risa, golpeaba las raquílicas espaldas de Lucio, el sacristán.

XIII

IROLA TIENE ahora doce mil habitantes. Ha llegado a tener hasta diecisiete mil, pero no es ésta su época de prosperidad. Es una de tantas ciudades que en tiempos dieron quehacer a la Historia y hoy viven de recuerdos de esos siglos mejores, arrinconadas por la industria que se plantó en zonas más prósperas. Hoy, Irola es una ciudad de tímidos rentistas, cada día más pobres y cada día más tímidos. Las instituciones que en un tiempo le dieron lustre —colegios, casas ilustres, sedes centrales de algunas órdenes religiosas—, todo ha ido huyendo de la ciudad, que pronto se habrá convertido en un pueblo grande. Hoy sólo le quedan dos glorias: el ser cabeza de Diócesis y capital de provincia, y hasta se habla de que la una y la otra pasarán a ciudades más crecidas.

Irola, no obstante, tiene dos periódicos que aparecen en días alternos. Lunes, miércoles y viernes se publica *La Vos de Irola*, y martes, jueves y sábado es *La Luz de Irola* quien sirve su salsa de noticias. Como los dos periódicos salen a la caída de la tarde, los domingos ambos directores descansan y pueden dedicar un día entero a murmurar uno del otro, y viceversa. Aunque, a pesar de la cordial antipatía que ambos directores se profesan, el contenido de los dos periódicos viene a ser prácticamente el mismo. Quizá la única diferencia consiste en que en *La Vos* es don José Miguel Caballo Blanco —ilustre irolense, hoy catedrático de Arte de la Universidad de Madrid— quien publica unos insoportables artículos sobre la historia de Irola, mientras que el que firma los insoportables artículos que sobre la historia de Irola publica *La Luz* es don Luis Tomás Toro Delgado —irolense no menos ilustre y tampoco menos profesor de la Universidad de Barcelona.

Si don César llamó por teléfono a *La Voz* no fue —bien lo sabe Dios— porque tuviera preferencias por uno u otro periódico —muy al contrario: recibía los dos con ejemplar imparcialidad—, sino sencillamente porque «lo de su mujer» ocurrió en domingo y al día siguiente era a *La Vos* a la que tocaba aparecer. Y así fue, por esta casualidad insignificante, como uno de los éxitos periodísticos más importantes del año se lo llevó don Cayetano, en vez de llevárselo don Tadeo.

Aquel 9 de septiembre había sido para don Cayetano un día de lo más vulgar. Había oído su misa de doce como buen burgués y mediocre cristiano; había tomado su aperitivo —cerveza y gambas— en Casa Dorada; había comido su habitual paella dominical, y se había jugado —hoy le tocó perder— el café al dominó. Luego había dado su habitual paseo con doña Sofía. Y ahora, mientras preparaban la cena, había bajado un rato al periódico para avanzar un poco el trabajo para el día siguiente.

La redacción de *La Voz* está poco concurrida, tan poco que tiene a don Cayetano por único redactor. Es un cuarto de unos cinco metros por lado, partido en dos por

una mampara de cristales, oscurecidos por el polvo, en la que se abren dos ventanillas: «Anuncios», «Suscripciones». Realmente, para hacer *La Voz* se basta don Cayetano con la ayuda de unas buenas tijeras. Con media docena de recortes de la Prensa de Madrid, los artículos que don José Miguel manda semanalmente, unos anuncios de películas pasadas de moda, o de piensos y simientes, y, como cosa extraordinaria, la retahíla de nombres de los artistas de algún circo que equivocadamente pasa por Irola, el periódico está compuesto. Alguna vez su hijo el mayor, José Carlos, escribe crónicas que luego firma «servicio especial». Pero aun esto sucede raramente. A don Cayetano no le gusta excederse.

Y en cuanto a las ventanillas, rara será la vez en que llamen a las dos simultáneamente, y así, vayas a anunciarle o a suscribirte, verás inevitablemente la sonrisa de don Cayetano brillando detrás de las gafas y una humilde colilla —quizá siempre la misma— entre las comisuras de los labios. Y es que don Cayetano tiene siete retoños, pequeños casi todos, y no puede «excederse en superfluidades».

La decoración de la sala no puede ser más simple. En la pared derecha, un enorme mapa de España sujeto con ocho chinchetas. En la de enfrente, un gran cuadro que representa una batalla. Puede ser cualquiera, pero al pie dice que es la de Waterloo. Lo único que llama la atención es que en torno a este cuadro se nota una franja de pared notablemente más clara que denota, sin dejar lugar a dudas, que allí mismo hubo en tiempos otro cuadro más grande. Y así fue. Era una hermosa fotografía de la boda de Alfonso XIII. A éste sucedió un cuadro del general Primo de Rivera. Luego, cuando la República, don Cayetano, cansado de cambios, se decidió por la batalla de Waterloo, que era mucho menos comprometida y no estaba expuesta a cambios políticos. Porque a don Cayetano —y se podría decir que lo mismo a toda Irola— le interesaba poco la política. Con tal de que *La Voz* pueda seguir alimentando las siete bocas de sus siete rapaces, igual le da un régimen que otro. Comunismo, no; eso no. No sabe demasiado claramente lo que es, pero lo identifica con el dominio de los carasucias. Algo parecido piensan todos los habitantes de Irola, menos los carasucias de las barriadas, claro está.

Cuando sonó el teléfono aquella noche, don Cayetano no pensaba en problemas políticos ni en la definición del comunismo, sino en dónde habría metido las tijeras, que hacía un rato estaba buscando entre un montón de recortes de periódico. Acercó indolentemente la mano al aparato, dispuesto a tomar nota del nombre de un nuevo abono mineral, y dijo desganadamente:

—Diiiiga.

Pero al escuchar al otro lado la voz de don César, que le cuenta no sé qué extrañas historias de milagros, se ha incorporado en la silla, ha aplastado la colilla contra el cenicero y ha dicho apresuradamente:

—Sí, sí, dígame.

Don Cayetano ya no necesitaba buscar las tijeras perdidas. Es más, hasta se permite el lujo de guardar en un sobre los recortes que ya se amontonaban en la mesa. Y es que crónicas como ésta no entran dos en un siglo. Don Cayetano hoy se siente cruzado de Dios. Está orgulloso del servicio que le presta difundiendo un milagro como éste. Y si a la vez pisa las narices a don Tadeo...

Excelentísimo y reverendísimo señor:

Esta mañana eché al correo una carta para V. E. en la que le contaba los sucesos que durante los últimos meses han conmovido a Torre de Musa. Si vuelvo a escribir a V. E. es porque en las pocas horas transcurridas han sucedido otros dos hechos de gran importancia en el caso que nos ocupa. Procuraré relatárselos a V. E. con la mayor brevedad posible.

Puede imaginarse V. E. los comentarios que en torno a este primer hecho han surgido. El hecho de que Renato amparase a una muchacha públicamente reconocida como «manchada» ha sido comentado muy desfavorablemente por la población piadosa y en mi opinión es al menos una grave imprudencia.

Otro dato en torno a este mismo punto lo forman las extrañas frases dichas por el guardavías a algunas de las susodichas personas piadosas. (Aunque he de advertir a V. E. que no he sido testigo presencial de ellas y quizás al transmitírmelas fuese adulterado su sentido exacto.)

Por lo visto, al negarse la madre de la muchacha en cuestión a recibir en casa a su hija, el guardavías dijo que la muchacha se quedaría a vivir con él, cosa que fue reputada como escandalosa por la población, ya que Renato vive absolutamente solo.

Algunas de las mujeres que más me ayudan en mi obra apostólica intentaron evitar esto e intercedieron ante la madre de la muchacha para que volviera a recibirla, pero inútilmente. Se dirigieron entonces a casa del guardavías, que no quiso recibirlas en el primer momento; luego dijo que la recogieran ellas en sus casas, y finalmente se volvió contra ellas y las llenó de insultos (tal me dijeron). Las susodichas señoras pensaron —y a mi modo de ver no equivocadamente— que recibirla sería tanto como aprobar lo hecho por la muchacha y que no podrían hacerlo de no mediar una pública petición de perdón por parte de la muchacha. Renato entonces, «excitado como un loco», me dijeron, les dijo que las que no merecían recibirla eran ellas y que la muchacha «se contagiaría en el aire podrido de sus casas sin Dios». De la intachabilidad de estas personas puedo certificar a V. E. Aunque también he de añadir que juzgo imprudente su intervención en el asunto, ya que tampoco parece que pueda dudarse de la moralidad de Renato, al menos así podía pensarse al comienzo de todos estos sucesos. (Sobre este punto no tengo nada que cambiar de cuanto informé a V. E.

en mi carta de esta mañana.)

Pero el interés de todo esto fue barrido por lo acaecido esta tarde. Serían las siete, cuando...

Ya comprenderá V. E. la tremenda emoción que un hecho de este género ha producido en un pueblecito como éste. Yo mismo me encuentro totalmente desorientado.

No he tenido tiempo de hacer un estudio profundo de la cuestión, que, por otro lado, me parece que debe reservarse para personas de mayor competencia; pues, en mi opinión, ahora ya es ineludible la intervención directa de la autoridad eclesiástica.

El pueblo en su mayoría no opina sobre la cuestión. Hay quienes comienzan a presentir una auténtica intervención de Dios, aunque no se atreven a manifestarlo abiertamente ante lo extraño de los sucesos que rodean a lo de esta tarde.

Sin embargo, son muchos más los que creen que se trata de una intervención diabólica, por lo que a muchos les asusta que se hable del asunto, y hasta he podido percibir que algunos se santiguan al oír el nombre de Renato.

Me pareció que podía interesar a V. E. —aunque esto no obste para futuros estudios más profundos— la opinión de las dos personas más directamente interesadas en el asunto: María y el médico.

Al médico le he pedido un informe escrito —se lo adjunto al final de esta carta—. En él verá a don Melquíades dubitativo, quizá por miedo a ver mermado su prestigio profesional, o por asustarle el poderse ver mezclado en un asunto confuso y escandaloso. Mi impresión es de que se encuentra anonadado y como arrinconado. No cesa de repetir que no ha visto nada semejante, pero la palabra de Dios nunca aparece en sus labios.

En cuanto a María, por no saber ella escribir, me limité a hacerle un interrogatorio que procuraré transmitir a V. E. lo más fielmente posible. Permítame únicamente que antes le indique que se trata de una mujer extraordinaria, y que si a los hombres nos fuera dado juzgar por lo que vemos, yo no dudaría en ponerla como la persona más próxima a Dios en Torre de Muza.

Ella estaba como atontada por el suceso y especialmente por el acoso de preguntas a que la han sometido vecinos y vecinas. Cuando vino se sentó ante mi mesa como si fuera culpable de algo y tuve que sacarle las respuestas a gancho. Nuestro diálogo fue, más o menos, éste:

—¿Tienes conciencia clara de haber muerto?

—Sí.

—¿No te cabe la menor de las dudas?

—Ninguna.
—¿Qué sentías?
—Que me moría.
—¿Qué más?
—Nada más.
—Pero, bueno, ¿cómo era eso de morirse?
—No sé. Acabarse. Morirse. —Gesticulaba diciendo esto, como sin saber expresarse.
—Y después de la muerte, ¿tienes conciencia clara de haber estado en la otra vida?
—No sé; creo que sí.
—¿Cómo era?
—Mucha luz.
—Luz, ¿cómo?
—No sé. Luz.
—Pero, ¿te sentías viva en la otra vida?
—Sí, desde luego.
—¿Te sentías vivir así como ahora?
—No, era distinto.
—¿Recuerdas si fuiste juzgada?
—Yo no sé. Creo que no.
—¿No?
—Creo que no.
—La teología dice que el Juicio viene inmediatamente después de la muerte.
—Yo no sé eso. Era como...
—¿Como qué?
—... como si una mano te...
—¿Te...?
—... te... agarrase.
—Luego no te sentías plenamente muerta.
—Sí; muerta, sí.
—Libre, entonces. Como si allí no fueras del todo libre, como si no vivieses del todo...
—Quizá eso.
—¿Tienes conciencia de haber estado en el cielo?
—No, creo que no.
—¿Y en el infierno?
—¡No!
—¿Y en el purgatorio?

—Creo que tampoco. En otro sitio.

—¿En otro?

—No sé, creo que en otro.

—¿Viste a Dios?

—Sí; eso no se olvida.

—¿Cómo era?

Ahora tardó mucho en responderme. Como si no consiguiera resumir algo muy grande. Al fin me dijo:

—Alegre.

—¿Alegre?

—Sí, alegre. —Al decir esto se le iluminaba la cara, como si no estuviese donde estaba. Parecía realmente feliz, aunque con una felicidad distinta.

—Y luego, el volver a vivir, ¿cómo fue?

—Doloroso.

—¿Doloroso?

—Sí; como si te arrastrasen, como si...

—Como si...

—... tirasen de una hacia atrás. Te sacaban de la luz.

—¿Cómo se fue la luz?

—Se alejaba.

—¿Hacia dónde?

—No sé. Se alejaba.

—¿Y al volver a la vida?

—Una tristeza. Una gran tristeza.

—¿Y el cuerpo?

—Como amodorrado, como después de una paliza.

—¿Sentías dolor en la espalda, donde tenías antes la herida?

—No, no sentía dolor ninguno; sólo...

—Sólo, ¿qué?

—... cansancio.

Decía todo esto con los ojos como cerrados. Daba realmente la impresión de encontrarse muy cansada.

—¿Tú crees en una verdadera intervención de Dios? Levantó la cabeza vivamente.

—Desde luego.

—¿No temes que sea un engaño del dem...?

—¡No! —Esta vez me cortó con violencia sin dejarme terminar la palabra. Fue la única contestación rápida en toda nuestra charla.

—¿Por qué esa seguridad?

—Estoy tranquila.

—¿Y eso?

—Siento una gran paz.

—¿Y eso...?

—Dios es alegre.

Le brillaron los ojos de una manera extraordinaria, pero en ellos pude ver claramente que le costaba hablar del asunto, que necesitaba descansar. Por eso la dejé ir, en la esperanza de que en caso de interés sea la curia quien la examine detalladamente.

Son ya las doce, excelentísimo señor, cuando escribo todo esto a Vucencia, y yo también me encuentro verdaderamente cansado. Me he quedado a dormir en Torre, en la casa que fue de don Macario, por temor de nuevos sucesos, ya que no sería raro que se desatase la violencia. La primera reacción de esta tarde fue de miedo, pero luego he podido observar odio en muchas miradas, y hasta sé que se ha hablado de incendiar la caseta de Renato para obligarle a huir del pueblo. La gente está llena de pánico y se sentirían libres si Renato se fuera. Creo que convendría estudiar esta solución. Al menos un alejamiento temporal —llevándole a cualquier convento de la capital o similares— podría ser una buena medida para que el pueblo se serenase. Pero en esto V. E. decidirá.

Por hoy, nada más. Tendré a V. E. al corriente de todo cuanto suceda.

Respetuosamente besa su anillo pastoral este su hijo devotísimo...

Renato se removió sobre el banco de cemento. Contrajo dolorosamente la cara. Se encontraba rendido. Posó la cabeza sobre el brazo izquierdo. «¿Por qué?» La noche era terriblemente clara. Una luna inmensa iluminaba la llanura y bañaba todo el pueblo en una suave luz lechosa. Renato se incorporó un poco y arqueó las espaldas, que le dolían como si le hubieran dado una paliza. No se sentía dueño de su cuerpo, que le daba la impresión de colgarle como un fardo. Le parecía también que tenía la frente postiza, como si tuviera otra encima de la suya. «¿Por qué me han de pasar a mí estas cosas?» Recordó que al salir de la casa de Sátrapa había tenido que agarrarse al postigo para no rodar al suelo. De pronto tuvo la impresión de haber cometido un crimen. De haber quitado la vida a alguien. Quizá fue por eso por lo que sintió la necesidad de correr, de huir de algo, no sabía de qué. Ahora se encontraba rendido.

«No volveré nunca más —pensó—. Nunca más, nunca más.» Sí, era peligroso volver. Dios le estaba jugando partidas demasiado difíciles. Para él resultaba ya todo peligroso: andar, hablar, moverse. «Soy un guante de Dios, sólo eso.» Y luego repitió muchas veces: «Un guante, un guante». ¿Por qué se sentía de pronto vencido por aquella inexorable mano que le llevaba a hacer los milagros más extraños? Tembló al pasar por su cabeza la palabra «milagro». «Pero hay que ser un santo para hacerlos»,

gritó. Sus palabras en el silencio sonaron de una manera estúpida. Se incorporó. «Me estoy volviendo loco.» Miró al cielo. «No tienes derecho, ¿comprendes? No tienes derecho.» Apretaba los dientes al decirlo. Luego sintió que las lágrimas subían a sus ojos. «O quizá sí...» Meneó lentamente la cabeza. «Era tan fácil antes ser feliz. Esta felicidad de ahora es bien hermosa, pero... tan dura...»

Intentó ponerse en pie, pero no se tenía derecho. Se dejó caer otra vez sobre el banco que ceñía la ermita de Nuestra Señora de los ojos negros. Había venido a refugiarse aquí porque ni a su casa se atrevía a volver. «¡Pobre María! —dijo—. Realmente le he quitado la vida. Esto sí que es un crimen de veras.» Se preguntó por qué lo había hecho, por qué había corrido como un loco apenas le dieron la noticia. «Quizá no estaba muerta del todo y sólo la reanimé.» Se sentía alegre pensando esto. «Sí, eso debió de ser. ¿Cómo iba a ser posible que...?»

El pueblo dormía a sus pies como un animal fatigado. «¿Por qué no te apiadas de ellos de una vez? Mostrarte, que te vieran, quizá bastaría eso. ¿Ellos, qué van a saber? Se han hecho un Dios pequeño como sus cabezas. Un Dios fontanero.» Se rió al oírse decir esta frase. La repitió: «Un Dios fontanero, eso es lo que han hecho de Ti. Sólo te llaman cuando hay algo que reparar. Cuando los grifos del cielo se estropean.» Se rió otra vez. «Pero, ¿qué diablos quieres que entiendan ellos?»

XIV

EL LUNES por la mañana el regidor de Irola preguntó a su mujer:

—Oye: ¿aquella mandanga de la cruz que se cayó en la laguna fue en Torre de Muza? Mira, hoy viene otro milagro mejor.

El obispo de Irola dijo: «Asunto complicado. Dios nos ayude».

El director de *El Día*, de Madrid, dijo: «Interesante. Parece que hay asunto periodístico. Mandaremos a Ponce».

Ponce dijo: «Menos mal. Así cambio de asunto. Estoy hasta el cogote de la boda de Grace Kelly».

Sátrapa dijo: «Bien; esperemos que el asunto resulte al menos divertido».

María la mártir dijo: «Que Dios nos saque con bien de todo esto».

María Belén dijo: «¿Y harán un santuario, mamá?».

El tío Lucas dijo: «Casi lo siento. Él préstamo este año hubiera sido un buen negocio».

El rector de los Agustinos de Irola dijo al hermano lego: «Prepara uno de los cuartos de huéspedes. El obispo nos manda a casa al tío ese de los milagros de Torre».

El hermano lego pensó: «Gracias, Señor, por esta dicha de poder ver a un santo».

Un viejo canónigo de Irola dijo: «¿No podría esta buena gente dejar a Dios en paz?».

Un joven canónigo de Irola pensó: «¡Me gustaría tanto formar parte de la comisión de estudio!». Le pareció poco humilde añadir que se lo merecía por sus hondos conocimientos teológicos.

La vieja dijo: «¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!».

Don Melquíades dijo: «¡Maldita sea la hora en que vine a Torre de Muza!».

Matilde dijo: «La mártir esa estará hoy bien contenta. Con su nombre en todos los periódicos...»

Lucio dijo: «¡Genial, ha sido un idea genial! La iglesia estará llena y los cepillos...»

Manuela dijo: «Serás sacristán de una basílica, de una gran basílica».

Carmen dijo: «¿Quién iba a pensar que Dios iba a hacer de esto motivo para su gloria?».

Carmela dijo: «¿Y no será todo eso cosa del demonio?».

La maquilera dijo: «El demonio no dejaría que se diera gloria a Dios. Y esto será otro Lourdes. ¡Veréis, veréis qué maravilla de peregrinaciones...!»

Don José Antonio dijo: «Estos malditos periodistas ya la han levantado. ¿Quién diablos les habrá puesto en la pista?».

María Belén dijo: «¿Y harán una estatua de Renato, mamá?»

El regidor de Irola pensó a mediodía: «¿Sabes que esto de los milagros podría atraer turistas y daría prestigio a mi exposición agrícola?».

Luis el Moro dijo: «Habrá que adecentar esta taberna. Y si no fuera... pondría hasta un crucifijo. Acabaré poniéndolo».

El padre Mendizábal dijo: «¿Será posible que aquel pueblo en que no quiso confesarse ni un hombre...?».

La vieja dijo: «¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!».

Lena de Castro dijo: «Papi, has de llevarme a Torre de Muza. ¡Será maravilloso! Y estrenaré el vestido de chaqueta».

Perote gritó: «La *Vooooz de Iroooooola* con la narración completa del milaaaagro».

Don Jorge, en el Casino, pontificó: «Seremos eternamente una nación de medievales».

Don Tadeo dijo: «Ya podía hacer Dios los milagros en lunes, miércoles o viernes. Parece que don Cayetano tuviera contrato con la Providencia. Y yo soy tan cristiano como él».

Doña Serafina, con un papel azul entre las manos, dijo emocionada a don

Cayetano: «Querido, querido, te piden crónicas de *El Tiempo*, de Madrid. ¡Bendito Dios que se ha acordado de esta casa!».

Fede dijo: «¿Taxi a Torre de Muza? Trescientas cincuenta, por ser para usted».

La Tarde titulaba su última edición: «Milagro fuera de serie en un pueblecito de Castilla».

A la mañana siguiente, *El Correo de España* titulaba: «Una mujer resucitada cuenta sus impresiones de lo visto en el otro mundo. El más sensacional de los reportajes».

La Voz de la Iglesia titulaba: «La Iglesia no ha hablado todavía de los milagros de Torre de Muza».

Renato, con los ojos levantados y la sonrisa en los labios, dijo: «Menos mal. Hoy no me jugaste ninguna».

XV

DON JERÓNIMO FERRARA era desde hacía cuatro años regidor de Irola. Hombre ambicioso, si los hay, estaba siempre dispuesto a cualquier rastrería a condición de medrar. Ya de muchacho, en su colegio de jesuitas era el clásico soplón, amigo de todos los prefectos, dispuesto siempre a jugar a dos barajas. El apodo de «Manozurda» que le habían puesto ya en segundo de bachillerato le era ciertamente apropiado.

Su vida había sido siempre de lo más vulgar. Manozurda no sería nunca una cumbre por sus propios méritos, pero sí era lo suficientemente inteligente para darse cuenta de esto. Y así, dedicaba todo su esfuerzo a distinguir entre aquellos que le rodeaban a los que un día serían cumbres, para ponerse a su sombra. Así había conquistado la estima de don Ángel Salvadores, antiguo profesor suyo en la Universidad de Salamanca y hoy ministro del Interior desde hacía cuatro años, exactamente los cuatro años que don Jerónimo llevaba en Irola. Es verdad que aquélla era una de las peores regidurías del país, pero era cosa de unos años y de hacer algo que pudiera bautizarse como mérito para conseguir el salto a otra regiduría más pingüe.

En Irola, usando la habilidad de que daba fe su apodo, se había conquistado la simpatía de todos los burgueses desde el primer momento, exactamente desde las seis de la tarde de aquel Jueves Santo en que tomó posesión de la regiduría.

El alcalde de Irola lo recordaba todavía como el peor momento de su vida. Fue exactamente así: El nuevo regidor había llegado a la ciudad a las cinco de la tarde y después de los discursitos de ocasión llegó la hora del espléndido *lunch* que había preparado el hotel Canciller. La sala estaba atestada de la crema de Irola, y los camareros, distribuidos por toda la habitación enarbolando bandejas de copas, banderillas y canapés, esperaban que el regidor rompiera la marcha. Todos los invitados entretenían la espera con ligeras tosecillas mientras escogían con la mirada lo que más les convencía de cada bandeja.

Cuando Luis, el camarero que lucía la mejor de las sonrisas y la mejor de las bandejas, se aproximó al regidor, éste hizo un ligero gesto de embarazo.

—¡Oooh! —dijo—. Van a perdonarme, pero... el Jueves y Viernes Santo suelo ayunar a pan y agua.

Los organizadores del acto tardaron unos cuantos segundos en reaccionar, pues no era cosa de que los invitados se hinchasen a canapés y bocadillos mientras la primera autoridad de la Provincia se limitaba a su ración de pan y su vasito de agua; pan y agua que, por otro lado, no resultaban nada fáciles de encontrar en el momento. Se cruzaron tosecillas y sonrisas aprobatorias mientras todo el mundo se miraba sin saber cómo romper el silencio.

Fue entonces cuando uno de los concejales se atrevió a decir:

—Podíamos... ir a visitar los monumentos.

El alcalde de Irola se volvió como si le hubiesen pisado un callo, pensando que don Jerónimo vería todo el pitorreo que la frase llevaba dentro. Pero don Jerónimo esbozó una sonrisa complacida.

—¡Oh, es una gran idea!

El alcalde tragó saliva. Intentó sonreír.

—Sí, sí, será una cosa verdaderamente grata... Y además el de la catedral es...; sí, el de la catedral es verdaderamente... grato.

No se supo por qué puertas se liquidaron los camareros.

El gesto del nuevo regidor fue muy comentado en Irola, y don Jerónimo se hizo pronto popular. En el Casino comenzaron a llamarle San Jerónimo y en muchas casas se chotearon de él.

Pero todos le admiraron en el fondo, porque en Irola ayunar a pan y agua era un rasgo de santidad como nunca habían soñado que pudiera realizarse. Don Jerónimo, además, se encargó de mantener esta fama, y pronto se supo que su confesor era el padre Bosch, el mejor orador de la ciudad, y que todos los domingos se le veía comulgar devotamente en la iglesia de los Redentoristas.

Ahora, don Jerónimo estaba preocupado por el problema del ascenso. Él pensaba que lo de Irola sería asunto de un par de añitos, pero ya habían pasado cuatro añazos y seguía en su aburridísima provincia. Sentía la necesidad de dar un campanazo para recordar a los de Madrid que ahí estaba él. Pero lo difícil era encontrar en Irola una ocasión de armar bulla. Por fin don Jerónimo se decidió por un exposición agrícola. Pero según se aproximaba la hora de la apertura comenzaron los temores de nuestro regidor al pensar quién visitaría su exposición. Contaba desde luego con la bondad de todos los iroleses, que asistían en bloque a la colocación de todas las primeras piedras de otros tantos innumerables e inacabables edificios. Pero este público no bastaba para hacer que la exposición sonase en la capital.

Turistas... Le hacían falta turistas. Y la verdad es que por Irola no pasaba más que algún otro equivocado. Y es que Irola, además de unas comunicaciones muy malas, no tenían nada que pudiera atraer el interés de los turistas. Todo su tesoro artístico se reducía a unas murallas con más remiendos que un hábito de monja; una catedral medio gótica, medio barroca —es decir, ni gótica ni barroca—; un Ayuntamiento del siglo XVII, a cuyo balcón central se asomó una vez la reina Isabel II, y dos estatuas de lo más vulgares que representaban a dos iroleses ilustres que nadie conocía fuera de Irola: Castellanos (un antiguo obispo) y el general Águilas. Con estos elementos, pensaba don Jerónimo, no había la más mínima posibilidad de una propaganda turística bien montada. Para colmo, en invierno el termómetro estaba a bajo cero y en verano a sobre treinta.

Así las cosas, es perfectamente comprensible que a don Jerónimo le agradase la idea de los milagros de Torre.

Serían las cuatro de la tarde cuando oyó al otro lado del hilo telefónico la voz temblorosa de don Sebastián. Dijo:

—Sí, sí, ya he leído esta mañana una información en la Prensa.

— ...

—Oh, no, no se preocupe. Al contrario, estoy verdaderamente contento de que todo eso haya sucedido.

— ...

—Sí, sí; el orden, sí; hay que guardarlo. Pero en modo alguno oponerse a los sucesos. No podemos olvidar que España es un país católico.

— ...

—Sí, y hasta puede apoyarlo. No veo en ello ningún inconveniente.

— ...

—Pero, ¿ferrocarril ya tienen ustedes?

— ...

—Bueno, todo sería pedir algún tren especial.

— ...

—Ya, ya, ya; comprendo.

— ...

—Pero, bien, a ese hombre se le puede alejar momentáneamente de ahí.

— ...

—Sí, claro; siendo así, podría estropearlo todo.

— ...

—Eso es, sí; ¿por qué no me lo trae?

— ...

—Oh, eso no es problema. Aquí ya veríamos. Hasta podríamos endilgárselo al obispo.

— ...

—Podría ser esta misma tarde, ¿no le parece?

— ...

—Yo mismo les mandaré mi coche.

— ...

—Molestia ninguna. Un placer.

— ...

—Bien; entonces ahora mismo doy orden a mi chófer de ir a buscarles a ustedes, y sobre las siete les espero.

— ...

—Perfectamente.

— ...

—Eso es, perfectamente.

— ...

—Hasta luego, entonces.

Don Jerónimo se acariciaba el bigote. Estaba verdaderamente contento de sí mismo. Además comenzó a darse cuenta de que sentía curiosidad por tener delante al hombre ese que levantaba cruces y resucitaba muertos. Verdadera curiosidad.

Don Sebastián colgó el teléfono, respiró largamente y se dejó caer en una silla. Sátrapa se levantó radiante y llenó una copa de coñac.

—Bien, Sebastián, te has portado.

El alcalde estaba pálido. Sátrapa le puso la mano sobre el hombro. Soltó una carcajada.

—Vamos, hombre, no lo tomes así. Anda bebe.

Don Sebastián apuró el coñac de un trago. Dijo entre toses:

—No, si estoy contento. Me he desembarazado de un mal asunto. Allá se las apañe el regidor; yo ahora me lavo las manos y en paz. Era mucho asunto para mí. Además, la maldita de mi mujer todo el santo día dándome la lata. Que si Renato para arriba, que si Renato para abajo. Hasta sueña con él, fíjate. —Intentó reírse, pero no supo.

Renato, sumergido en el fondo de los cojines del coche del regidor, iba como aturdido. A su lado, don Sebastián callaba. Iba pensando que hubiera sido mejor que le acompañara Sátrapa, pero éste había dicho que eso era cosa del alcalde.

Cuando se alejaban del pueblo, Renato volvió la vista atrás porque le había asaltado el pensamiento de que no volvería a verlo. Entre el polvo que el coche levantaba en aquel horrible camino, vio cómo las casas se empequeñecían, y cuando el pueblo quedó oculto tras la loma de las Angustias, tuvo la sensación de haberlo perdido para siempre. Ahora comprendió que le quería entrañablemente y sintió por él una gran tristeza, porque era como si le viese hundirse en el vacío, como si una horrible peste de almas devorase uno a uno a los vecinos. Les había visto asomarse a las ventanas cuando él montaba en el coche y había visto el temblor del odio mezclado con una alegría casi satánica. En aquel instante había sentido la mano de Dios cayendo sobre el pueblo y aplastándole. Y si don Sebastián se hubiera vuelto hacia él habría visto dos lágrimas brillándole en los ojos.

Don Jerónimo fumaba unos cigarrillos Pall-Mall inacabables. Para él, fumar era un deporte que practicaba con fruición. Se pasaba largos ratos sentado ante la mesa de la Regiduría contemplando las figuras que hacía el humo y preguntándose por qué

el humillo que sale por la punta encendida del cigarrillo es levemente azul, mientras que el que sale por la punta apagada tiene un color más bien tirando a pardo. En este deporte sólo hay una tristeza para don Jerónimo, y es la de no saber hacer anillos de humo. Lo intentaba poniendo la boca en las más complicadas posturas, para conseguir únicamente que el humo saliese en bocanadas más o menos voluminosas.

Cuando Renato apareció en la puerta, don Jerónimo dio una larga chupada y contempló sonriente la desmañada figura del guardavías. Aquellos dos brazos que colgaban de los hombros con el aspecto de vacíos, como cuelgan las manos de los mancos; aquellas manchas rojas que había bajo sus ojos y daban la impresión de que acababa de llorar; la espalda levemente inclinada, el abundante pelo que le caía sobre la frente... Don Jerónimo acentuó la sonrisa. Paladeó sibaríticamente el espectáculo que le esperaba.

—Pasen, pasen —dijo, amable—. Siéntense, por favor.

Renato se sentó tímidamente. Todo le impresionaba: la ciudad con su tránsito, que le hacía temer el accidente en cada esquina; el palacio de la Regiduría; la enorme escalinata; los cuatro cuartos que habían cruzado, todos con los suelos encerados y sus ujieres de brillantes botones. Y ahora aquella mesa enorme de madera esplendorosa. Y aquel sillón demasiado cómodo en el que se sentía nadando.

—¿Ustedes fuman?

Don Jerónimo les alargaba una pitillera de oro con un gesto espléndido que desconcertó aún más a Renato. Dijo sólo:

—No, no.

Don Jerónimo dio una larga chupada al suyo, y dijo:

—Bien, bien, bien. Ya he leído mucho sobre usted. Es hermoso ser amigo de Dios y que Él esté entre nosotros... Bien, bien, bien. Ah, estoy contento. ¿No le parece que es para estar contento?

Renato le miraba con una expresión de cansancio y sin saber qué se podía contestar a todo esto. Hizo un gesto que, con bastante buena voluntad, se podía interpretar como un asentimiento. El regidor seguía:

—Sí, España ha sido siempre un país católico. El país predilecto de Dios.

Ahora se frotaba las manos mientras el cigarrillo descansaba en un bonito cenicero que simulaba una mano estilizada. Hubo un largo silencio. Luego don Jerónimo siguió:

—Y bien, bien... ¿Dios no le ha dado algún mensaje? ¿No le ha... hecho algún... vaticinio?, ¿algún...?

Renato llegaba al culmen de su desconcierto. Él no había visto a Dios, no había hablado con Él para nada. ¿De dónde iba a sacar mensajes o vaticinios?

Don Jerónimo contemplaba a Renato con creciente desencanto. La verdad era que no esperaba encontrarse un paleta que no decía una palabra. Hubiera podido

imaginarse al menos un tipo más... interesante.

—De todos modos —siguió— debe de ser estupendo sentirse escogido, llamado. Una gran... alegría, ¿verdad? Cuando... sucede eso debe sentirse una... una gran...

Renato sintió de pronto ganas de levantarse y cruzarle la cara a aquel hombre. Le parecía que estuvieran riéndose de él. Se llevó la mano a la frente. Sudaba. Pensó: «Debo estar mareado del viaje». Y esta sensación aumentó al ver que el regidor seguía hablando, que hablaba sin descanso, que gesticulaba, que había encendido un nuevo cigarrillo. Él no oía nada. Luego vio que don Jerónimo cogía el teléfono y que hablaba largamente sin que él pudiera enterarse de nada. Sólo al final le pareció oír:

—Siga usted bien, señor obispo. Me tiene, como siempre, a su disposición.

XVI

CUANDO LA LAMBRETTA de Ponce se detuvo en la plaza de Torre, en el rostro del periodista había un gesto de general que ha tomado una ciudad importante. No había pasado un minuto, y ya estaba la moto rodeada de media docena de chiquillos. Miguelito posó en tierra el pie izquierdo, se quitó lentamente las gafas contra el viento, las dobló cuidadosamente y las introdujo en el bolsillo alto de su canadiense. Luego se pasó los dedos por entre el pelo revuelto, sacó un pitillo que encendió haciendo pantalla con la mano. Finalmente sacudió el mixto contra el aire. Cuando hubo hecho todas estas ceremonias ya eran dos docenas de chiquillos y varias las mujeres que le rodeaban. Preguntó:

—¿Hay en este pueblo algún hotel?

Se rieron varios chicos.

—¿Y pensión tampoco?

Miguelito estuvo a punto de malhumorarse porque nadie le contestaba y un chaval estaba metiendo los dedos por el tubo de escape. Al final un mujer dijo:

—El Moro tiene un cuarto.

—¿El Moro?

—Sí, el tabernero. Venga.

Seis chiquillos se pegaron por llevar el maletín de Miguel y otros seis emprendieron una carrera hacia casa del Moro para comunicarle la noticia.

A Miguelito Ponce el pueblo le dio un terrible aspecto de miseria: todas las casas eran de adobe y, fuera de las de la plaza y la calle de los Arcos, de un solo piso. Y sobre todo estaban sucias y despintadas.

Vio entonces que de una de las casas corría en dirección a ellos un hombre con una pata de palo que le hacía tambalearse a derecha e izquierda de una manera casi cómica.

—¡Oh, señor, bienvenido a mi casa! ¡Oh, pase, pase, señor; pase, señor!

A Ponce se le hizo empalagoso su tonillo. Le siguió.

Pasaron por la taberna, que estaba desierta y que a Miguelito le pareció horriblemente sórdida. Vasos y jarras yacían amontonados encima del mostrador y en unas tablas empotradas en la pared dormían una serie de botellas polvorientas.

—Pase, señor; aquí se encontrará usted como en su propia casa. —El tabernero hablaba y hacía zalemas sin descanso.

El cuarto era pequeño y estaba iluminado por una diminuta ventana enrejada y tenía el aspecto de haber servido habitualmente de despensa. El tabernero encendió la luz eléctrica, que, de día como era, tenía un aspecto raquítico y extraño. No había más mobiliario que dos sillas y una cama altísima —luego vio Miguel que tenía dos colchones— sobre cuyo testero estaba clavado un crucifijo todo pintarrajeado de

sangre que, no se sabía por qué, desentonaba en aquel cuarto. Debajo de la cama se veía un enorme orinal descascarillado, y sobre una silla, un gran botellón de agua posaba junto a un vaso grueso que evidentemente provenía de la taberna.

Cuando el tabernero salió, Miguel se encontró solo. Se subió a una silla para asomarse al ventanuco y desde él únicamente vio un corral mísero en el que un montón de damajuanas se agolpaba junto a otro de carbón. Se veía también otra ventana que debía dar a una pocilga de la que sólo se veía el techo lleno de telarañas.

Abrió su maletín, del que extrajo una pequeña máquina de escribir y otra de hacer fotografías. Luego sacó un *block* de papel que introdujo en uno de sus bolsillos. Esto, una camisa y tres corbatas componía todo su ajuar de viaje. Llamaron a la puerta.

—Señor, la moto podemos pasarla al corral, si le parece.

—Yo iré.

Cuando volvió a pasar por la taberna preguntó:

—¿Coñac, tiene?

—Tengo, señor.

Cuando Ponce bebió el segundo trago de coñac se sintió menos solo. Realmente no lo estaba porque en aquel instante todo el pueblo estaba pensando en él. Apenas Miguelito había traspuesto la puerta de la taberna, una mujer había dicho:

—¿Será un enfermo?

Varios niños habían salido corriendo hacia sus casas para decir que había llegado un enfermo.

—¡No, mujer; qué ha de ser un enfermo!

—Dijeron que vendrían enfermos.

—Pero éste no lo está. Eso se ve.

—¡Quién sabe!

Luego, Ponce, al oír desde su cuarto varias voces que llegaban de la taberna, salió y vio a cuatro hombres sentados en torno a una mesa. Saludó:

—Buenas.

—Buenas. —Le miraban con recelo.

Ponce dijo.

—¿No será alguno de ustedes un tal... —sacó una libretita— Sátrapa?

Los cuatro hombres se miraron. Uno de ellos dijo:

—Soy yo. —Y le estrechó la mano—. ¿Quién le dio mi nombre?

—Oh, el director de *La Voz*. Estos periodistas de pueblo son siempre estúpidos. Descubren la tajada, pero jamás saben aprovecharla.

—¿La tajada? ¿A qué llama usted la tajada?

—A lo de aquí. A los... milagros.

—¡Ya! —La mirada de don César escrutaba ahora a Miguelito—. ¿No será

usted... periodista?

—Sí. Soy redactor de *El Día*.

—¿De Madrid?

—De Madrid.

Ahora en el rostro de Sátrapa había una sonrisa larga que se lo cruzaba de parte a parte. Se volvió al tabernero.

—Una ronda de coñac. Pago yo. —Y luego—: Siéntese, amigo. Y ahora cuéntenos.

—Tengo poco que contar... Nos llegó el artículo de *La Voz*, lo leyó el director y me dijo que viniera. Eso es todo. En Irola, el director del periodicucho ese me dio el nombre de usted. Y... ahora son ustedes los que tienen que hablar.

Y Sátrapa habló. Contó toda la historia de Renato desde su llegada en el carromato de los titiriteros. Habló de su vida de guardavías durante cerca de veinticinco años sin meterse con nadie. Cómo se les había ocurrido llamarle para lo de la cruz; la historia de la confesión con el padre Mendizábal. Y el levantarse de la cruz.

Miguelito no perdía palabra y de vez en cuando garrapateaba unas notas en su *block*. A Sátrapa le costaba contar lo de la cruz porque no quería decir la palabra milagro, y así lo pasó casi por encima y comenzó a hablar de la sequía. Miguel le hacía preguntas sobre cómo había sido el levantarse de la cruz; pero Sátrapa le contestaba casi por monosílabos. Luego repetía muchas veces que la cosecha había sido nula y que todo era culpa de Renato. Entonces Ponce, sonriendo, decía:

—Eso no puede decirse en el periódico.

—¿Pues por qué?

—Habrás que hacer simpático a Renato.

—¿Usted lo cree...?

—Si no le hacemos un héroe popular no vendrá nadie. Hay que decir que todos ustedes le adoran.

—¿Pero si...?

—¿Qué demonios importa la verdad?

Sátrapa empezaba a pensar que estaba dando pasos en falso. Le costaba adaptarse a la farsa. Preguntó:

—¿Usted cree que haciéndole simpático...?

—Vendrán como moscas. Pasado mañana habrá cien forasteros en el pueblo y dentro de ocho días serán mil.

—¿Y dónde diablos se van a meter?

—Eso es asunto de ustedes. Un buen asunto para todos. En el pueblo no ha de quedar un cuarto libre que no se convierta en hospedaje. Y cualquier casa puede convertirse en fonda. Los turistas suelen traer dinero.

—Pero...

—Es facilísimo. Lo montaremos bien. Yo sacaré fotos de la cruz, del canario resucitado. Haremos muchas copias que se pueden vender como pan. Hasta podemos inventar una fuente milagrosa. A cinco pesetas litro. Un buen negocio. Luego, rosarios, velas... Eso se vende bien en las peregrinaciones. Algo de confitería. Algunas rosquillas típicas.

—Las del gato —dijo Martín.

—Las del gato —asintió Miguel—. «Rosquiiiiillas de Tooorre.» Bien pregonadas darán perras. Y crucecitas de madera. Esto puede ser bueno. Hasta se pueden hacer articuladas con tres trozos, como la de la laguna. Que se tiren y se levanten ellas solas. Es fácil, con una gomita dentro. Así, ¿ven? La goma atravesando la madera. ¡Oh, es fácil montar aquí un negocio! Ustedes no saben bien lo que es la curiosidad humana. Dentro de un par de años no habrá un español que vaya a los santuarios extranjeros, y hasta vendrán los franceses aquí. La novedad viste mucho. Lo que sería bueno sería un negocio de canarios. «Canarios milagrosos», esto sí que sería original. La pena es que no haya un pequeño mercado de reliquias. Que se muriese Renato... ¡Ah, esto sería la apoteosis! «San Renato el taumaturgo.» Un bonito nombre, ¿verdad?

Miguelito se levantó.

—Pero estamos perdiendo el tiempo. Quiero hacer un buen reportaje fotográfico. Habrá que ir por orden. La cruz, primero; luego el canario, y después la resucitada. Pero antes... una buena ronda. Brindaremos por la suerte que ha entrado en este pueblo. ¡A ver, otra de coñac!

La llegada del exprés del miércoles fue para Torre de Muza un verdadero acontecimiento. Ponce, después de su conferencia telefónica con *El Día*, había profetizado que aquel día bajarían en Torre al menos doce turistas. Y no se equivocó: fueron catorce. Primero descendieron dos señoras y luego un señor en un carrito de ruedas que empujaba un muchacho de veinte años. Tras él, un matrimonio que descolgó una camilla en la que reposaba una niña de unos doce años. Luego bajaron dos matrimonios que no tenían la menor pinta de enfermos, pero sí un aire clarísimo de extranjeros. (El descenso de ellas fue la impresión más fuerte de la jornada: ¡llevaban pantalones!) Luego bajaron Pedro Ramírez y Ricardo Lavín, de *El Tiempo* y *El Correo de España*; y finalmente un viejo señor con perilla y rostro extremadamente pálido.

Había bajado medio pueblo a la estación y seguramente en Torre no había quedado un solo niño.

—Las maletas... ¿Le llevo las maletas, señora?

—Son dos kilómetros, señora. ¿Le llevo el equipaje?

—¿Taxi? Aquí no hay eso, señora. Ahí está mi carro.

—Dos borricos... Tengo dos borricos. Son mansos, señor.

—Ya te dije que no debíamos venir. Esto es un desierto.

Súbale con cuidado, por favor.

—¿Alguno más quiere montar en mi carro?

Segundos después la caravana trotaba alegre hacia Torre de Muza.

—Mañana serán cincuenta, veréis —dijo Ponce.

—¿Dónde van a meterse?

—Un negocio de tiendas de campaña no estaría mal, ¿eh, Sátrapa?

La señora Juliana puso a su puerta un letrero que decía: «Ay un cuarto livre». Nina puso un letrero: «Se da de comer. En 30 pesetas». En casa de Andrés pusieron: «Dos cuartos se alquilan. Cama matrimonial». (Encima de esta segunda frase había otra tachada: Cama para dos.) El tío Lucas fue más escueto. Puso: «Fonda».

Miguelito Ponce publicó su artículo: «Una gran multitud acudió hoy a Torre de Muza» y una entrevistó con un viejo enfermo de cáncer, y con la madre de una niña afectada de parálisis infantil. La primera se titulaba: «Tengo fe». La segunda: «¡Quisiera tanto poder jugar!».

El cronista de *El Tiempo* tituló: «Todo un pueblo enfervorizado en torno a la cruz milagrosa».

Ricardo Lavín tituló en *El Correo de España*: «Dios ha bajado a un pueblecito español».

Y Ponce mandó un nuevo reportaje para la edición de la tarde, en el que decía: «Sería conveniente que el Gobierno pusiera trenes especiales para facilitar el acceso a Torre de Muza».

XVII

¿QUIÉN CONOCE el alma de los pueblos? Los aldeanos, de puro elementales, no pueden entenderse. Tienen el corazón a flor de piel. Cuando aman, aman; y cuando odian, odian. En su vida no hay apenas recovecos. Pero esto, en lugar de facilitar nada, lo complica todo: cualquier viento hace virar su vida. Y ¿quién sabe qué viento se levantará mañana?

Todo Torre vivía en el asombro. Apenas se atrevía nadie a opinar sobre el asunto por miedo a tener que cambiar mañana de opinión. Ahora sentían el orgullo de saberse importantes. No sabían si esta importancia se basaba en un bulo o una bendición. Ellos se limitaban a estar contentos, sin pararse a decidir si lo merecían o no.

Cualquiera que esta noche del miércoles se hubiera acercado a ver serenamente el pueblo, hubiera pensado que era como cuando los chiquillos tiran una perra a cara o cruz, y la moneda, antes de caer plana al suelo, rueda durante unos segundos y se tambalea a derecha e izquierda, como indecisa, sin que sea posible acertar cuál será su postura decisiva.

Ahora parecía inclinarse a la alegría, y la llegada de los viajeros hizo nacer en el pueblo un aire de bulla verbenera que no se conocía desde los novillos del año anterior. De todas las ventanas salía olor a aceite y las mujeres se asomaban a las puertas de las casas con las manos llenas de harina. Sí, las rosquillas se venderían bien.

Hubo un momento de desconcierto cuando don José Antonio se negó a dirigir el rosario ante la cruz. Pero no fue difícil resolverlo: Lucio lo haría muy bien.

Pero el desconcierto se renovó cuando, acabado el rosario, nadie supo qué había de hacer. Evidentemente allí había que organizar algo. Pero, ¿qué? He ahí el problema. Los enfermos estaban allí en silencio y el milagro no había venido. Todos estaban embarazados.

Mas el pueblo volvió a respirar al ver que los enfermos no eran demasiado exigentes, pues le daban a Dios tiempo para percatarse de su presencia. Y respiraron, sobre todo, cuando no pusieron caras raras al pedirles cincuenta pesetas por cena y cama una noche.

¡Cuántos sueños de lechera nacieron en el pueblo! Trescientas cincuenta noches a cincuenta pesetas daban 17.500 pesetas. Una cama podía dar más dinero que una tierra. Y no necesita mulas, ni hay que doblar la espalda sobre ella. Las mujeres sonreían al ver las hermosas cifras; los hombres no lograban desarrugar el ceño, pero a veces detrás de la negrura de sus ojos aparecía un relámpago de esperanza. ¡Quién sabe si, a la larga, no resultaría mejor la sequía que la lluvia!

Pero los hombres tenían miedo al dinero fácil; sabían que se envenena siempre

entre las manos. El trigo, no. Se le ha sembrado, se le ha visto crecer. Es como si saliera de las entrañas de uno. Los hombres del pueblo amaban el dinero que salía del trigo; sabían que ése no se pudre nunca. Pero, ¡ay el dinero fácil! Por eso junto a los sueños de color de rosa de las mujeres hubo vuelos de cuervos en los sueños de los hombres.

Y otra vez se levantó la mañana seca sobre el pueblo. Como una piel de cuero. Pero el sol aquel día les pareció a las mujeres menos despiadado y menos duro a los hombres. Algunas mujeres hasta cantaron al deshacer las camas, y la radio de la taberna del cojo funcionó desde más de mañana y con más fuerza. Las muchachas pasaron mucho tiempo ante los espejos, y aunque no se decidieron a ponerse los vestidos de fiesta, si adornaron los trajes de diario con los cinturones y pañoletas del domingo. Las madres las miraban sonrientes.

También la misa estuvo más concurrida aquel día. Don José Antonio había recibido una carta del Obispado indicándole que se quedara a vivir en Torre para observar los hechos más de cerca. Y así el pueblo volvió a tener lo que hacía muchos meses no disfrutaba: la misa en días de diario.

Don José Antonio la decía siempre despacio, pero aquel día había en todos sus gestos un aire de cansancio. La arruga que cruzaba de parte a parte su frente hoy era más profunda y en sus ojos había sueño de varios días. Cuando se volvió al *Dominus vobiscum* y vio que había más gente, quiso alegrarse, pero no le fue posible. Ya no sabía qué era de Dios y qué del diablo. Desde la muerte de don Macario sólo habían transcurrido cuatro días, ¡y en ellos tantas cosas y tan difíciles! Sentía como una presión en el pecho que le dificultaba continuar la misa. Le pesaban los brazos y apenas lograba levantarlos. Y cuando tomó el pan en las manos para consagrarlo, se dio cuenta de que le invadía el pánico. No supo por qué vino a sus labios aquella frase: «No he venido a traer la paz, sino la guerra». Y tuvo que hacerse violencia para decir las palabras que convierten el pan en cuerpo de Cristo, porque en sus oídos sonaba hasta atronar un ruido de espadas. Y, luego, apenas dijo las palabras de la consagración del cáliz, abrió, hasta no poder más, los ojos. Y es que acababa de imaginarse que la sangre crecía y desbordaba del cáliz y resbalaba sobre los corporales y caía a sus pies, y crecía y cubría sus zapatos y llegaba a sus tobillos y corría por todos los rincones de la iglesia y todos huían aterrorizados mientras él se quedaba solo ante el altar mientras la sangre crecía de nivel en su cintura. Y fue entonces cuando el miedo le heló los huesos, pero no fue por lo que había imaginado, sino porque comprendió que aunque eso sucediera no podría tener más miedo del que ya tenía; que la sangre corriendo por las calles no sería más terrorífica que la que ahora corría. Pero no supo decir si era el amor o el odio.

Tuvo que hacer un esfuerzo casi físico para poder continuar la misa. Sentía que

todo le pesaba como si tuviera un saco de arena colgado de sus brazos, un saco colgado de sus ojos, un saco colgado de su alma.

Acabada la misa se sentó en el confesonario, casi más por costumbre que por otra cosa, ya que los días de diario nadie se confesaba en Torre. La iglesia estaba ya semidesierta. Don José Antonio hundió la cabeza entre las manos. En su mente había una sola palabra: demasiado.

Crujieron las maderas de la derecha del confesonario. El cura abrió la ventanilla y la sombra de una cara apareció en contraluz a la suave claridad de la iglesia.

—Padre...

Notó angustia en la voz que le hablaba. Se inclinó levemente a la derecha.

—Necesito su consejo.

Entre la voz y los rasgos que comenzaban a delinearse tras la rejilla le dieron indicios para comprender que era María la mártir.

—Dígame, hija.

Don José Antonio se humanizaba en el confesonario. En aquel pozo negro olvidaba sus asperezas espirituales. Del sacerdote que era durante el resto del día sólo quedaba la debilidad. Se sentía allí aún más desamparado. Hablaba atropelladamente a los penitentes, como suelen hablarse los que velan un cadáver.

—Señor cura, usted sabe todo lo que está pasando en este pueblo.

—Sí, hija mía; mi corazón está lleno de miedo.

—Yo sería feliz si tuviera miedo. El miedo es cuando esperamos algo malo. Y el mal ya está aquí. Padre, el demonio está en el pueblo.

—Y ¿qué podemos hacerle, hija?

—No lo sé. Darnos cuenta, quizá. ¿Ha visto? Ellos se ríen, viven. ¿Cómo no le ven? Yo siento la piel casi quemada. Y es él. Él.

Hubo un silencio.

—Padre, quiero pedirle permiso para hacer un voto, un voto de sangre. Ahora ya comprendo para qué volví a la vida. Mi muerte tal como fue no valía nada, y Dios está muy necesitado de muertes voluntarias. Quizá quería la mía. ¿No ha sentido cómo huele a sangre este pueblo? Alguna va a derramarse. ¿Por qué no la mía?

—¿No está contenta de la vida?

—Padre, ¿cómo daría a Dios una vida de la que no estuviera contenta? Él no acepta lo que se le cae a uno de los brazos demasiado cargados, o los pesos que uno está deseando soltar. A Él le gusta lo que hay que arrancarse. Aunque lleve un pedazo de piel consigo. Todas las cosas de Dios bordean la muerte.

Don José Antonio recordaba sus angustias de un momento antes. «No he venido a traer la paz, sino la guerra», dijo dentro de sí. Y, como si ella hubiera adivinado su pensamiento, dijo:

—¿Cuándo se ha visto una guerra que no deje víctimas a los dos lados? No es un

juego la guerra.

Don José Antonio no decía nada. Estaba como ausente del confesonario.

—¿Puedo, entonces, padre?

—¿Cuál?

—Hacer mi voto.

Don José Antonio habló entonces, pero lo hizo sin darse casi cuenta de lo que decía. Le pasaba a veces en el confesonario: decir cosas que nunca había pensado y que una vez fuera de los labios le parecían palabras de otro.

—Hija mía, la sangre que tú tienes que derramar es tu vida. Sufre, llora. Las lágrimas son lo único que no enturbia la vida. A veces valen tanto como la sangre.

—Padre...

—Dime, hija.

—Quisiera pedirle otra cosa: que usted me ayude a acercarme a Dios. Hay rincones en mi vida que no son suyos. Y me asusta pensar que los pecadores son pecadores de cuerpo entero y nosotros...

Cuando la mujer se fue, don José Antonio se sentía como aliviado. Respiró hondamente. Y oyó crujir la izquierda del confesonario. Tras la ventanilla vio ahora el brillo de un pelo rubio y dos manos que se apretaban a la rejilla. Oyó una voz de niña, vacilante:

—Ave María Purísima.

Luego le pareció oír un suspiro hondo.

—Padre...

Y la voz se quebraba en manos del llanto. La cara se apartó un instante y dejó entrar suficiente luz para que don José Antonio reconociera a Magdalena.

Cuando se hubo calmado se pasó la mano por los ojos. Dijo:

—Padre, sé que lo que digo es una tontería: quiero meterme monja.

Don José Antonio levantó un poco la cabeza y en sus labios nació una sonrisa. Ella, entonces, sin voz, pero con un gesto de grito, dijo:

—No se ría. —Luego con más calma—: Lo he pensado mucho.

—¿Y qué has pensado?

Don José Antonio lo dijo con ternura; como se habla a una niña. La voz de ella se hizo sorda.

—Aquí somos todos unos puercos.

Y, luego de repente, cambiando de tono:

—¿Sabe que quieren matar a mi hijo?

Don José Antonio intentó mantener aún la ternura, pero la voz le salió áspera.

—¿Por qué no piensas antes en tu pecado?

Al otro lado hubo un nuevo silencio. La niña había vuelto a llorar, pero no con las

lágrimas históricas de antes. El de ahora era un llanto resbaladizo, blando. Dijo:

—¿Quiere ayudarme?

Todo fue tan sencillo. La muchacha hablaba con aire de niña y contaba lo que había hecho con el mismo tono con que hubiera descrito el robo de un puñado de galletas.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer?

La voz de Magdalena se robusteció de repente, como si creciese varios años en un segundo. Habló como si lo tuviera todo muy pensado:

—Cuando el niño nazca lo dejaré en un hospicio. Pediré que lo lleven a un sitio desconocido para mí. Y luego entraré yo en otro hospicio a cuidar los hijos de otros.

Ahora le temblaban las palabras. Luego el rostro se le iluminó.

—Quizá un día, viendo unos ojos, dudaré si será el mío.

El cura pensó que ya estaba la chiquilla haciendo romanticismo. Pero ella concluyó:

—Y no será.

Luego, de pronto, las manos se crisparon en la rejilla.

—Pero, padre, ahora, por favor, ayúdeme a defender la vida de mi hijo. Prométame que lo hará.

Él se lo prometió.

Fue después de la misa cuando el pueblo se dio cuenta de la falta que les hacía Renato. Realmente, «el programa de actos» que Torre podía ofrecer a los forasteros era tan corto como poco variado... ¡No iban a pasarse el día entero rezando ante la cruz! Renato hubiera dado un poco de color al asunto.

Porque además don José Antonio se había plantado y no había modo de hacerle intervenir en nada. Hubiera podido hacerse una procesión nocturna con antorchas — como en Lourdes, había dicho la maquilera— o un rosario de la aurora, con subida a la ermita y salve ante la Virgen de los ojos negros... Pero el curita había dicho que nones, y sin él poco podía hacerse.

En algunas casas hasta empezó a hablarse bien de Renato.

—Si Renato estuviera aquí...

—Yo siempre dije que era bueno.

—Aquí estamos todos orgullosos de Renato.

Los niños jugaban por las calles.

—Yo era la muerta.

—Y yo te curaba.

—Venga.

—Tú tumbate ahí y cuando yo te llame tú mueves la cabeza así, y luego así, y luego dices: ¿Dónde estoy?

—Venga, pero que lloren éstos.

—Sí, hala.

En casa de Maneras no habían salido aquella mañana a los pastos. ¿Qué iban a comer los animales si todo estaba seco? Sito estaba sentado en las rodillas de su padre, que le miraba con satisfacción. Tenía el mismo pelo negro y duro que él, y todo su cuerpo iba siendo ya el de un hombre. Sólo en la mirada había un toque femenino, lo único que de Pilar quedaba sobre la tierra.

—Yo pensé decirle que resucitase a madre, pero entonces, ¿quién cuidaría de la niña en el cielo?

Nicolás no se atrevía a contestar a su hijo. Temía en medio de sus palabras ver aparecer las lágrimas en los ojos. Tembló todo al oír llamar «la niña» a aquel pedacito de carne amoratada que habían colocado junto al cadáver de su mujer.

—Porque a Loli tendrán que darle de mamar todavía y a lo mejor en el cielo no tienen vacas. ¿O sí tienen?

—¿Por qué dices que no hay vacas en el cielo?

—Porque lo ensuciarían. Pero a lo mejor le dan leche de cabra. Porque cabras sí tiene que haber. Que si no, se aburrirían los pastores.

Maneras pasaba los dedos de su mano por entre la melena de Sito, que repetía muchas veces sus frases:

—Claro que sí, cabras tiene que haber.

Luego se detenía y abría los ojos hasta el fondo.

—Y si resucita madre, ¿quién enseñará a rezar a Loli? Arriba tienen que rezar y Loli se fue sin saber hablar. Y si no la dejaron entrar por no saber rezar...

Maneras no hubiera sabido explicárselo a nadie, pero lo cierto es que hablar con su hijo le serenaba, como deben serenar a las playas sudorosas las primeras olas de las mareas altas. Oyendo a Sito comenzaba a creer verdaderamente en la inmortalidad.

Y todo hubiese continuado sin alteraciones sí a las once no hubiera sucedido lo de Elena. Decididamente, ni Dios ni el diablo se estaban quietos en Torre.

Los peregrinos, unos después de haber oído misa y otros simplemente tras el descanso de una buena noche, se dirigieron a la cruz de la laguna y tras ellos se fue la casi totalidad de las mujeres del pueblo. Se distribuyeron en corros por toda la explanadilla y algunos se pusieron a rezar y otros sencillamente a esperar. No es que esperasen nada concreto; sencillamente, esperaban. Una mujer del pueblo puede sentarse, dejar caer las manos sobre el regazo y pasarse horas y horas sin hacer nada ni pensar en nada.

En uno de los corros de rezadores, el capitaneado por Manuela, estaba Elena, la mujer del alcalde. Había dormido mal aquella noche y llegó muy pálida. Manuela lo había advertido en seguida.

—¿Estás mala?

Se lo había dicho rogándole que se fuese, pues todos tenían miedo a sus ataques epilépticos, que le daban pocas veces, pero eran violentísimos. Varias veces había comenzado a chillar en la iglesia, caída en tierra y entre horribles convulsiones.

—No, estoy bien —había respondido.

Pero esto no había tranquilizado a Manuela, que la estuvo observando constantemente. Y fue en el rezo del cuarto misterio —Jesús con la cruz a cuestas— cuando de pronto se puso en pie. Manuela se levantó para cogerla antes de que cayera. Pero no cayó. Erguida y solemne, comenzó a caminar hacia la cruz con las manos tendidas hacia adelante.

Todos callaron y muchos contuvieron la respiración. A Elena le brillaban los ojos con un aire casi sobrenatural. Su cuerpo raquítico y menudo parecía investido de una nueva fuerza. Le abrieron paso, y tras ella se formó un semicírculo que la seguía, con los brazos preparados para detener su caída. Su paso no era el de un epiléptico, sino pausado y poderoso. Quizá demasiado rígido.

Se arrodilló al pie de la cruz. Como magnetizadas, se postraron tras ella todas las mujeres. Desde sus camillas los enfermos estiraban los cuellos. El silencio era impresionante y las palabras de Elena se oyeron con toda claridad.

—Dime, Señor.

Hubo una pausa. Todos los ojos estaban pendientes de los labios de Elena, que temblaban ligeramente. Agitó la cabeza inclinándola adelante y atrás. Dijo muy suavemente:

—Sí.

Daba la impresión de que hablaba con alguien. Su mirada estaba fija en el centro de la cruz. Todos los ojos iban de la cara de ella a la cruz, intentando entender algo.

—Como Tú quieras, Señor.

Los segundos entre frase y frase se hacían eternos.

—¿El viernes?

Todos querían adivinar el sentido de aquellas frases inconexas.

—Ya se lo diré, Señor.

Los ojos de Elena irradiaban de felicidad. Ahora temblaba toda ella. Poco a poco sus ojos se fueron apagando, pero sin perder la sonrisa. Inclinó la cabeza. Todos tuvieron la certeza de que la visión había desaparecido. Se levantó lentamente en medio de las mujeres, que ahora la rodeaban por todos lados. Manuela la sacudió de los hombros. Elena abrió los ojos como quien despierta de un sueño. Dijo con un tono casi infantil:

—Vi el Corazón de Jesús clavado en la cruz.

Muchas mujeres volvieron temerosas la vista a la cruz y las que le daban la espalda se retiraron.

—¿Qué te dijo?

—Que el viernes habrá un gran milagro aquí. Que os lo diga.

Y entonces sus ojos se pusieron en blanco y comenzó a temblar. El cuerpo se derrumbó en brazos de Manuela. Era el ataque.

Pero otra vez vibró todo el pueblo y Miguelito Ponce pudo titular su crónica: «El Corazón de Jesús anuncia un gran milagro para el viernes».

XVIII

CUANDO RENATO salió del Palacio Episcopal era casi feliz. Serían las tres de la tarde, y el sol, dorado y hermoso, hacía relucir el asfalto de la ciudad. Como tenía todavía cerca de una hora para el tren prefirió no ir directamente a la estación y dejó a sus pies andar en la dirección que quisieran. Así enfiló una calle ligeramente en cuesta, hasta desembocar en una plaza pequeña e irregular en la que se encontró con la primera sorpresa. Un amplio tendido de bombillas de colores daba techo a la plaza. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Irola estaba en fiestas.

Se paró y estuvo un largo rato mirándolas. «¡Qué bonito!» Las amarillas se combinaban con las rojas, verdes y azules y hacía el efecto de un gran árbol de colores cuyo tronco fuera la fuente que centraba la placeta. ¡De noche debía hacer un efecto precioso! Tuvo por un momento tentaciones de quedarse aquella noche sólo para verlo encendido. Pero luego se rió de la tontería que pensaba. Así tuvo que contentarse con guiñar el ojo izquierdo e imaginarse cómo lucirían cuando estuviese oscuro.

La ciudad estaba adormilada todavía y comenzaban a salir los primeros hombres hacia los cafés. A Renato le agradaba contemplar a los transeúntes, sobre todo si tenían vestidos de colores vivos. Cuando pasaban las muchachas jamás se fijaba en lo que todo el mundo, entrecerraba los ojos y miraba largamente el airear de los vestidos. Contemplaba a la multitud como a un paisaje, como si la viera desde una torre.

Ahora se dio cuenta de que también en una de las calles laterales habían bombillas de colores y siguió por ella. Entrecerró de nuevo los ojos para verlas y le parecieron gigantescas ruedas de churros colgados de un alambre. Se rió. Luego las luces tomaban forma de arco y todas juntas parecían un pasadizo de colores. Un letrero le explicó: «Al real de la Feria».

Siguió marchando bajo los arcos hasta toparse con un pequeño jardín escoltado por dos filas de árboles que medio le cerraban por arriba. A Renato le dio toda la impresión de un nido. Pero luego no supo decirse si era por lo cerrado de los árboles o por la alegría que había dentro de él. Grupos de niños corrían por el paseo que marcaban las dos filas de árboles y otros subían y bajaban por los toboganes y jugaban en los columpios del centro.

Ahora comprendió Renato que su alegría no era injustificada. No había podido ni soñar que hubiera lugares tan jubilosos como éste. Pensó: «Cuando venga a la ciudad me pasaré aquí todo el tiempo libre». Y añadió: «Porque del convento me dejarán salir. No voy a ser fraile».

Se sentó en un banco y medio minuto más tarde un niño se escondía detrás de él. «¡Yaaaa vaaaaale!», gritó.

Pero estaba visto que aquello era la caja de las sorpresas. En aquel momento comenzó a sonar a sus espaldas una charanga. Se levantó como asustado y vio que el niño escondido tras él se olvidaba del juego y se precipitaba a la verja que separaba el jardín de la calle. Gritaba: «¡El circo, el circo, el circo!».

También Renato fue y acercó su rostro a la tela metálica que se adhería a la verja. Se acercaba una caravana precedida de una abundante chiquillería. Seis hombres vestidos de rojo y amarillo iban delante tocando el bombo y los platillos. Luego, otros tres en hermosos caballos rojizos iban vestidos con un traje que Renato no pudo reconocer. Llevaban unos amplios sombreros de cuero y sobre los hombros y los lomos del caballo muchos metros de cuerda. Le extrañó también que llevaran al cinto pistolas relucientes. Luego, la gran maravilla, el suceso de la mañana. Fijaos: detrás de los caballos venía nada menos que un elefante. Renato pensó que había llegado la gloria para él.

Fue entonces cuando los niños que miraban el desfile a su lado echaron a correr casi entre sus piernas y le hicieron poco menos que caer. «Vamos, vamos detrás.» Renato no lo pensó más y un minuto después estaba corriendo con los chiquillos. Naturalmente, no se dio cuenta de que dos chicas soltaron la carcajada al ver su manera ridícula de correr.

El elefante andaba lentamente y descansaba todo su cuerpo en cada pata que posaba en el suelo. Renato pensó: «Si coge a uno debajo...» Sobre la espalda del elefante iba una caseta de colores, lo mismo que en los libros de cuentos, y desde sus dos ventanillas un hombre vestido de indio tiraba a derecha e izquierda papeles de colores. Renato no dudó un instante en mezclarse con la chiquillería para recogerlos por el suelo y al cabo de unos minutos tenía las manos llenas de papeles de colores. Los metió en el bolsillo sin mirarlos y siguió tirándose al suelo hasta que tuvo los bolsillos llenos.

Ahora la comitiva entraba en la plaza de Irola, y Renato se acordó por vez primera de que tenía que ir al tren cuando vio que el reloj marcaba casi las cuatro. El tren salía dentro de siete minutos y ni sabía dónde estaba la estación.

Por fortuna no era lejos y cuando entró jadeante en el andén todavía comenzaba a resollar la máquina. Al verse en la plataforma respiró. Oyó el pitido de la locomotora. Dijo: «Menos mal». El tren arrancó.

El obispo de Irola pasó algo más tranquilo aquella tarde. Había dado con la solución exacta. Tras cuatro días de interrogatorios —y el de esta mañana del viernes había durado tres horas— había llegado a la conclusión de que era imposible sacar conclusión alguna. Había muchas aguas turbias en todo aquello y se mezclaban demasiadas pasiones. Hubiera sido necesario que fuera él mismo a Torre a estudiar el asunto sobre el terreno; y sólo después de oír la declaración de todo el pueblo hubiera

podido concluirse algo. Pero esto hubiera sido empeorar las cosas. Hubieran surgido partidos en el pueblo y el odio hubiera nacido en los corazones que quedaran sin emponzoñarse. No podía olvidarse que estaba por medio la pérdida de la cosecha.

Así había pensado que la única postura que podía resolver el asunto era ésta: esperar. Pero a la vez alejar a Renato del pueblo. Y luego, cuando dentro de seis meses el odio hubiera pasado y la nueva cosecha limpiase los corazones, habría sonado la hora de hacer una investigación serena.

Por eso había conseguido para Renato un puesto de jardinero en el vecino convento de los Agustinos y le había prohibido revelar en la capital su verdadera identidad. Renato había recibido este plan con verdadera alegría y esto tranquilizaba al obispo.

Sólo le quedaba un pequeño resquemor: había invitado a Renato a comer con él y durante la comida se había sentido inexplicablemente comunicativo y le había contado casi toda su vida. Ahora, Su Excelencia se pregunta quién le empujó a confesarse con un desconocido y no encuentra respuesta alguna. Le tranquiliza el recordar los ojos de Renato al escucharle: ojos de niño que oye una fábula.

El obispo pensaba todo esto en su visita vespertina al Santísimo. A su oración llegaban, como golpes de viento, frases de sus conversaciones con Renato. Cuando le confesaba que hacía mucho que no podía dormir porque tenía los sueños como envenenados, y que varias noches se había levantado porque había visto que todo el pueblo ardía... Recordaba ahora aquella frase que le extrañó por su precisión: «No hago yo los milagros. Alguien los arroja desde dentro de mí». Y aquella otra: «¿Tendrá el pedernal la culpa de llevar fuego dentro? No me golpeen si no quieren que quemé». Le vino a la memoria su diálogo:

—¿Eres mejor desde que empezó todo esto? —le había preguntado él.

—Creo que sí, señor —había respondido. Su tono era de humildad.

—¿-En qué lo notas? —había insistido él.

—Ya sé sufrir sin quejarme.

Al obispo le había extrañado la contestación y había preguntado:

—¿Sufres mucho?

—Señor obispo, el cristianismo no es una confitería.

Lo había dicho riéndose, con aire de broma. Pero el obispo comprendió que la frase tenía una tremenda seriedad.

Ahora el obispo se maravillaba de por qué había hecho entonces la otra pregunta, pero había sentido necesidad de saberlo.

—Hijo mío, dime: ¿has cometido algún pecado mortal en tu vida?

Él había callado y había echado para atrás la cabeza. Entonces él, con miedo a haber cometido una indiscreción, había dicho:

—No me respondas si no quieres.

Renato había contestado con sencillez:

—Quiero, señor obispo, pero temo cometer el primero respondiendo que no. Y sin embargo sería la verdad.

El obispo recordaba ahora todo esto con un aire de pesadilla, vista ya ahora desde la orilla de la seguridad. Sus labios se movieron en oración. Y un minuto después se dio cuenta de que estaba rezando por el guardavías.

Cuando Renato recobró el aliento se dispuso a buscar algún sitio en los departamentos. Al ir a abrir la puerta, casi fue arrollado por una muchacha joven, alta como una pértiga y vestida de un verde vivísimo. Precedía a un grupo de una docena de chicas que reían y gritaban todas a la vez.

—Vamos a este otro. Éste va lleno de...

—¿No será primera ése?

—¿Quién lleva los billetes?

—¿Os enterasteis si tiene río el pueblo ese?

—Si no, a la laguna.

—¡Uf, con lo que huelen!

—¿Quién cogió las meriendas?

—¿Viene por fin Roberto?

Las chicas se habían atascado todas ahora en la plataforma porque la puerta de unión con el otro coche no podía abrirse. Renato había quedado empaquetado en un rincón.

—Está cerrado.

—Nos mató.

—Nos quedamos aquí.

—Sí, que aquí podemos cantar.

—Preguntadle a alguien si hay río en Torre. Renato dijo.

—No, río no hay.

—¿Lo sabe usted?

Era una muchacha menudita pintada como un coche.

—Soy de allí.

—¿Y no hay?

—No.

Las doce caras dibujaron un «¡oh!» larguísimo de desilusión.

—Ya merendaremos en cualquier sitio.

—Veréis que nos divertiremos.

—Y a lo mejor nos traemos un milagro.

—Mi flemón.

—O mi novio.

—El mío.

Lo habían dicho cuatro voces y siete carcajadas.

—¿Cómo se llama el nuevo santo? ¿Nadie lo sabe?

—Preguntádselo a ese hombre.

A Renato le preguntaron cómo se llamaba «el nuevo santo». Las miró sorprendido.

—¿Nuevo santo?

—Sí, el tío de Torre.

Renato no entendía nada. Pretendió disculparse.

—Yo... yo...

Pero las muchachas ya no le escuchaban. Una había gritado:

—¡Mirad qué chalet!

Y todas se habían vuelto.

—¡Con piscina!

—¡Es un amor!

—¿Por fin no viene Roberto?

Renato se había escabullido y se preguntaba todavía qué habían querido decir con eso de «el nuevo santo de Torre». Aquel día no pisaba en la tierra. Se sentía feliz y no parecía recordar nada de cuanto había sucedido en los meses anteriores. Sonrió, pensando: «¡Qué crías éstas!» Y luego añadió para sí: «Parecen mariposas». La parecían realmente. Entrecerró los ojos contemplando al grupo, que vestía como un rebullido de colores.

Fue a entrar en el primer departamento. Corrió la puerta.

—¡Oh, perdón!

Las dos bandas de asientos estaban ocupadas por dos enfermas tendidas a lo largo. En el medio, y asomada a la ventana, una muchacha joven vestida de enfermera se había vuelto y sonreía.

—De nada.

En el departamento siguiente había un lugar vacío. Se sentó. Frente a él una señora gruesa se abanicaba sin descanso. A su lado, una muchacha de pelo rubio se inclinaba sobre un niño con gafas negras que contestaba sin volver la cabeza hacia ella. Renato comprendió que era ciego. La señora de enfrente se dirigió hacia él:

—¿También usted es enfermo?

—¿Yo? —Renato pensó: «¡Qué preguntas más raras me hacen hoy!» Dijo—: No, yo estoy bien.

—¡Ah! —La señora puso cara de desilusión—. Pero va usted a Torre.

—Sí.

—Y ¿a qué? —Un viejecillo al fondo del departamento se rió ante la frescura de la señora. Renato no supo apenas qué contestar.

—Yo... voy a... Soy de allí.

La señora puso cara de felicidad al oírle.

—¡Qué bien! Así podrá usted contarnos cosas de allí.

Pero, al parecer, la señora no quería oír cosas, sino decirlas ella. Continuó charloteando:

—¿No es maravilloso que esto haya sucedido? Yo tenía tantos deseos de tener en España un santuario de milagros... ¿No era una vergüenza que los tuvieran en todas partes menos nosotros? Y aquí tan cerca... ¡Es tan emocionante! Y lo necesitamos tanto... ¿No han visto ustedes cómo marcha el mundo? ¿Han visto esas chicas? ¿No las dará vergüenza vestir como visten? Ni un tanto así de manga. —Renato se dio cuenta ahora de que llevaban los brazos al aire—. ¡Y qué escotes! Un castigo de Dios, y qué castigo nos merecíamos. O se merecen. ¡Las muy desvergonzadas! ¡Ay si yo fuese Dios!... —Renato sintió un escalofrío al pensar lo que sería el mundo con un dios tan estúpido.

La señora calló de pronto. Se volvió a Renato.

—Pero le he interrumpido. Usted iba a contarnos cosas del pueblo. Porque usted habrá visto los milagros. ¡Ah, tuvo que ser maravilloso! Ver la cruz que se levanta. Un milagro tan bonito. Y él, ¿cómo es?

—¿Él?

—Sí, el hombre de Dios.

—¿El cura? Murió.

—¿Quién habla del cura? Digo el hombre ese. ¡Ah, sí, un hombre de Dios! Hay almas tan hermosas entre los aldeanos... Donde menos se espera... Sí, diamantes en el barro. He de verle para pedirle una conferencia para nuestra asociación. ¡Oh, ustedes perdonarán si no me he presentado! Soy la presidenta de...

Renato ya no oía nada. Sentía una sensación de mareo que se unía a unas terribles ganas de vomitar que le impedían oír nada.

Llegaba a sus oídos un como ruido de mar en el que se mezclaban algunas palabras perdidas. Porque la señora hablaba, hablaba, seguía hablando:

—Cuacuacuacua - devoción - patatatata - dulcísimo - infierno - milagros - misericordia - dulcísima - devotísimo - rosario - caridad - cristianismo - arzobispo - nación - más - católica - del - mundo - modas - extranjeras - corrupción - comunismo - juventud - pervertida - San - Melifades - presencia - de - Dios - como - van - vestidas - novenas - yo - comulgo - todos - los - días - en - mis - tiempos - caridad - pobretones - no - te - lo - agradecen - no - sé - de - qué - se - quejan - soltera - cielo - como - para - mi - deseo.

Renato dijo:

—Perdonen. He de salir. Me mareo.

Salió al pasillo y se asomó a la ventanilla. Una ráfaga de aire golpeó la cara, pero en vez de serenarle aumentó sus arcadas. La señora le golpeaba las espaldas y esto

acrecía aún más su mareo. Por fin sintió que la comida le subía a la boca. Y que un río caliente le corría por la barbilla y ensuciaba los cristales.

No oyó el chillido que dio una de las muchachas. Ni la frase de la otra.

—¡Qué asco!

—¿No pudo hacerlo en el retrete?

Se sintió más sereno. Ahora el aire le hacía bien. Sacó la cabeza de la ventanilla. Estaba palidísimo. Atontado aún. No pudo percibir el movimiento de la señora, que buscaba un pañuelo en el bolsillo de cuero que le colgaba del brazo. Ni la vio dudar un segundo con él en la mano y, como arrepintiéndose, dejarlo en el fondo, y cerrar el bolso. Le dijo:

—Límpiese la barbilla. ¿No tiene un pañuelo?

Renato lo hizo. Intentó sonreír. Dijo:

—Gracias.

La señora contestó:

—De nada. Algo malo que había tomado. Ya verá qué bien se siente ahora. Siempre, cuando no se está bien del estómago, está uno malo hasta que lo...

Siguió hablando, sentada ya en el departamento. Renato continuó en la ventanilla. Y entonces descubrió que su malestar no era físico, sino mucho más hondo. Era miedo. Comenzaba a descubrir la verdad y le asustaba.

Dio unos pasos a lo largo del pasillo y se convenció de que no se equivocaba, al encontrarse varios enfermos más en los departamentos siguientes. Volvió a su sitio en el pasillo y se sintió desfallecer. Apoyó la cabeza contra el cristal de la ventanilla, que le pareció extrañamente frío para el calor que hacía.

Las lágrimas subían a sus ojos. Pensó: «Hemos llegado al fin. Sólo faltaba eso: la feria de los milagros. ¿Cómo puedes soportarlo Tú? No cree nadie, nadie. O quizá creen, pero ninguno ama».

Se sintió solo. Pero su soledad no era la de aquel a cuyo lado no hay nadie; era una soledad mucho más honda: la del que está desnudo ante el vacío; la que tendremos a la hora de nuestro juicio, definitivamente solos ante Dios. Todo cuanto le rodeaba —cosas, tiempo, sucesos— se venía abajo, se desmoronaba. Sentía como si toda su vida estuviera puesta en una balanza y se la estuviese jugando en un instante. Él falló: perdida. Se veía desamparadamente inútil; más: dañino. Pensó: «Todo hubiera sido más fácil sin mí. Soy un estorbo». Hizo con el alma un gesto que hubiera correspondido en lo físico a un levantar los ojos diciendo; «Te estorbo».

Ahora era vértigo lo que sentía. Quería caer, ser como los demás, vivir. Poder ser malo, poder odiar. ¡Ah, qué deseos tenía de golpear, de matar, de cualquier cosa con tal de que fuera malo! Y después descansar y decir: «¡Ea, ya soy como los demás, como todos! Ya puedo vivir».

«No se puede vivir estando contigo. Es muy arriesgado.» Sí, había apostado por

el bien y eso se paga siempre. Y no es que le doliese. Conocía el dolor y no le tenía miedo a la muerte. Pero no había podido ni sospechar que las fuerzas del mal llegasen a esto. Que le odiasen, que le matasen, que le insultasen, era natural. Que le nombraran santo, no. Que le pidiesen milagros, no. Que creyesen en él, no.

Por eso tenía miedo. Pensaba: «La gran burla de Dios no es odiarle. Es hacerle un monigote a nuestro servicio. El odio engrandece al odiado. La mentira sonriente, he ahí el enemigo». Y ahora era la mentira lo que le rodeaba a él.

Corría el sudor por su frente y buscó el pañuelo en el bolsillo. Al tropezar con algo duro y crujiente lo sacó. Era una bola de papel. De momento no comprendió lo que era. Lo desdobló lentamente: El programa del circo. Una gran cara de payaso llenaba el centro del programa. Debajo, el nombre: Jimmy. No era un rostro cómico, sino feliz. Dos orejas enormes, una boca inmensa, muy salidos los pómulos. Los ojos eran azules y aumentaban su placidez dos manchas azules en los lagrimales. Las cejas se levantaban sobre los ojos como una comba muy cerrada. En la brillante calva, un diminuto sombrero amarillo ocupaba el lugar del pelo inexistente.

En aquel rostro adivinaba Renato su vocación. Él era eso: un payaso, un hombre que sabía jugar con seis bolas. Es lo que debió ser siempre; no servía para más. ¿Es que no es bastante hacer reír al mundo? Ahora hacía sufrir. Se sentía culpable de todo el dolor de Torre, de todas las enfermedades de los que iban en aquel vagón del tren. Responsable, sobre todo, del nuevo dolor que todos aquéllos echarían aquel día sobre sus espaldas. Es más duro un desencanto que un cáncer.

Arrugó rabiosamente el anuncio, y al ir a bajar la ventanilla para tirarlo se dio cuenta de que no estaba solo. A su lado estaban la muchacha rubia y el niño ciego.

—Dime qué se ve.

La muchacha, casi una niña, le pasaba la mano por el cuello y se agachaba hasta el oído para hablarle, quizá por descubrir que aquella conversación suya era ridícula para todos los que no fueran ella y su hermanito. Renato aguzó el oído.

—Hay un campo grande con unos montes al fondo. Ahora hemos pasado una casita pequeña. Tenía tiestos en una ventana. También pasamos muchos palos de telégrafos. Y ahora viene un bosque, y unos caballos paciendo.

—¿De qué color?

—De todos. Blancos, rojizos; uno negro.

—¿De cuál hay más?

—Blancos los que más. Y ahora un río.

—¿Grande?

—No, pequeño.

—¿Tiene lavanderas?

—Sí, tiene dos.

—Me gustan los ríos. Recuerdo los del nacimiento. Me gustan. Dan fresco

cuando te los imaginas. Dime qué más.

—Ahora una bandada de palomas.

—¡Qué bonito!

Renato estaba desconcertado. De nuevo crecía la luz dentro de él. Siguió con la vista las palomas. Luego cerró los ojos y continuó viéndolas volar por su alma. Era como un chorro de paz. Dijo:

—¿Sois hermanos?

La muchacha rubia tenía unos ojos que también daban paz. Tanta como el imaginarse una bandada de palomas. Renato no sabría decir de qué color eran. Sabía que eran puros. Le bastaba.

—¿Vais a Torre?

La muchacha volvió a afirmar con la cabeza.

—¿Desde cuándo está ciego?

—Hace dos años. Fue un cáncer y hubo que extirparle los ojos.

—Y va a Torre...

Renato sintió como si renaciera el miedo. Ahora ya no temía por él. Ni siquiera por Dios. Temía por el niño. Por todos los niños del mundo. Se encucilló hasta que su rostro estuvo a la altura del del muchacho. Dijo casi llorando:

—No, que no veas. Que Dios te conserve la ceguera.

Y luego, casi suplicante:

—¿Para qué quieres ver?

—¿No es bonito el mundo?

La voz del muchacho era tan clara como los ojos de su hermana. Renato contestó agitando la cabeza, pero se dio cuenta luego de que el niño era ciego. Dijo:

—Es bonito cuando se mira desde los cinco años. Cuando se crece... No; pide a Dios que no cures. Ése será el verdadero milagro. Las palomas de dentro son más bellas que las de fuera... créeme.

Renato se había levantado. Señalando al niño, preguntó a la muchacha.

—¿Cómo se llama?

—Juan Carlos.

—¿Y tú?

—Maísa.

—Dime, ¿le quieres?

—¿A quién?

—A tu hermano.

Ella se rió.

—Óyeme entonces. Si le quieres, que no entre en Torre. Quedaos en la estación y coged el primer tren de vuelta.

—Pero...

—Haz caso a quien sabe. De Torre sólo sacaréis dolor. Hazme caso: a la salida de la estación hay una pradera. Sentaos allí y rezad el rosario. Volveos luego en el primer tren.

La muchacha le miraba sin comprender. Hubiera querido decir algo, pero fue interrumpida por los gritos de las chicas.

—Ya estamos.

—¡Qué mierda de estación!

—¿Y el pueblo?

—Ni se ve.

—¿Por fin no vino Roberto?

XIX

CUANDO EL TREN se detuvo en el andén de Torre, Renato comprendió que su hora había llegado. Se sentía sin fuerzas y otra vez volvía a su boca el deseo del vómito. Se retiró del cristal dejando paso a la señora gorda.

«No puedo entrar en el pueblo. Me quedaré en el tren hasta que bajen todos. Luego le diré al jefe que prescindan de mí, y en el mixto me volveré a la ciudad. Para siempre.»

Entró en el retrete haciendo tiempo. Nunca habían parado tanto tiempo los trenes en Torre. Para los maquinistas era una buena cosa porque así bajaban a estirar las piernas. Charlaban:

—Me la tienes que presentar.

—¡Un cuerno! ¡Para que me la quites!

—¿Se deja querer?

—Un poquito.

—¿Sólo?

—Un poquito... Menos de lo que uno quisiera.

Reían.

Aquel día la descarga de enfermos era más lenta. Se veía que los mozos improvisados no tenían mucha idea del asunto.

Las enfermeras se desgañitaban dando órdenes que nadie obedecía.

—Tengo ganas de quedarme un día en este pueblo para ver uno de esos milagros.

—¿Qué ibas a pedir? ¿Que la chata esa sea generosa?

—¡Buuuurro!

Los dos maquinistas se reían golpeándose las espaldas.

—¿Viste la panda esa de chicas que bajó?

—No me gustan. Señoritas. Son como los plátanos.

—Entiendes, ¿eh? ¿A ver cuándo me enseñas?

—¿A ti? Matemáticas te enseñaré. O pídeselo al santo de aquí, ¿no crees?

Por fin parecía que iban descendiendo los últimos enfermos. La chiquillería que invadía la estación había ido desapareciendo y en el andén quedaban muy pocas personas.

—Hala, vamos.

Cuando el tren se puso en marcha descendió Renato. No había nadie en la estación y se felicitó por ello. Iba a cruzar la puerta de salida cuando alguien le llamó.

—Oiga.

Dudó un momento antes de volverse. Era una voz de muchacha que le pareció conocida. Se volvió. Era la chica rubia del tren.

—Mi hermano no para de llorar.

—¿Dónde?

—Aquí. En la sala de espera.

Entró. Estaba muy oscuro y de momento no vio nada. Alguien le llamó por su nombre.

—¿Tú aquí, Renato?

Distinguió un bulto junto al muchacho. Dijo.

—No se ve nada.

Por fin reconoció a María la mártir.

—Ah, ¿eres tú?

Pero no se dirigió a ella, sino al niño, que tenía la cara dolorosamente contraída. Era su manera de llorar. No tenía otra.

—Quiero ir a la cruz. ¿Por qué no me llevas?

Renato se agachó junto a él.

—¿A qué? La cruz sólo te haría sufrir. Las cruces son para morir. Sólo para eso.

—Quiero ir.

—No debes ir.

Y ahora Renato comenzó a tener miedo. Oía a milagro. Su corazón temblaba como en las ocasiones anteriores. Dijo casi en un grito:

—No, eso no.

Los tres le miraron asombrados.

—¿Cómo dices?

Pero comprendieron que no hablaba con ellos. Miraba hacia lo alto. Dijo:

—Gracias.

Luego se inclinó hacia el muchacho.

—Juan Carlos, tú no sabes lo que es la vida. Yo sí. Por eso te lo aseguro: tú serás feliz, porque eres bueno. No necesitas ver para vivir contento.

Se detuvo; de pronto su rostro se iluminó. Dijo al muchacho:

—¿No ves la cruz?

—¿Dónde?

—Dentro de ti. Mira bien. Es grande. De piedra. Está junto a una laguna. Al lado hay una tapia. Es la del cementerio. De allí arranca un camino, un caminito de árboles verdes que lleva a una ermita. ¿Lo ves? ¿Lo ves todo?

El niño agitaba la cabeza.

—Sí; es todo como tú has dicho.

—¿Estás contento ya? Tu cruz es más bonita que la del pueblo.

Agitó nuevamente la cabeza. Preguntó:

—¿Tú quién eres?

—Un hombre de aquí, del pueblo.

—¿No serás el hombre de los milagros?

—No, no soy.

—¿Cómo te llamas?

—¿Para qué? De cualquier forma...

—Cuando me acuerde de ti, tú serás para mí «el hombre bueno». ¿Quieres?

—Quiero. Y ahora vete. Fuera estaréis más frescos.

Salieron los muchachos y Renato se quedó solo con María la mártir. Estaba cansado y se sentó en uno de los bancos adosados a la pared. Hundió la cabeza entre las manos y permaneció en silencio. María le contemplaba sin atreverse a hablar y el silencio se hacía denso por minutos. Pronto comenzaría a caer la tarde, y el sol, de un color ya mortecino, trazaba un cuchillo que partía en dos la sala de espera. Al fin habló María:

—¿Por qué has venido?

Renato no se movió. Ella dijo:

—No debiste venir. Esto es el infierno. Él ha entrado en muchas almas.

—¿Él? ¿Quién?

—El malo. Satanás.

El cuchillo del sol palideció un momento y desapareció del todo.

—Estamos en sus manos. Todos.

Renato había levantado la cabeza y vio los ojos de ella brillando en la sombra. Como si los tuviera en carne viva.

—Yo no aguantaba más. Me iba. Tú no comprendes, Renato —ahora lloraba—, lo que es esto. Antes era horrible, pero ahora... Todos se ríen de Dios. Pregonan rosquillas en su nombre. ¿No es monstruoso? Están contentos, ¿sabes? Ayer vinieron cuarenta; hoy habrán sido quizá doscientos. Hablan siempre de dinero. Porque esa gente gasta. Pagan hasta cien pesetas por dormir una noche. Y...

—¿Hay más horrores?

—Han venido dos mujeres de la capital.

—¿Dos mujeres?

—Sí, dos...

Renato comprendió por qué le dolía el corazón cuando bajaba del tren. Ella siguió:

—Yo no podía más. Debía quedarme, pero... Yo puedo soportar que César me la juegue. Pero no que lo haga casi en nombre de Dios. Habla de Él ahora, ¿sabes? Ensucia su nombre. Y eso no.

—Sí, la impureza es asquerosa, pero lo verdaderamente diabólico es la mentira.

Renato sentía que le estallaba la cabeza. Era como una niebla oscura que le entrase y se le fuese solidificando dentro. Se levantó.

—Vamos.

—Te matarán.

—Si es necesario... —dijo esto muy despacio—. Vamos.

Salieron y por el campo comenzaba a correr un aire fresco de atardecida. A la derecha del camino había un pilón con un grifo.

—Perdona —dijo Renato. Metió su cabeza debajo del chorro y la tuvo un largo rato. Luego dejó que chorreara un rato el agua y se pasó los dedos abiertos por el pelo. Luego se enderezó y el agua le corría por la cara y la camisa. Ahora su sonrisa era plena. Dijo:

—Vamos.

Se acordó de María Belén.

—¿Te ibas sin la niña?

—No; está en el Finarejo con otros niños. Yo me adelanté a sacar billete. Ahí viene.

En efecto, la niña les había visto y venía corriendo con aquel andar suyo que le agitaba todo el cuerpo como si fuera a descomponerse. Renato experimentó al verla una sensación de angustia; se daba cuenta por vez primera de que había algo trágico en aquella figura de muñeca que avanzaba hacia ellos. Pero también observó que conforme la niña se acercaba a ellos la opresión cedía hasta desaparecer cuando ella estaba a dos metros. Comprendió que esta diferencia dependía de que se vieran o no sus ojos y tuvo miedo por un instante al pensar que si esa niña se quedara ciega sería un monstruo espantable.

Pero este pensamiento le duró sólo un segundo, porque la niña había saltado a él y le abrazaba y le besaba sin decir palabra. Él también la abrazó en silencio. Se miraron a los ojos riéndose. Sólo entonces dijo la niña:

—Estoy contenta de que hayas venido.

Y luego de un silencio:

—Tenía miedo.

—¿Miedo?

Pero la niña ya no contestó. Se había bajado y corría delante de ellos.

Ya había llegado al pueblo, mientras tanto, la casi totalidad de los «peregrinos». Algunos habían tenido la suerte de pescar uno de los cuatro taxis desvencijados que habían hecho la hombría de ir a Torre aquellos días presintiendo el negocio. La escena de la disputa de los coches hubiera puesto de mal humor a Renato, pero había tenido la suerte de no verla. Hubiera presenciado cómo la «presidenta de no sé qué asociación» discutía con una enfermera sobre quién había llegado antes. La «presidenta de no sé qué asociación» decía que ella había abierto antes la portezuela de la derecha. La enfermera decía que ella se había adelantado a abrir la de la izquierda, y que aunque no fuera así, lo hacía por una enferma y los enfermos debían tener el primer puesto. La «presidenta de no sé qué asociación» contestaba que se dejase de romanticismos y que el primero era el primero. El taxista decía que le

estaban haciendo perder el viaje y que ya podía estar de vuelta. La «presidenta de no sé qué asociación», arrellanada ya en el fondo, decía que ella no se movía de allí y que lo suyo era suyo. La enfermera cerraba de golpe la puerta diciendo no sé qué de la caridad. La «presidenta de no sé qué asociación» decía que la caridad bien ordenada empieza por uno mismo. Decía también que qué asco de coche y que hay que ver cómo se aprovechan los taxistas y que no hay derecho a cobrar treinta pesetas por dos kilómetros. Luego, la «presidenta de no sé qué asociación» descendía muy digna del coche y se ponía devotamente el velo sobre la cabeza.

Otros habían tenido menos suerte y habían esperado la vuelta de los taxis a la sombra del Pinarejo, y se habían decidido a hacer a pie o en carro los dos kilómetros. Pero todos —unos y otros— se habían encontrado antes o después con Lucio.

—Cama, cama para esta noche, ¿quién la quiere?

Ésta había sido una de las grandes ideas de Miguelito Ponce: la sindicación de los fondistas. Para evitar a los peregrinos la penosa búsqueda de alojamiento decidieron que todos los que dispusiesen de camas darían su nombre a Lucio y éste se encargara de distribuir por orden riguroso a los «durmientes».

—¿Fonda?

—Sólo cena.

—Calle del Cristo, catorce.

—¿Fonda? ¿Primera, señor? Calle de las Monjas, cuatro.

—¿Fonda?

Renato y María caminaban en silencio. Tampoco María Belén hablaba. Renato volvía a sentirse ausente. Aquella sensación de vacío interior, que había precedido a los milagros, se hacía cada vez más invasora. Renato andaba como un autómatas, y pensaba y sentía como movido por alguien. María respetaba su silencio. Le miraba y le sentía tan maravillosamente distinto y lejano... Además, callar no le costaba. ¡Llevaba tantos años de silencio! Pero así como Renato tenía vacía la cabeza, la de María estallaba de ideas. Ideas, además, absurdas. ¿Por qué tenía la impresión de estar subiendo al Calvario? Era algo disparatado, pero no podía menos que pensarlo.

—Nadie va a morir aquí —dijo en voz alta, sin darse cuenta de lo que decía.

Temió que Renato la hubiera oído, pero éste no había movido un músculo y seguía caminando a grandes pasos con las manos en los bolsillos. María apenas podía seguirle.

También María Belén se había quedado rezagada y les seguía difícilmente. María pensó que aquella niña había andado mucho aquel día. Pero no se atrevió a decir nada a Renato. Tal impresión de ausencia le daba.

Cuando estuvieron en el pueblo, Renato se detuvo un instante. María tuvo la sensación de que también el tiempo se hubiera detenido. Pero la indecisión duró unos segundos. De pronto giró violentamente hacia la calle de las Monjas, y su primer paso tuvo para María caracteres históricos. Él pueblo pareció darse cuenta ahora de la presencia de Renato. Se abrieron varias puertas y ventanas y todos se sintieron presos en el imán que arrastraba a Renato. Nadie se puso de acuerdo y todos se encontraron formando parte de aquella procesión. Algunos hombres abandonaron sus trabajos y las sartenes fueron retiradas del fuego rápidamente. Renato caminaba de prisa y casi nadie le podía seguir. Iba como dos metros delante de María, que le seguía con la cabeza inclinada, sola también. Y dos metros tras ella un grupo que por minutos se iba haciendo más numeroso. En él se había perdido la figura de María Belén.

La silenciosa procesión iba escoltada por una nube de polvo casi sólida. El sol se había puesto y la claridad de la tarde era difusa. Los hombres se miraban unos a otros preguntándose qué iba a suceder. Los ojos de Renato eran duros e impenetrables. Los brazos le colgaban paralelamente a lo largo del cuerpo. Iba extremadamente pálido. Su paso era rápido y se distanciaba del pelotón, que de cuando en cuando daba una ligera carrerilla para no alejarse demasiado. María había sido absorbida por el grupo, delante del cual marchaba ya solo Renato.

En un cruce de calles salió un perro que ladró largamente a los que pasaban. Todas las cabezas se volvieron entonces como intimidándose al silencio. Alguien le golpeó con una piedra y el animal se alejó aullando lastimero.

Renato se detuvo un segundo. Se pasó la mano por la frente. Y fueron muchos los del grupo que le imitaron. Ahora se daban cuenta de que hacía calor. Varias mujeres restregaron sus manos en los delantales.

Según se acercaban a la cruz, llegó hasta el grupo un rezo de avemaría. Se oía sólo el Santamaría y luego se hacía un silencio. Muchos instintivamente movieron los labios para decir en el intervalo el avemaría, pero se detuvieron antes de hacerlo.

Al ir a dar la curva que emboca directamente en la explanadilla, Renato se detuvo un instante y tras él, la procesión. Algunos se acercaron cautelosos. Vieron cómo le temblaba el labio inferior y cómo su puño derecho se tensaba violentamente mientras adelantaba la barbilla. Respiró hondamente. Dobló la esquina.

La explanadilla estaba casi totalmente llena. Si Renato hubiera podido ver, habría reconocido en un rincón al grupo de muchachas del tren, todas con las chaquetas puestas. Catorce camillas se alineaban ante la cruz y arrodilladas a su lado rezaban varias enfermeras. Detrás y a los lados había gente del pueblo, como unas cien personas. Hubiera visto a Manuela, a Sátrapa, a las dos chiquininas.

Renato sólo vio a Lucio arrodillado en el segundo escalón de la cruz y oyó que

rezaba en un tono de niño de escuela:

—... salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo y bendi...

Se detuvo al oír a los que llegaban. Volvió la cabeza y se quedó en una postura cómica, ni de rodillas ni de pie.

Todas las miradas se volvieron a Renato. El silencio se hizo tenso. Los que le seguían le habían rodeado en semicírculo y estiraban las cabezas queriendo ver lo que sucedería.

Renato avanzó y todos se apartaron para dejarle paso. Iba despacio, midiendo los pasos, como sonámbulo. Los pocos segundos que tardó en llegar a la cruz se les hicieron a todos interminables. Por todas las frentes corría el sudor, pero nadie pensaba en secárselo. Los dientes de Renato estaban prietos y la mandíbula marcaba claramente la forma del hueso.

Llegó hasta la cruz y subió el primer escalón, en el que Lucio permanecía en su ridícula postura. Se volvió hacia todos. Se les quedó mirando con el aspecto de quien no ve a nadie. Los ojos apenas tenían brillo y su palidez era extrema. Tenía el aire de ir a darle un ataque.

Pero de pronto su rostro enrojeció, le brillaron los ojos y su puño salió disparado contra la mandíbula de Lucio. El cuerpo rodó por las escaleras con el aspecto de un muñeco. Sin un gemido. Sin una palabra.

—¡Estáte quieto!

Todas las miradas giraron hacia el que había hablado. Era Sátrapa. Se había aproximado a la cruz y estaba a menos de dos metros de Renato.

Éste, al verle, como si alguien le hubiese herido con fuego, saltó sobre Sátrapa y ambos rodaron por el suelo. Don César, debajo. Se oía el resollar de ambos y la palabra «víbora, víbora», repetida monótonamente por el guardavía. Sátrapa tenía la cara congestionada y se debatía inútilmente por escapar de los brazos de Renato. Éste levantó ahora el puño y golpeó sin compasión el rostro de don César, una, dos, veinte veces. «Víbora, víbora», decía. Sátrapa daba unos chillidos infantiles y se debatía como podía hacerlo un animal pesadísimo. Se había hecho un corro en torno a ellos. Todos callaban.

Luego, don César pareció perder fuerzas y dejó de removerse. Entonces se levantó Renato, miró a los que le rodeaban, con su gesto de ausencia. Se limpió la cara con el dorso de la mano. Dijo:

—Dejadme.

Le abrieron paso y se alejó llevando tras sí las miradas de todos.

En el suelo, Sátrapa intentaba inútilmente levantarse.

XX

LO QUE PRECEDE a la tragedia no es tumulto, sino el silencio. Y el silencio había invadido aquel pueblo. Sátrapa se levantó sin decir una palabra, se sacudió lentamente el traje, del que salió una buena cantidad de polvo, sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió el sudor del rostro. No dijo una palabra, pero sus ojos eran los de aquel que ha tomado una decisión.

Ninguno de los que le rodeaban dijo una palabra tampoco. Se miraban unos a otros silenciosos, como con miedo de confesarse mutuamente su odio. Ellos no sabían expresarlo, pero en todo había esa calma que precede a la explosión. Apartaban unos de otros las miradas como temiendo que los demás leyeran en sus ojos lo que realmente era pensamiento de todos.

La calle de las Monjas presenció una extraña procesión. Aquellas fachadas, que se sabían de memoria el aire de los que van y vienen a los entierros, pudieron comprender que aquello era muy distinto. Se habían formado pequeños corros, algunos de los cuales caminaban cabizbajos y otros hablaban de cosas inútiles. En un portal una mujer lloraba con un llanto manso y callado. A Martín, en cambio, en la taberna le acometió una risa histérica que de pronto se paraba, como seca, para recomenzar áspera e hiriente.

El aire de la tarde se había hecho pesado, pero nadie parecía darse cuenta del bochorno. El polvo entraba en las gargantas y en todas había una terrible sequedad. Las fachadas de las casas aparecían más pardas que nunca y todas las ventanas iban, una tras otra, abriéndose.

Delante de la cruz se habían quedado sólo los «peregrinos». Nadie les había dicho nada, pero todos habían comprendido que se trataba de «él». Y que se habían equivocado; mejor, que habían sido estafados. Sí, todos se sentían víctimas de un fraude, y de mal gusto.

Alguien dijo que había un tren de vuelta a aquellas horas y nadie necesitó un minuto para decidir volverse en él. Todos rompieron los papelitos que les daban derecho a cenar y dormir en tal o cual casa. Y el suelo quedó sembrado de papeles de colores.

También en la estación permanecieron silenciosos, a excepción de las muchachas, que habían sacado sus meriendas y se habían puesto a comerlas allí mismo, en la estación. Al principio comían y miraban en silencio, pero luego la risa comenzó a saltar de cara en cara, hasta que estalló una alegría nerviosa, esa alegría que uno sabe prohibida, pero que quizá por eso resulta más agradable. María Jesús imitó la postura de Lucio ante la cruz y Maísa hizo amago de golpearle la cara. Pero toda la estación las miraba con ojos acusadores y se fueron detrás de la caseta de los retretes. De vez

en cuando llegaban desde allí las risas, que hacían todos los enfermos esa sensación de los chirridos que taladran los dientes.

Cuando el tren entró en la estación hubo en todos un suspiro de alivio. Si los maquinistas hubieran sido los de antes hubieran notado la diferencia de las caras que ellos vieron bajar y las que subían. Pero los que conducían el mixto no percibieron nada porque iban interesadísimos en dilucidar si Kubala era tan bueno como Di Stéfano.

El tren partió. Y su silbido de salida causó en todas las casas de Torre la sensación de una piel que se arranca.

Renato tenía la cabeza hundida entre las manos e intentaba reconstruir los sucesos de la tarde, pero no conseguía entender nada. No le dolía la cabeza; tenía la sensación de no tenerla. En cambio sentía perfectamente el corazón. Sabía que amaba. Pero, ¿a quién? ¡Ah, qué difícil! Quizá nunca se había sentido tan cerca de los hombres como ahora. ¿Y de Dios? Nunca había sabido demasiado de Él. Había sido un buen hombre. No más. Se esforzaba por entender por qué le pasaban todas estas cosas. Y cada vez se convencía más de que no lo comprendería nunca.

Alguien abrió la puerta de su caseta. Renato ni levantó siquiera la cabeza. Sentía el aire cargado de buena corriente. El que había entrado se sentó junto a él, silencioso. Y Renato pronto se olvidó de la presencia de alguien a su lado. Pero notó que se sentía mejor, más fresco, más alegre. Casi feliz. Necesitó dar las gracias, pero no levantó la cabeza.

Cuando Lucio entró en casa, Manuela quiso decirle algo, pero no se atrevió. Él se había dejado caer en una silla sin mirarla casi. Ella le notó nervioso, indeciso; hombre que piensa algo a lo que no acaba de atreverse. Se levantó de repente, fue a la puerta y la abrió sin dudar. Luego se detuvo de nuevo. Estuvo unos segundos con la mano en el pasador. Cerró lentamente y volvió a hundirse en el sillón.

La vieja miró el inmenso montón de rosquillas que había sobre la consola y dijo: «¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!».

La chiquinina gris iba y venía de la cama al armario. Doblaba sábanas y colchas a una velocidad inverosímil. La chiquinina azul la vio ir y venir y movió la cabeza de izquierda a derecha. Luego suspiró hondamente.

Sátrapa acariciaba, al limpiarla, su escopeta de cazador. Éste era su único consuelo. El odio era más grande que él y no le cabía en el corazón. Además estaba lleno de miedo. Ahora se dio cuenta de que debían haber acabado antes. Porque lo peor es que ahora estaba plenamente convencido de que aquél era un hombre bueno. No sabía por qué pensaba esto ahora, pero lo pensaba. Lo que había en su cabeza no

era una aventura, sino un crimen. Sentía una sucia alegría al saberlo así. Matar a un culpable debe ser muy aburrido.

Lo que más le avergonzaba era lo que acababa de sucederle con Matilde. Tenía la cabeza clavada en lo de la cruz y aquello era una brida para su sensualidad.

A Matilde le daba miedo pensar en su futuro. Pero dentro de su corazón se sentía liberada. Evitó los pensamientos amargos y consiguió dormirse.

María Belén, sentada junto a Renato, le miraba sin decidirse de una vez a hablar. Aún estaba asustada por todo lo sucedido. Asustada, pero contenta.

Julián golpeó la verja con la vara de mimbre que llevaba en la mano. Se arrancó con los dientes un pedazo de piel del labio inferior. Dio una patada a un cubo que resonó al golpearse en las piedras. «Todo aquello era absurdo. ¿Por qué no podían vivir en Torre como en los demás pueblos? Trabajo y pan, eso les bastaba. Y, luego, quizá, Dios.» Dio un portazo y salió en dirección a la taberna.

María la mártir rezaba en la iglesia. Extrañamente, su oración era hoy precipitada. Tenía miedo, un miedo difuso, pero hondísimo.

Lucio salió de casa y enfiló hacia la de Sátrapa. Pero luego se arrepintió, entró en la sacristía y se puso a doblar unas casullas. Lo dejó luego. Todo le cansaba aquella noche.

El tío Lucas hacía cuentas del dinero prestado. No sería él quien más perdiera. Temió por lo difícil que iba a ser cobrarlo.

Renato decía a María Belén: «Pero ¿por qué me sucede a mí todo esto?» María Belén le miraba con los grandes ojos abiertos. Sin decir nada. «Tengo miedo», decía él. Y su cara estaba surcada por dos arroyuelos de sudor.

Sátrapa se afeitaba ante el espejo. Estaba torpe y lento. Pero luego descubrió que detrás de la cara jabonosa aparecía una sonrisa. Se dejó reír. Lo necesitaba.

Lucio cerró de golpe el cajón de la sacristía: «¿Por qué no?».

Julián entró en la taberna. Dijo a Martín: «Es noche de emborracharse».

María la mártir decía: «Mas líbranos del mal. Amén».

Manuela vio salir a Lucio de la sacristía. Le vio dudar una vez más en la puerta. Pensó: «¡Cobardes, cobardes!».

María Belén dijo: «Rezaré por ti».

Sátrapa tenía ante el espejo una risa forzada. «¡Víbora! Te tragarás el insulto.»

María la mártir dijo: «Ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén». Y volvió a su casa. Temblaba.

El Moro dijo: «Las dos copas».

Sátrapa decía: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte, veintiuno, veintidós, veintitrés, veinticuatro y veinticinco.

Luego se detuvo un momento. Levantó los ojos y los clavó en los de Lucio. Dijo:

—Lo demás, cuando esté todo hecho. ¿Estamos?

—Estamos.

—¿Cuándo será?

—Esta noche.

—¿Hora?

—Veremos.

—De esto nuestro nadie sabrá nada.

—Descuida.

—¿Se puede saber qué plan...?

—Le haremos salir diciéndole que han vuelto a derribar la cruz.

—¿Irá?

—Irá.

—¿Y si no fuese?

—Se hará en su casa.

—¿Tú solo?

—No. Varios.

—¿Puede saberse?

—Veremos. Les haré beber.

—Eso allá tú. Yo no sé nada. Estaré durmiendo.

—¿No puedes darme algo para gastos?

—¿Gastos?

—Sí, de taberna. He dicho al Moro que hoy lo dé todo gratis. Teniendo las calles llenas de borrachos, nadie podrá sospechar de nadie. Y las mujeres callarán pensando que ha podido ser su marido o su hermano.

—Me parece bien.

—Pero... el vino cuesta dinero.

—¿Cuánto quieres?

—Dame otras quinientas.

—Toma. ¿Algo más?

—... Nada más.

—Una advertencia. Al más mínimo rumor que corra de este trato por el pueblo, puedes comenzar a despedirte del pellejo. ¿Está claro?

—Clarísimo. Descuida.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Si Lucio no hubiera salido tan de prisa hubiera visto una sombra acurrucándose junto a una ventana. Pero apenas se veía porque la noche había caído ya. En el reloj dieron las diez.

—Pasa.

En la puerta apareció la silueta de María la mártir. Renato no veía sus ojos, pero hasta él llegó el fluido de la cólera. Al ver a María Belén, ella gritó:

—¿Qué haces aquí? A casa.

La niña agachó la cabeza y salió sin decir palabra. María avanzó hacia Renato y entonces pudo él ver sus ojos de leona herida. Pero cualquiera que hubiera presenciado la escena habría notado que a ella se le helaron las palabras en los labios. Sintió quizá la oleada de paz que muchos percibían al acercarse a Renato. Esto no lo comprendía nadie en el pueblo, pero lo cierto era que ante Renato todos reaccionaban de modo distinto al esperado. Todos se sentían vencidos a su lado y a la vez él se encontraba derrotado frente a cualquiera. Los que conseguían odiarle lo lograban a distancia, porque a su lado todos quedaban desconcertados.

Así, María se sentó a su lado sin decidirse a hablar. Tenía necesidad de hacerlo, pero al ir a abrir los labios le parecía que su palabra iba a ser inútil. Él parecía haberse olvidado de la presencia de ella, había vuelto a hundir la cabeza entre las manos y permanecía absolutamente inmóvil.

María se decidió al fin.

—Renato. —Él alzó la cabeza, la miró como ausente, costándole volver al mundo —. Van a matarte.

Se detuvo porque él no había movido un músculo y daba la impresión de no haber oído. Pero luego notó que la mandíbula se le comprimía, que los ojos cobraban lucidez. Añadió:

—Esta noche.

Él se pasó la mano por la frente. Luego dejó caer la cabeza hacia atrás hasta tocar con ella la pared. Respiró fuertemente, casi gimiendo. Luego la miró. Su rostro dibujaba un cansancio total y una petición de socorro. Se levantó haciendo un esfuerzo. Se acercó a la ventana y pasó la manga por el cristal limpiando el polvo. Apoyó la frente en el cristal. La tierra estaba oscura y sólo se percibían algunas

manchas más o menos negras al fondo. De pronto Renato se volvió.

—Vete.

Lo dijo con un aire a la vez autoritario y suplicante. María hubiera querido preguntar algo, pero no se atrevió y así salió sin añadir palabra. Y al cerrar la puerta se acordó de que su marido le había dicho que quería acostarse pronto aquella noche.

La taberna estaba más callada que nunca. Había gente como siempre, pero todos se sentían celosos unos de otros. El Moro había dicho que todo el gasto estaba pagado, pero la frase había sido escuchada sin entusiasmo. El Moro había llenado y rellenado las copas y se había bebido mucho, pero aquel día hasta las borracheras parecían ser silenciosas. Lucio desde un rincón barajaba las caras de los asistentes. Él y otros tres bastarían, pensó. Mentalmente eligió a Santos, Julián y Martín. Santos y Julián estaban juntos en una mesa. Se acercó a ellos.

—Tengo que hablar con vosotros.

Santos le miró de arriba abajo muy despacio. Apuró su vaso. Cruzó una mirada con Julián.

—¿Para qué?

Lucio apuntó una sonrisa. Chasqueó los dedos.

—Asuntos.

Santos y Julián se miraron de nuevo. Santos volvió a servirse. Julián sonrió. Santos señaló una silla.

—Siéntate.

Lucio respiró. Se volvió hacia el Moro.

—Coñac. Una botella. Y cuatro copas.

—Te dije que quería acostarme pronto. Me parece.

María no se atrevió a responder. Sentía que el asco le subía a la garganta sin poderlo remediar. Se daba cuenta de sobra de lo que aquello significaba. Notaba en Sátrapa una alegría forzada, nerviosa. Mientras ella preparaba la cena oyó que don César había salido a la puerta y hablaba con el carnicero, que leía el periódico en el balcón de enfrente. Le oyó decir que estaba muy cansado aquel día y que iba a acostarse pronto. María comprendió que sólo quería llamar la atención de todo el mundo para que se diesen cuenta de que aquella noche dormía en casa. Por eso eligió el momento en que por la calle pasaba Manuela y las dos chiquininas, para despedirse del carnicero y cruzar con ellas unas palabras exactamente ante la puerta de su casa. Luego cerró golpeando para que las tres lo oyeran.

María apenas pudo cenar. Tampoco Sátrapa, aunque ella notó el esfuerzo que hacía por dar impresión de normalidad. Toda la cena transcurrió en silencio, excepto en un momento. Acababan de poner el postre sobre la mesa cuando María notó que César se ponía pálido. Gritó:

—¡Cucarachas!

Se había levantado violentamente derribando una silla y había corrido al rincón en que el comedor se unía a la despensa y había pisoteado algo con furia.

—Sabéis que no soporto las cucarachas.

María se había quedado desconcertada ante la violenta cólera. Sabía que le molestaba toda clase de bichos, pero nunca hasta este extremo.

Sátrapa se sentó y pretendió serenarse. Sobre los baldosines rojos quedó la mancha oscura de la cucaracha espachurrada.

Renato tenía todavía la cabeza posada en el cristal. Sentía nacer dentro de sí la rebeldía y hacía esfuerzos para dominarla, pero el vacío era cada vez más hondo dentro de él. Nada de cuanto le rodeaba tenía sentido. ¿Pero es que tenía sentido algo en el mundo?

La noche estaba tensa, silenciosa y desierta. ¿Tenía sentido algo? ¿Para qué los millones de estrellas? ¿Para qué los hombres?

Ahora sintió que el sudor se le secaba en la frente, y es que había llegado a su cabeza el pensamiento que hacía rato quería evitar: ¿Y si Él no existiese? Tuvo miedo, como si acabasen de quitarle la tierra en que estaba pisando y un llanto sin lágrimas corrió dentro de él. Agitó la cabeza, como queriendo espantar una mosca pegajosa, pero la idea volvía de mil modos diversos: «Si existe, ¿cómo aguanta el mundo?». No le espantaba el dolor de los hombres. Le horrorizaba el dolor de Dios. Éste era el único problema. Comprendió que la compasión que sentía hacia los hombres comenzaba a convertirse en odio. Dijo: «Si yo fuera Dios...» Y le pareció como si de pronto la noche se ennegreciese totalmente.

Cuando sonaron las once varios vasos fueron apurados en la taberna y unos cuantos se dirigieron a la puerta. Nadie tenía ganas de hablar y en todas las frentes había una larga arruga que denotaba corazones pensativos. Cuando fue a salir Martín, Lucio le llamó.

—Hay una copa libre. Si quieres...

Martín les miró uno por uno. Ahora, los tres se sentían unidos sin haberse cruzado todavía una palabra. Resistieron la mirada de Martín con una pizca de ironía en los ojos. Martín giró la cabeza y vio que en la taberna sólo quedaban ellos y el Moro. Cuando volvió el rostro, la mirada de Lucio se había hecho más irónica.

—Si no quieres... seremos uno menos a la hora del...

Pero Martín ya se había sentado. Lucio dijo:

—Bien, me alegro de no tratar con tontos. Será más rápido.

—Querida...

María le miraba sin acabar de comprender qué quería aquella noche con tanto

mimo. Hacía un rato tenía en los labios una serie de sonrisas forzadas a las que se unía un lenguaje que a ella le resultaba soez.

Él se había acercado a ella por detrás. Cuando le puso la mano sobre los hombros, ella tuvo que hacer un esfuerzo heroico para que no notase la rigidez de sus nervios.

—Querida...

Hubiera querido volverse y abofetearle. Gritarle que se fuera con su... Esbozó una risa forzada. Él la acariciaba el cuello.

—No debes olvidar a tu maridito.

Era asqueroso. Se había ido poniendo gordo y colorado y sus labios se habían ido abriendo con una mueca cada día más sensual. Los ojillos brillaban en el fondo con un aire de absoluta estupidez.

—¿Por qué no...?

No le salían las palabras. Buscaba el modo de que fueran naturales... Ella comprendió que se le pedía el supremo sacrificio. Sátrapa necesitaba que a la hora de los disparos estuviese alguien a su lado, por si era necesaria una declaración en los Juzgados algún día. Y esa persona no podía ser Matilde.

María entró en su cuarto como quien entra al matadero.

Renato agitó violentamente la cabeza y dijo: «No, eso no. Ya está bien».

(Él ya estaba allí. Tenía un pitillo en el ángulo izquierdo de la boca y en los ojos apuntaba el nacimiento de una sonrisa. Renato le conoció en seguida a pesar de su apariencia. A primera vista cualquiera le hubiera confundido con un oficinista vulgar: un traje gris ya un poco rozado, la corbata mal prieta y el botón superior de la camisa sin abrochar. Las manos eran finas, y la que sostenía el cigarro, hasta elegante; cuando el cigarro descendió de los labios, en ellos nació una leve mueca de complacencia.

—¡Vaya, me agrada encontrarme con uno que no se asusta al verme! Los demás ponen caras grotescas, huyen, chillan. ¡Niñerías! Niñerías que, además, no me explico. ¿Es que no creen en mí? ¿Por qué les maravilla tanto, entonces, el que yo me aparezca? Y no dirán que es por mi atuendo. Ahora siempre lo hago así. Los hombres han perdido la imaginación y si me apareciese con patas de cabra serían capaces de mandarme a un parque zoológico.

La mirada de Renato se había ido endureciendo progresivamente.

—¡Oh, no debes ponerte así! Hemos de ser buenos amigos. ¿No es verdad que acabas de decir mi palabra? Sí, recuérdalo. Has dicho: «No, eso no». Eres ya un rebelde más, exactamente como yo. Los hombres chilláis mucho contra mí, pero, a la hora de la verdad, sois todos míos. Dios mide mal vuestras fuerzas. Os pide demasiado: la santidad, la muerte... Ésas son palabras mayores. Yo exijo cosas razonables: la vulgaridad, la estupidez, el dejarse vivir. Eso es lo mío. Ahora ya ni pido pecados de esos gordos. Los hombres los cometen sin necesidad de tentarles. Y

a mí me resulta mucho más barato helarles el alma a base de idioteces.

»Y no creáis que no me cuesta renunciar a mis métodos. A veces tengo que renunciar hasta a mi propia personalidad.

Decían que lo de demonio era demasiado tremendo y ahora uso nombres más elegantes: condescendencia, hombre a la última... Todo muy chic, ya ves. Y esto funciona. Todos sois míos. Tú también. Has dicho: no. Y ahora vas a ser lo suficientemente orgulloso para no retractarte. Todo un hombre.

»Realmente, Dios está quedándose un poco viejo y comienza a chochear. En definitiva, ¿qué es lo que os ofrece? Un cielo de agua y azucarillos y unas estatuas de color de rosa en horribles altares de caramelo. No merece la pena de esforzarse por eso.

»Yo soy más comprensivo. Y hasta poco ambicioso. Verás. Tengo el infierno demasiado lleno de gente y he descubierto unos métodos más simples. Me limito a quitarle a Dios la vida de sus hombres y me preocupo menos por su muerte. Llegan los curas: sube, sube, alma, al paraíso. Y les dejo hacer. Al paraíso, al paraíso. Estúpidos, ¡al cielo! A gozar por toda la eternidad, ¡papanatas! ¡Al paraíso, al paraíso! Y mueren sonrientes porque su estupidez llega hasta creer que el paraíso es el reino de los globos. ¡Ingenuos! Aunque, mira, si Dios me aceptase un pacto le propondría esto: garantizar a todos los hombres el cielo. ¡Ah, y qué a gusto pecarían todos! Sería además la gran manera de demostrarle a Dios lo que le quiere su gente.

»Alguna vez me habéis sufrir un poco. Tú, por ejemplo. No había manera de cogerte. Pero, ya ves, mi día llega siempre. Antes o después nace la rebeldía en la boca humana. Y cuando nace, ya no retrocede.»

El rey de la mentira tiró el cigarro y rió largamente.

No era una carcajada, ni siquiera una risa sarcástica. Era una risa satisfecha en la que sólo asomaba una leve punta de ironía.

—¡Vete, vete!

Era Renato. Lo había dicho con un tono suave, sin irritarse, pero de un modo imperativo y dominador.

Él volvió a reírse.

—Me iré, si quieres. O mejor, me... retiraré. Porque no me voy nunca, ¡nunca! — Su risa se prolongó más que las anteriores—. Sobre todo a esta hora. Unas ramas que se mueven solas, seré yo. Un cuchillo que brilla en las tinieblas, seré yo. Una oración que se para en la garganta..., no lo dudes, soy yo.

«Caballero —ahora el tono era abiertamente irónico y había comenzado a tratarle de usted—, le espero en el camino de nuestra común huida. Haga usted las maletas, que nos vamos. Hasta pronto. Buenas... noches».

Después de cerrada la puerta se oyó aún su risa unos segundos. Luego volvió el silencio.)

Renato, agitando todavía la cabeza, añadió: «Ya está bien».

Después contempló uno por uno los rincones de su cuarto. Abrió el arcón y de él sacó la seis bolas y un poco de ropa, desclavó la cruz que había encima de la cama, lo metió todo en un saco que ató con una cuerda.

Hacía todo esto absolutamente inconsciente, como si una mano le llevase. Era igual que cuando los milagros; sólo que ahora le sabía amarga la boca.

Descolgó también la jaula del canario, que se despertó asustado golpeándose contra los alambres. Renato dudó un instante con ella en la mano, pero al fin se decidió. La noche estaba pesada y no corría la más mínima ráfaga de aire. Alzó los ojos.

«Perdóname. Yo no sirvo para esto. Seré un buen hombre. No más.»

Estuvo parado un rato largo, como si de pronto la mano que le empujaba se hubiera detenido. Al fin agitó la cabeza.

—Búscate otro.

Y echó a andar.

Cuando las copas descendieron sobre la mesa, los cuatro se miraron mutuamente. Sabían de sobra lo que iban a hacer y casi no necesitaban hacer otro plan que mirarse mutuamente a los ojos.

Los ojos de Lucio eran pequeños y vivos. Chispeaban. Había siempre en ellos una sonrisa falsa que daba la impresión de una infancia pisoteada. Eran los ojos de un niño de siete años que acaba de cometer su primer pecado mortal.

Los ojos de Santos eran opacos y grises. Ojos que han mirado muchas cosas, ojos gastados. Ojos de animal triste, de perro golpeado, de caballo con sed.

La sonrisa de Martín estaba siempre en carne viva. Cuando se miraba a sus ojos daban la impresión de una roca negra, pero cuando uno pretendía recordarlos de lejos, venía a la mente la imagen de una hoguera roja, de una blasfemia.

Julián tenía la mirada de lo que era: un borracho. Sus ojos estaban siempre inyectados en sangre, pero una sangre de color pálido y repugnante. Su madre decía que de muchacho tenía los ojos untados de mermelada. Y era verdad.

—¿Puedo contar con vosotros para despacharlo?

Alguien había llamado a Lucio «voz-de-ratón», y había acertado plenamente en el mote. No sólo porque su voz fuese chillona, sino por la timidez que se unía a la picardía en todos sus diálogos. Hablaba con leves chillidos que junto a pausas de silencio hacían difícilísimo el entenderle.

—¿Habrá unte?

Santos sonreía casi siempre al hablar. Pero su risa era falsa y parecía siempre escondida tras un mar de tristeza. Hablaba despacio, como arrastrando las palabras. Martín, en cambio, hablaba poco y a martillazos.

—¿Cuánto?

Julián tenía en la voz el dejo pastoso de la borrachera. Repetía siempre lo que decían los otros.

—Eso, ¿cuánto?

Lucio tenía miedo al decir la cifra. Siempre había tenido un respeto soberano a los números.

—Quinientas ahora. Dos mil después. Cada uno.

La taberna estaba llena de humo y el ambiente era duro y pesado. El Moro se había metido dentro y se le oía trastear con vasos y botellas. Fuera, era ya totalmente de noche y en el aire había un bochorno que había difícil respirar.

—Las piedras son más seguras: no tienen dueño.

—Pero conviene llevar alguna escopeta.

—Quien la tenga.

—Ya me agenciaré una.

Y ahora el coñac fue servido en grandes vasos. Y el resplandor tuberculoso de la bombilla era rojo, sanguinolento.

Sátrapa se dejó caer sobre su espalda. Tenía el cuerpo empapado en sudor y el alma aplanada de fracaso. A ello se unía el miedo. Cada vez que pensaba en Renato, toda su piel se tensaba de un escalofrío semejante a la fiebre. Como si una máscara helada se adhiriera a su cuerpo.

María estaba cansada. Ahora él parecía dormir y ella entrecerró los ojos. Fue entonces cuando Sátrapa la zarandeó sacudiéndola por los hombros.

—Dime: ¿resucitaste de veras?

Y al ver que ella no respondía y que luego nacían en sus ojos dos lágrimas:

—Cállate —dijo. Y la apretó brutalmente los brazos. Ella cesó de llorar. Y no se quejó.

Renato caminaba como un autómatas. No sentía el bochorno que pesaba sobre él y apenas le dejaba respirar. Todo su cuerpo estaba empapado en sudor, pero él no parecía vivir dentro de su cuerpo. En el cielo había una luna enorme que hacía casi clara la noche. Una luz lechosa descendía sobre el pueblo. Renato pasó junto a la estación y ni aun entonces se dio cuenta de la realidad, ni se acordó de su oficio de guardavías. Sentía necesidad de huir, pero no sabía adonde. Había tomado hacia el camino que conducía a la carretera de León sin pensar que tendría que andar kilómetros y kilómetros, y que hubiera sido mucho mejor ir a Marzales a coger el tren de amanecida. Ni se acordó de que pasaba un tren a las cinco de la mañana. Y él le daba el cambio diario.

Nada de esto había pasado por su cabeza. Él había cogido sus cosas y había echado a andar. Eso era todo.

Cuando cruzó las vías se detuvo un momento contemplando el pueblo. Sentía una

pena difusa que poco a poco se iba haciendo más clara. Por un instante le pareció que todo el pueblo se iluminara de rojo. Agitó la cabeza para alejar la imagen, pero entonces entró otra más horrible: vio un río de sangre que entraba por el pueblo como una inundación. Se llevó las manos a los ojos para detener la visión. Pero ésta se hacía clara por momentos. Ahora veía con toda precisión que la sangre salía de la cruz, de sus grietas. Dijo: «Me volveré loco».

Se sentó en un pilón y posó el canario sobre las rodillas. El animalito, interrumpido en la mitad de su sueño, se golpeaba contra los alambres y abría el pico, lastimero. Renato no sabía con mucha claridad qué hacía allí aquel canario, pero sí que, mirándolo, se sentía más en paz. Cuando volvió a poner los ojos sobre el pueblo sintió que le invadía el amor. Y las lágrimas llegaron a sus ojos. Dijo: «Yo, yo...»

Pero también esta vez pudo el dolor. Se levantó pesadamente, cargó a su espalda el saco, que sostuvo con la mano derecha, en la izquierda sostuvo la jaula del canario, y enfiló definitivamente la carretera.

Cuando los cuatro llegaron a la caseta de Renato se acercaron cautelosos. Habían decidido terminar allí mismo. Tirarían una piedra a la puerta, y cuando Renato saliese a ver quién era, Santos le dispararía un escopetazo. Habían escogido una escopeta de perdigones, pues éstos eran comunes a todos los cazadores de la comarca. Una perdigonada bastaría para tumbarle. Luego las piedras concluirían. «Las piedras no tienen dueño», había repetido Martín.

Pero cuando la piedra golpeó la puerta, ésta se movió chirriando y los cuatro comprendieron que estaba abierta. Esperaron unos minutos aún, por si acaso. Tras unos momentos de silencio, se acercó Lucio, cauteloso. Abrió la puerta del golpe. Nada se movió en el interior.

—El pájaro ha volado.

Y los cuatro se miraron pensativos. Martín blasfemó.

Y fue entonces cuando Renato se detuvo. Era como si una mano tirase de él hacia atrás. «Alguien ha blasfemado», pensó. Volvió la cabeza, con la certeza de encontrarse a alguien. Pero el camino estaba solitario y el silencio era absoluto. De nuevo se pasó la mano por la frente. Y de pronto «supo» qué había decidido. No hubiera podido explicarse por qué, pero no podía dudar de que la decisión estaba tomada. Dio todavía unos pasos por el camino, pero ya con la certeza de que inmediatamente los desandaría.

Así fue. No se atrevía a confesarse a sí mismo las razones de su vuelta y se tranquilizó pensando: «Sólo diré adiós a la cruz y me iré luego». Y añadió, queriendo convencerse: «No podía marcharme sin despedirla».

—Y bien, ¿qué hacemos?

- Irnos. ¿Qué hacer, si no?
- Casi lo siento.
- Yo, no. Así es más cómodo.
- Siento que ese tío no nos pagará lo que falta.

Cuando Renato se acercó a la cruz notó que no estaba sola. Un extraño bulto se unía a ella. Conforme se aproximaba se dio cuenta de que alguien estaba abrazado a la piedra. Recordó al borracho del día en que «todo» había comenzado.

—¿Qué haces aquí?

Era María Belén. La niña soltó la cruz sin asustarse lo más mínimo. Como si esperase una llegada convenida. La luna dejaba ver su sonrisa, aquella sonrisa angélica escondida detrás de su cuerpo deforme. Renato se sintió alegre de repente. Riñó casi sonriente:

—Es la una de la mañana.

La niña no respondió. Se sentó en el escalón más alto. Renato lo hizo en el más bajo. Dijo ella:

—Soñé que tiraban la cruz otra vez, ¿sabes?

Renato la miró queriendo adivinar la intención de la frase. Pero los ojos transparentes no dejaban ver más que fuerza.

—Vine a defenderla, ¿sabes?

Renato quiso preguntar quién iba a tirar la cruz, pero por un momento temió que la niña le contestase que él con su huida. Pensó que la cojita tenía que saber su debilidad. Por apartar la idea quiso hablar de otra cosa, preguntarla cómo había conseguido escapar de casa, Pero antes de que él preguntase, contestó la niña:

—Hoy no dormí con mamá, ¿sabes?

Renato temblaba. Su corazón se estaba llenando de jugo por segundos. Acercó la cara de la niña hasta la suya. La besó en la frente. Dijo:

—Gracias.

—¿De qué?

La niña había dicho la frase como por costumbre, sin preguntar, dando por supuesto que había que darle las gracias por algo. Desde el monte de las Angustias vino un golpe de aire fresco.

—¿No habéis visto una sombra que se mueve junto a la cruz?

Eran ellos.

—Escúchame, María Belén. Tú, sé buena. Sé buena. Cuando todo acabe y seas mayor y de esto sólo quede en ti un lejano recuerdo... ámale alguna vez en nombre mío.

—¿A Dios?

—Sí, a Dios. Ámale. ¿Comprendes?

La niña no dijo una palabra. Agitó la cabeza afirmativamente.

—La escopeta no dispararla más que en caso de necesidad. ¿Está claro?

—Está claro.

—Y si hablan de mí, diles que les amaba.

María Belén levantó la mano y con un dedito, el índice de la mano derecha, secó una lágrima en la cara de Renato. Él colocó a la niña al otro lado de la cruz.

—Acurrúcate aquí, no te hagan daño. Y ahora prométeme que no dirás nada de lo que vas a ver.

La niña inclinó la cabeza prometiéndolo. Renato volvió a besarla en la frente. Se alejó. Pero volvió de nuevo.

—Te devuelvo tu canario. Quiérole.

Luego, María Belén vio que se alejaba de la cruz en dirección del cementerio. Le vio detenerse. Varias sombras se acercaron. Oyó un grito.

—¡Quieto!

El corazón de María Belén latía aceleradamente. Oyó un golpe seco como el de un puñetazo. Algo golpeó una hojalata, quizá la puerta del cementerio. María Belén se abrazó a la cruz. Y el golpe terrible vino entonces. Había visto dos brazos que levantaban una piedra, grande como la cabeza de un hombre. Luego oyó otros golpes iguales. Después, silencio.

Sátrapa sintió que todos sus miembros se contraían. Sus ojos y su boca se abrieron en un gesto de horror. María le miró.

—¿Qué has hecho?

—Yo no he sido.

Dijo esto con un gemido de niño miedoso. Se apretó contra el cuerpo de su mujer. Temblaba.

María Belén vio varias sombras que se alejaban. Se apretó a la cruz. Y sin poderlo evitar lloró, lloró.

Pero se detuvo luego porque inesperadamente sonaron dos disparos al fondo de la calle.

XXI

SIN LOS DOS DISPAROS que Julián soltó al aire desde su borrachera, todo el pueblo hubiera dormido mejor. O, ¡quién sabe!, quizá también sin ellos hubiera sido imposible dormir para muchos. Puede ser que el horror sea más suave que la incertidumbre. Ahora todo había sucedido y para todos había cesado la obligación de evitar el crimen, puesto que ya era tarde. ¿Quién detiene a la muerte una vez que ésta acabó su cometido?

Por eso muchos respiraron en sus camas. Aguzaron el oído para ver si sucedía algo más, pero a los dos disparos siguió el más largo de los silencios. Luego se abrieron lentamente varias ventanas, sin chirrido apenas.

—¿Se ve algo?

Todos adivinaban en la ventana de enfrente sombras que espiaban como ellos.

—Nada.

De pronto —¿por qué?— la mujer comenzó a llorar. El hombre se puso nervioso.

—¿Qué pasa ahora?

La mujer contuvo un sollozo.

—Él era bueno.

El hombre masculló entre dientes unas palabras ininteligibles. Luego las ventanas se fueron cerrando. La mujer temblaba en la cama.

—¿De qué tiemblas ahora?

—Es de miedo.

—¿Miedo? ¿De qué?

—No sé. Miedo.

Y la mujer se callaba. Pero luego añadía:

—Miedo a que Dios nos castigue.

Y es que sabía con toda claridad cuál era la causa de su miedo.

Los hombres no se atrevían a contradecirlas. Decían sólo:

—¡Calla!

E intentaban dormirse. Sabiendo que no lo iban a conseguir.

Tampoco dormían el maquinista y el fogonero del exprés. Ni los del mixto. Pero éstos por oficio. Un oficio que, en honor a la verdad, les fastidiaba bastante. Es verdad que en verano era más agradable el viaje de noche, pues no se unía el calor del sol al calor de la caldera. Y en invierno la calefacción de su horno igual servía de día que de noche. Pero de todos modos viajar de noche y dormir de día siempre era una lata, especialmente para el maquinista y el fogonero del exprés, que eran solteros y no encontraban tantas distracciones de día como de noche. A los del mixto —los dos eran casados— también les fastidiaba su nocturnismo, pues sus mujeres no acababan de acostumbrarse a aquella rara vida.

Pero ya los cuatro habían hecho callo en su costumbre de vivir al revés que los demás. Y ahora lo soportaban como si tal cosa. Habían llegado a cogerle cariño a su paisaje nocturno y le conocían igual que si estuvieran a plena luz. Los del exprés sabían que a su salida de Irola —dos de la mañana— las luces de los Morales estarían encendidas, y que en cambio a las cuatro estaría todo apagado en Pedrosa. Sabían que en torno a las cinco menos cuarto se cruzarían con el mixto entre Marzales y Torre, y que poco después de cruzarse el guardavías de Torre volvería a darles el cambio para entrar en vía única y enfilarse sin ningún otro cruce hacia Portugal. Los del mixto sabían aproximadamente igual, pero al revés.

Aquella era una noche vulgar y sus conversaciones a las cuatro y media de la mañana eran las de siempre.

—Háblame de la tipa esa —decía el maquinista del exprés.

—Es bajita, morena, con unos ojos así y un físico de... —silbaba admirativo el fogonero del exprés.

—Cuéntame cómo la conociste.

—Yo la guiñé así y ella se rió. Luego le dije: «¿Qué tomas, monada?». Y ella: «Depende de lo que espere el compañía». Yo dije: «¿Y si fuera exigente?». Ella puso cara de tonta: «Entonces, coñac y de billetito para arriba».

—¡Aaandá!; pero se ablandaría.

—Te digo que el Madrid acabará trayéndose al Kopa ese —decía el maquinista del mixto.

—Yo que el Comité Nacional ya les iba a dejar —contestaba el fogonero del mixto.

—Tú dirás lo que quieras, pero los extranjeros llevan gente al campo. Ahí tienes al Di Stéfano ese.

—Y luego queda campeón el Bilbao. Con todos castizos.

Los dos trenes se acercaban en la noche. El aire estaba detenido como esperando algo. Si los del mixto no hubieran ido tan abstraídos se hubieran dado cuenta de que no les habían dado el cambio.

A las cinco menos veinte el fogonero del exprés decía:

—Ah, claro, se achantan siempre.

—Lo que yo quisiera es saber cómo se te dan a ti todas así de bien.

—Pues cuando quieras te la presento.

—Pero es más bonito verles a éstos. Los del Bilbao, ¿de dónde van a jugar como Kubala? Si hubieras visto el homenaje a Molowny —hablaba el maquinista del mixto.

—Con los millones que cobran bien pueden.

A las cinco menos dieciocho los dos trenes seguían avanzando por las llanuras desiertas. El exprés llevaba los vagones casi llenos. En todos los ojos había el amodorramiento que sigue a una noche en la que se ha querido dormir sin conseguirlo. El mixto iba casi vacío. Una mujer de pueblo daba de mamar a un niño de seis meses en el primer vagón, mientras intentaba hacer dormir a otro de cuatro años. «Ya llegamos, mi vida.»

—Con lo que cuesta ganar mil cochinas pesetas no aguanto que esos tíos se forren...

—Menos nosotros, que pagamos por verles.

—Así comprendo yo que no quieras casarte. Te diviertes y sin alimentarlas...

—Alimentarlas, ya las alimentamos; lo que no quiero es llevar un montón de críos colgaos del sobaco.

A las cinco menos cuarto el silencio era tenso y sólo el traqueteo de los dos trenes enronquecía en la noche.

—Ahí está el exprés —decía el maquinista del mixto.

—Sí, hoy lo cogemos antes.

—Sí; casi nunca le cruzamos antes de la curva.

A las cinco menos catorce el maquinista del mixto cerró el regulador del vapor en la curva.

A las cinco menos trece el maquinista del exprés dijo:

—¿Qué c... tocas el freno?

A las cinco menos trece el maquinista del mixto dijo:

—¿Frenaste tú?

No, nadie había tocado los frenos y sin embargo los dos trenes estaban deteniéndose. Cuando el maquinista del exprés sacó la cabeza para ver la vía contempló allí a veinte metros detenido al mixto. En la misma vía. Cuando el maquinista del mixto sacó la cabeza vio allí a veinte metros detenido al exprés. En la misma vía.

Los cuatro hombres descendieron y se acercaron mutuamente. Apenas se atrevían a hablarse. Los cuatro tenían la sangre detenida en las venas. Los cuatro tenían la cara chorreando sudor.

A las cinco y cuarto el nombre de Renato estaba en los labios de todos los vecinos de Torre. Decididamente, nadie dormiría aquella noche. Se hablaba con las puertas

entreabiertas y las mujeres iban con leves carrerillas de casa en casa. Nadie sabía claramente lo sucedido, pues todo se transmitía en medias palabras. Pero en ninguna conversación faltó ésta: «resucitado». Alguien había visto a Renato andar por las calles del pueblo. Su cuerpo estaba envuelto en un resplandor casi fosforescente y en sus labios había una sonrisa de triunfador.

Todas las ventanas del pueblo se cerraron. Pero tras todas podía presentirse la presencia de una mujer que aguzaba el oído preparada a no perder el menor rumor.

Los hombres estaban en las camas y no respondían a ninguna de las preguntas que de vez en cuando les dirigían sus mujeres.

Fuera, la luz comenzaba a aumentar por momentos y no tardaría en salir el sol. Pero no por esto se abrían las puertas del poblado. Al contrario, parecía que el cerco del silencio se cerrase en cada una de las casas, más apretado cada vez. Igual que el miedo que agarrotaba por minutos las gargantas.

A las seis de la mañana, en el pueblo ya sólo quedaban dos palabras:

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!

Y también las lágrimas se habían terminado. Todos los ojos estaban secos, estériles al fin.

Tampoco podía llorar ya María Belén. Llevaba cinco horas haciéndolo. Estaba de rodillas al lado del cuerpo caído y acariciaba mecánicamente el cabello ensangrentado. La cabeza estaba aplastada y todo el cráneo aparecía al descubierto. En cambio el rostro estaba intacto. Tan sólo por los lagrimales y por la boca salían tres chorros de sangre y seca y rojísima.

—¡Resucita, tienes que resucitar...

La niña hablaba como sonámbula, sin darse cuenta de lo que decía.

—... para que volvamos a matarte otra vez!

Corría el viento fresco del alba y se presentía que de un momento a otro tras la loma de las Angustias aparecería el sol.

—Los hombres siempre tienen que matar a alguien, ¿sabes? Así, siempre tú...

La tierra estaba seca y de un color tirando a amarillo. El pecho de la niña latía fuertemente, pero con un ritmo muy lento.

Salió el sol. Era hermoso, rojo y solemne entre los árboles. Y entonces se detuvo la respiración de María Belén. Porque la cara de Renato había comenzado a brillar. La sangre seca parecía volverse viva bajo el rayo del sol. La niña se levantó con miedo. Tenía los ojos abiertos del pasmo y las manos subieron a su boca.

Y fue entonces cuando por el Oriente se levantó un viento rápido y fuerte y delante del sol aparecieron cuatro nubes moradas. Y crecieron, y crecieron, crecieron

hasta cubrir todo el pueblo. Y María Belén apartó la mirada del cuerpo de Renato, y los ojos se le llenaron de unas lágrimas que no eran suyas; y entre las lágrimas apareció una sonrisa que corrió por toda su cara, mientras sobre el pueblo comenzaba a llover.

FIN



José Luis Martín Descalzo nació en Madridejos (Toledo) en 1930. Estudió en los seminarios de Astorga y Valladolid y se licenció en Teología e Historia en la Universidad Gregoriana de Roma. Inició sus actividades literarias en la revista poética *Estría*, editada en Roma por un grupo de jóvenes españoles, y ganó en 1952 el Premio ínsula de poesía con *Siete sonetos del Alba*, que posteriormente se integraron en el libro *Fábulas con Dios al fondo*. Ordenado sacerdote en 1953, obtuvo al año siguiente el Premio Naranco de novela corta con *Diálogos de cuatro muertos*. En 1955 publicó *Un cura se confiesa* y en 1957 fue galardonado con el Premio Nadal por su novela *La frontera de Dios*, que fue calificada como «la primera novela que entre nosotros se ha escrito con un sentido vivo, palpitante, elevadísimo y valiente sobre la enorme dificultad de merecer a Dios». Tras el gran éxito conseguido con esta obra, continuó su labor como novelista alternándola con su dedicación al periodismo, la poesía, el teatro y el ensayo.